



Ciencia Ficción Selección 14

Comentario [LT1]:

Comentario [LT2]:

Edición en lengua original:

INITIATION © Mercury Press, Inc. - 1969

FROM THE MOON WITH LOVE © Mercury Press, Inc. - 1969

A MATTER OF TIME AND PLACE © Mercury Press, Inc. - 1969

A MEETING OF MINDS © Mercury Press, Inc. - 1968

BUFFOON © Mercury Press, Inc. - 1964

CONTENIDO

Presentación: SF y parapsicología

Iniciación, por Joanna Russ

Desde la Luna con amor, por Neil Shapiro

Una cuestión de tiempo y lugar,
por Larry Eisenberg

Encuentro de mentes, por Anne McCaffrey

Bufón, por Edward Wellen

PRESENTACIÓN

SF y parapsicología

Nada más lógico que la SF (), género intrínsecamente especulativo y sustancialmente preocupado por el hombre, sus problemas, posibilidades y alternativas, dedique una especial atención a las llamadas facultades paranormales. Muchos autores han tratado desde los más diversos ángulos la hipótesis de que el estadio actual de la raza humana no es la culminación de un proceso evolutivo, sino sólo un peldaño, una etapa de transición hacia un nuevo hombre dotado de facultades que tradicionalmente han sido consideradas poderes mágicos (aunque actualmente son objeto de serios estudios científicos), como la telepatía, la telequinesis, la radiestesia, etc.*

Sobre todo la telepatía ha sido objeto de una especial atención por parte de los autores de SF, cosa nada sorprendente en una época en la que el hombre se enfrenta con problemas de comunicación, a todos los niveles, que se agravan día a día.

En Iniciación, probablemente el más bello relato de esta antología, asistimos precisamente al tránsito de un hombre "normal" que poco a poco, estimulado por una comunidad de telépatas, despierta a una realidad mental de orden superior, viéndose así rescatado de su dramático aislamiento.

Desde la Luna con amor nos muestra la función más típica de la telepatía en la SF: facilitar la comunicación con una raza extraterrestre, generalmente más evolucionada, que conoce la forma de "hablar" directamente en el cerebro del hombre. Por cierto, que este planteamiento lleva implícita la convicción, muy generalizada en la SF, de que el hombre es telépatha en potencia, y sólo necesita del estímulo adecuado para serlo de facto.

Claro que no siempre los hipotéticos extraterrestres usan sus poderes mentales con fines de mera comunicación. La xenofobia, como ya he indicado en alguna ocasión, es una actitud bastante frecuente en la SF, sobre todo en cierta SF. Así lo vemos en Encuentro de mentes. Se trata, empero, de un relato decididamente reaccionario y por desgracia muy representativo de cierta forma de abordar el tema, un clan de telépatas humanos se enfrenta a un poderoso cerebro extragaláctico.

Pero el caso es que, con un enfoque u otro, es seguro que los autores de SF seguirán escribiendo sobre la telepatía y las demás facultades paranormales... hasta el día en que ya no sea necesario escribir, porque los hombres captarán directamente las ideas de sus semejantes, sin necesidad de ese engorroso intermediario que es el lenguaje,

CARLO FRABETTI

(* Designación internacional abreviada, basada en la terminología anglosajona *Science-Fiction*, para referirse a la literatura de ciencia ficción.

INICIACIÓN

Joanna Russ

Como es bien sabido, los antiguos ritos de iniciación eran ceremonias mediante las cuales el adolescente accedía al status de adulto.

En este poético y convincente relato no asistimos al tránsito de niño a hombre, sino de hombre a... algo más.

1

Su nombre era Jai Vedh.

Entre sus antepasados había algún indostano, aunque él no presentaba los rasgos característicos de esta raza, ya que sus cabellos eran rubios, sus ojos azules y su barba de un color amarillo oscuro. Era un hombre tranquilo, culto, valeroso y correcto. Todavía era joven cuando sus negocios le obligaron a emprender un viaje, siendo la primera vez que abandonaba la superficie de la Tierra –donde cada lugar era entonces igual que cualquier otro lugar– para penetrar en ese vacío que es mucho más duro que el vacío de cualquier máquina, de un juguete o de un utensilio de cocina.

Al tercer día, solo entre tres mil quinientos, sintió un vacío dentro de sí mismo, algo así como una raya de esos diagramas que sube, baja, se alarga, describe una curva hacia el pie del papel; una raya, simplemente, encerrada entre las fuertes paredes de su pecho tan acostumbrado a soportar los más duros ejercicios físicos. Llegó a soportar aquella sensación, aunque no le pareció que era nueva para él. El decimoséptimo día fue mucho peor, pues tuvo la impresión de que unos a otros se empujaban contra las paredes. Al llegar el decimonoveno día, él mismo se arrojó contra una de las puertas. Se puso enfermo y se lo llevaron. Le dijeron, después de haberle tranquilizado con una gran dosis de sedantes, que el espacio entre las estrellas estaba lleno de luz, de materia, un átomo en un metro cúbico, y que, después de todo, no era un lugar tan malo. La paz volvió a renacer en él; el vacío exterior era un lugar seguro.

Entonces la nave espacial explotó.

Se hallaba tumbado de espaldas, con una rodilla levantada, contemplando un abismo de algas y hojas. Alguien trataba de levantarlo.

–Cobarde –dijo una voz femenina.

Alguien le echó la cabeza hacia atrás.

–¡Vamos! –dijo otra voz–. Vamos, o te sacaré de ahí a puntapiés.

Jai Vedh volvió la cabeza y vio el rostro del capitán... bueno, probablemente era el suyo, pues había visto aquel rostro idiota en algún lugar del pasado, encima de algo igualmente idiota...

–...Solo –dijo Jai Vedh.

–¡Vamos!

Y aquella persona lo sacudió como si fuera un muñeco.

–Tienes la cabeza llena de majaderías –dijo el capitán–, completamente llena. ¡Vamos!

Acto seguido arrojó a Jai a sus pies y lo arrastró por el suelo haciéndole dar vueltas, mientras sudaba profusamente debido a su enorme peso. No había ninguna otra persona presente.

–Alguien me llamó –dijo Jai, y entonces el otro se detuvo.

Había árboles, un lago, un camino y varias colinas a la izquierda.

–¿Dónde está aquella cosa de la que huimos? –preguntó Jai–. ¿Dónde nos encontramos ahora?

–En tierra –respondió el capitán–; donde podemos quedarnos hasta que nos muramos de viejos. El motor explotó en los bosques. ¡Ponte en marcha!

–Maldito cobarde –añadió jadeando.
Pero su voz no era la de antes.

El camino no conducía a ninguna parte. Daba la vuelta al lago y volvía simplemente al punto de partida. Lo intentaron el primer día, de nuevo el segundo, e incluso el tercero, hasta que el capitán llegó a la conclusión de que no podía haber sido hecho por un ser humano.

–Los seres humanos no son precisamente muy racionales –dijo Jai Vedh disculpándose, mientras se sentaba en el suelo, recostaba la espalda contra el tronco de un árbol y apoyaba la barbilla sobre sus rodillas–. Yo mismo he construido muchos caminos como éste. Soy decorador.

–¿Un jardín de placer? –dijo el otro hombre, y se dirigió de nuevo al camino, regresando una hora más tarde.

El sol se veía bajo entre los árboles y las aguas del lago despedían unos reflejos brillantes, como si fueran brasas de carbón.

–Sí, un trabajo de profesional –dijo Jai.

–Vamos, un lugar adorable, ¿no es así? –comentó el otro.

–Sí, y muy bien calculado –respondió Jai–. He consagrado mi vida a esta, tarea.

–Y ahora también la estás consagrando, muchacho.

–Conozco mi oficio.

–¿Qué oficio! Un oficio civil.

–He construido un edificio; ¿puedo preguntarle...?

–¡Silencio!

En aquel instante apareció una mujer descalza en el camino que conducía al lago. Jai, que fue el primero en verla, se levantó inmediatamente, pero el capitán se dirigió rápido hacia el camino anticipándose. La mujer se detuvo y esperó la llegada de este último. Luego le dijo:

–No voy a ningún sitio.

– Jai observó como la mujer hacía unos extraños gestos mientras repetía insistentemente las mismas palabras : *sí, eso es*.

–No voy a ningún sitio –insistió ella–. Galáctica sí, ¿no es cierto? Lo siento, no estoy acostumbrada...

Se interrumpió al ver a Jai, y, dirigiéndose hacia él, se quitó la falda que cubría sus *shorts* y se sentó sobre la hierba, a su lado. Jai se había dado cuenta de que pronunciaba correctamente las palabras, pero distanciándolas, como si las sopesara antes de hablar.

–No estoy acostumbrada a hablar en este idioma –dijo ella–. Para mí viene a ser como un *hobby*. ¿Se encuentra usted bien?

–¡Galáctica! –exclamó el capitán.

«Ordinaria –pensó Jai–, obscura, no entrometida, con los cabellos cortados, simplemente como un miembro más de la plebe.»

–Escuche –le dijo el capitán–, quiero que me diga...

–Me gusta la forma en que se comporta –dijo la mujer a Jai mientras le ponía una mano en el hombro y se acercaba más a él, adoptando una postura desinhibida, zalamera, y entornando los ojos. Sus cabellos castaños que le cubrían la boca, su cráneo pelado y las

sobresalientes venas de su cuello daban a aquella mujer un aspecto extraño. De repente su mente se cerró.

–Comprendo –dijo ella–. Bueno, de acuerdo. Vamos, le llevaré junto a su aparato. Lamento mucho tener que decirle que está destrozado.

Cuando llegaron junto a la cápsula, había muchas personas alrededor de la misma, algunas sentadas cerca de ella y una encima. Había gente sentada sobre la hierba o bajo los árboles. Nadie se volvió o habló. Algunos niños se balanceaban colgados de las ramas de los árboles, mientras gritaban alborozados. Ninguno de ellos llevaba ropas.

–Primitivos desnudos –dijo el capitán.

«Esta gente –pensó Jai– probablemente constituye la tribu más apartada del mundo.»

En ese instante, notó como si alguien le palpara o estuviera registrando sus ropas. Jai se volvió y creyó observar un gesto de asombro en un joven barbudo que se hallaba sentado sobre la máquina. Este se encogió de hombros y se puso a manosear una especie de chaqueta de cuero, o una chilaba, capa, toga o gabardina. La mujer, que había entrado dentro de la cápsula, salió fuera llevando un montón de libros. Los colocó sobre el suelo y, sonriendo, dijo:

–¿Saben ustedes cuánto tiempo he pasado aquí? He pasado muchos días, muchísimos días. Por eso no deben de extrañarse de que me encuentre exhausta.

–¿Días? –exclamó el capitán.

–¿Qué tiene de extraño? –dijo ella encogiéndose de hombros–. Vine aquí la noche pasada; eso es lo que quería dar a entender cuando dije que había pasado muchos días aquí. Además, no me he expresado bien: no quise decir días, sino un largo período de tiempo.

–Las horas no son días –dijo Jai Vedh.

–Oh, no, no lo son –dijo ella–. Es usted inteligente.

Luego, sin dejar de sonreír, la mujer se inclinó sobre el suelo y comenzó a colocar los libros sobre el mismo, sin dejar de mirar a Jai.

–Parece que ha aprendido a hablar –dijo el capitán.

–Oh, solamente un poco –dijo ella–. Ya le dije que era mi *hobby* –continuó, mientras ordenaba los libros–, y así es; es mi vocación. Soy doctor.

Con una sonrisa extraña en sus labios, empezó a hojear un libro; luego, lo tiró a una pila de ellos. Después se agachó y los recogió todos en sus brazos.

–¡Tsong-ka! –dijo, e, inmediatamente, un grupo de niños (tenían que haber estado subidos en las ramas de los árboles, ya que aparecieron de repente) cogieron aquellos libros y salieron corriendo en diferentes direcciones. Luego la mujer recogió del suelo, cuyas hierbas no eran exactamente verdes, un libro cubierto por hojas secas de otoño, unas hojas en forma de corazón como las del ailanto, pero de un extraño color púrpura, rojo y verde. Una vez que hubo limpiado el libro de aquellas extrañas hojas, dijo, mientras hojeaba sus páginas–: Esto es un manual de gramática. Qué extraño. De todas formas es un libro interesante, ¿no les parece? Creo que enseñaremos a todos este lenguaje.

–¿Quién es «nosotros»? –preguntó extrañado Jai antes de que el capitán interviniese.

–Todo el mundo –dijo ella sorprendida–. ¿Quién iba a ser?

–¿Tiene usted copias de ese libro? –le preguntó Jai.

–Pues... no –dijo la mujer.

–Entonces no tendrá más remedio que hacer muchas copias –respondió Jai.

–No, desde luego que no –repuso ella–. No podemos. No tenemos la maquinaria apropiada.

–Entonces no podrá enseñar a cada uno ese idioma –dijo Jai–. Sólo podrá enseñar a unos cuantos, ya que sólo podrá utilizar un libro.

–Tiene razón, es lógico, perfectamente lógico.

–¿Y piensa enseñar a cada uno?

–No, creo que no podremos –respondió, y tirando rápidamente el libro al suelo, añadió–: Creo que va a llover.

Luego, dando la vuelta alrededor de la cápsula, la mujer desapareció en los bosques.

–En nombre de Todo, ¿qué es lo que está ocurriendo aquí? –preguntó extrañado el capitán.

–Todo –dijo Jai Vedh, sentándose en el suelo y tapándose el rostro con las manos.

–¡Libros! –exclamó el capitán–. Libros en lugar de *registros*. No podía haber tres docenas de estos libros tan raros en la librería de la astronave. ¿Quién fue el que puso *auténticos libros* en una cápsula de emergencia?

–Pues la misma persona que nos puso juntos a usted y a mí –respondió Jai Vedh.

–¿Alguien de la tripulación de la astronave? –preguntó sorprendido el capitán.

–No. Sí. Alguien de nosotros o de aquí. Alguien de este planeta. Quizá haya sido esa misma mujer. Todavía no sé quién se está riendo de quién.

–Estás loco –dijo el capitán penetrando dentro de la cápsula y saliendo momentos después–. No hay nada ahí dentro. Los pretales, los motores, las medicinas y los alimentos; eso es todo lo que hay en la cápsula.

–¿Está en condiciones de funcionar? –preguntó Jai Vedh.

–No, es completamente imposible. Lo único que funciona es el cierre de la puerta.

–Entonces –respondió Jai–, creo que voy a meterme en la cápsula y cerrar esa puerta. Y, por su bien, capitán, le aconsejo que haga lo mismo.

–Estás loco –dijo éste solemnemente.

–Mi estimado capitán –respondió Jai indicándole hacia el suelo–, échele una mirada a ese libro que hay sobre la hierba. Puede cogerlo si quiere. Se trata de una gramática china, no de Galáctica. Eso en primer lugar. Y en segundo lugar, le dice que *no* se trata del chino que se habla actualmente, ni siquiera de sus diferentes dialectos: se trata del antiguo idioma mandarín; un idioma compuesto de medio millón de símbolos independientes. Por este motivo esa mujer salvaje pensó que se trataba de un manual de gramática. Por eso le pareció tan «divertido» y eso es lo que todo el mundo va a aprender. Ese libro es mío. Lo traje conmigo entre mis enseres personales. Aún le diré más: me costó seis meses aprender a leer sólo la primera página. No hay en él ni una sola palabra de Galáctica, ni nada que se le parezca: ese libro está escrito en chino mandarín.

Fue el capitán quien cerró la puerta.

Ambos se sentaron en sus respectivos sillones, uno junto al otro, alumbrados por aquella luz blanca y fluorescente que los había iluminado desde que nacieron. Había muy poco espacio para los dos. Apoyado contra la pequeña ventana, Jai podía observar el perfil del capitán y pensó fútilmente:

«Me gustaría saber qué es lo que se siente cuando un hombre está enamorado de una mujer.»

El capitán se movió.

«Incluso aunque tuviera la cabeza de asno del capitán, yo sabría lo que siente una mujer cuando desea a un hombre. ¡La desgracia! ¡El vicio! Podría manejar a este idiota como si fuera un juguete. Vamos, lucha, trabaja duro, agótate durante cinco segundos. Y luego, cuando estés exhausto, cubierto de sudor, aliméntate y observa tu rostro reflejado en los ojos de esas pobres y desgraciadas gentes.»

–¿Me puede dar un cigarrillo? –dijo el capitán.

«¡Si fuera alguna cosa peor!»

–¿Tiene alguno sin nicotina? –dijo bruscamente el capitán, incorporándose en su sillón.

–Sí, aquí tiene –le respondió Jai entregándole uno–. Puede encenderlo con el mío.

–¡Maldita cápsula! –exclamó el capitán–. Esto se parece más a un huevo que a una astronave.

–Vamos, capitán, tranquilícese. *No pienso hacerle ningún daño, cabeza de asno.*

–Voy a salir afuera.

El capitán se levantó bruscamente y se golpeó contra el techo. Se sentó, se llevó la mano a la parte dolorida de su cabeza y permaneció inmóvil.

–No pieria" tocarle –dijo Jai indiferente–, ni siquiera cuando esté dormido.

Jai cerró los ojos y vio aparecer ante él una larga procesión de mujeres bajo una luz fluorescente. Sus cuerpos eran deformes. Eran tan débiles que el tocarlas podía hacerles daño, y tan fuertes que podían matar a cualquiera. Se pusieron a flotar sobre él y luego comenzaron a saltar sobre su vientre como si fueran globos de feria. Eran pérfidas, sobrenaturales, sin mentes y de rostro pálido.

Un trueno retumbó fuera de la cápsula.

–No puedo –dijo el capitán.

–¿No puede qué?

–Cállese usted.

–¿Que no puede estar aquí, quiere decir?

–Puedo estar aquí solo –respondió el capitán–. Y para ello tengo que echarle fuera.

–Inténtelo.

–No me provoque –dijo furioso el capitán–. Peso cuarenta kilos más que usted y no tengo la *cabeza blanda...*

–¿Es así como *nos* llama ahora?

–¡Salga de aquí inmediatamente!

–Está furioso, ¿no es así? –dijo Jai, adoptando otra postura en el sillón–. O es que le molestan mis ojos azules de bebé.

Jai había tomado una posición defensiva, y, cuando el capitán se lanzó hacia él, Jai le dio con la sandalia en pleno rostro. En ese instante, una gota de agua penetró dentro de la cápsula de paredes inoxidables, haciendo que la cabina retumbara como un cañón. Fuera de la cápsula todo pareció iluminado por una luz ultravioleta. Entonces observaron, a través de la mirilla, que la mujer se hallaba junto a la cápsula. Llevaba plumas de avestruz en la cabeza y en el pecho, y, alrededor de sus muñecas, de su cuello y de sus pies, algo que brillaba como diamantes. Abrió la puerta de la cápsula y, cogiendo a Jai por el pecho, lo sacó fuera. La lluvia le azotó el rostro, y Jai resbaló, cayendo sobre la húmeda hierba. Trató de levantarse, pero alguien le sujetó el brazo, retorciéndoselo e inmovilizándole.

Luego, lo levantó del suelo y le obligó a bailar. Otro resplandor iluminó el campo de un extremo a otro. Aquello era un carnaval, un infierno, la boca de un antro cavernoso, una llanura invadida por grotescas máscaras y gentes vestidas con extrañas vestimentas. Jai sintió que lo lanzaban de un círculo de danzarines a otro.

Finalmente, cuando la tormenta hubo pasado, los danzarines se dispersaron; algunos se tumbaron sobre la hierba y otros se acurrucaron sobre la misma, como si fueran perros. Jai no pudo menos que echarse a reír. Se encontraba con los brazos alrededor del talle de ella y con la ropa mojada. Ambos se sentaron en el suelo y siguieron riéndose. A lo lejos, se oía el retumbar de un trueno.

Junto al borde del lago, a poca distancia del agua, vieron unas figuras grotescas, de aspecto demoníaco, bailando desenfrenadamente. Apenas divisaron a Jai y a la mujer avanzaron hacia ellos, pero luego se detuvieron y regresaron a la orilla del lago. Parecía que estuvieran exhaustos o muertos.

Jai Vedh se tapó el rostro con las manos. Se arrodilló, mientras sentía que iba a vomitar, y elevó sus ojos al cielo, como si musitara una oración, rogando su regreso a casa. Algunos danzarines habían abandonado el baile y se habían tendido en el suelo; algunos se hallaban a gatas, mirando furtivamente en dirección al bosque. Otros jugaban a las cartas.

Jai se dirigió a la cápsula y se puso a golpear la puerta hasta que se le agotaron las fuerzas. En aquel instante la lluvia cesó, dejando los campos inundados.

Estaba dentro. Las ropas estaban secas pero frías todavía. La luz le deslumbró. De nuevo volvió a oírse el ruido de la lluvia. El capitán, cogiendo a Jai por ambas manos, hizo entrar a su compañero dentro de la cápsula.

Mientras, junto a la portezuela, la mujer permanecía de pie, cual una *chántense* del antiguo Folies Bergère, con las plumas de avestruz mojadas y cubiertas de lodo. Tenía los ojos cerrados y en su rostro se reflejaba la fatiga. El cerrojo metálico de la portezuela parecía decir con su voz alta y herrumbrosa:

Lo lamento... Demasiado cansada. Es más fácil hablar directamente.

–¡Dios mío, Dios mío, Dios mío! –murmuró el capitán.

Le presento mis disculpas... Un ataque de frente... demasiado esfuerzo para usted... trate de nuevo la próxima semana... el próximo mes... lo olvidará todo.

Empezó a arrodillarse.

–*¡Weech dikkur!* –gritó el cerrojo–. *¡Wich duker! ¡Whach doctor! ¡Médico brujo!*

Se notaba claramente que quería decir *psiquiatra*. Luego la mujer desapareció.

Sin preocuparse apenas de aquel hombre aterrorizado que le sujetaba las manos, Jai Vedh se quedó inmediatamente dormido.

2

Así pues, al día siguiente por la mañana aterrizaron con la cápsula y el capitán le estrechó calurosamente las manos a la joven mujer vestida de color marrón que había sido designada para darles la bienvenida. Como pudo comprobarse, aquella mujer era el médico de la colonia.

–¿Una colonia perdida? –dijo él.

–Sí, una colonia perdida –asintió ella.

–¿Cuánto tiempo tarda la hierba en tornarse de este color? –preguntó Jai, siempre curioso.

–Meses –respondió ella.

Caminaron más allá del lago, mientras se preguntaban qué podía haberle sucedido a aquella colonia ciento cincuenta años antes. La joven mujer no llevaba nada con ella y sus pies estaban descalzos. Subió con sorprendente agilidad la colina sin preocuparse del daño que podían causarles a sus pies los guijarros y trozos de rocas puntiagudas diseminados por todas partes; ni siquiera se molestó en apartarlos de su camino. Cuando llegaron a la primera choza de piedra, ella se detuvo un instante para enseñarles que no tenía puerta sino una simple y tosca entrada.

–No tiene puerta debido a que aquí el clima es muy seco –dijo la mujer, a título de explicación.

Dentro de la choza había una corriente de agua. Sobre una roca plana había un extraño plato lleno de líquido amarillo en el que flotaba un pabilo ardiendo; pero la única luz de que disponía la choza procedía de la entrada.

–Esta choza es muy fría –dijo ella–. Pertenece a mi bisabuela.

Luego, indicando hacia el plato, dijo:

–Eso es aceite.

–¿Y qué utiliza para calentarse? –preguntó el capitán.

–En este lugar nunca hace frío.

–Querida señora... –comenzó el capitán.

–Sí, ya sé, ya sé –dijo ella interrumpiéndole y acercándose al sol que penetraba por la entrada de la choza–. Ustedes desean entrevistarse con los jefes. No tenemos ninguno. Deben volver a su astronave y sacar la radio. Si esperan un momento, les traeremos el equipo con el que llegamos.

–¿Qué? –dijo el capitán.

–He dicho nuestro equipo –dijo ella–. Si se ponen a trabajar de firme, tendrán arreglada su astronave en seis meses y así no tendrán que pasarse el resto de sus vidas aquí, esperando que vengan a rescatarlos.

–Ustedes, en cambio, no fueron rescatados porque nunca lo desearon. ¿Estoy en lo cierto? –dijo Jai Vedh.

–Sólo es usted capaz de adivinar que se trata de un huevo viendo la cáscara –dijo la mujer–. Vamos.

Acto seguido, la mujer los condujo a la cima de la colina. El capitán se acercó a ella y la observó detenidamente.

–Usted es doctor, ¿no es así? –le preguntó Jai–. ¿Cree usted que estoy enfermo?

–Mucho –respondió la mujer–. De la cabeza. Y no usted solo, sino los dos.

–Entonces cúreme –dijo Jai Dos, y se puso a observar cómo la mujer se sentaba en el suelo, cruzaba las piernas y, cerrando los ojos, inclinaba la cabeza sobre su pecho.

Un instante después ella abrió los ojos y dijo:

–No puedo. Esta es la casa de Olya.

–Todos están en el infierno –intervino el capitán–. Todo esto no es más que magia negra. La mujer no hizo el menor caso al comentario del capitán.

–¿Lo ha oído? –le dijo Jai Uno–. Ustedes no son más que un pueblo primitivo.

–Creo que ustedes son muy rudos –dijo la mujer, después de un instante de silencio.

Cuando llegaron a la «casa de Olya», la mujer cogió por la muñeca a Jai y lo introdujo dentro.

–Sé lo que significa *canibalizar* –dijo ella–. Significa comer *algo* –añadió como en un susurro.

–Pero, por favor, ¿qué significa *radio*?

Olya, la única que hablaba eslovaco, estaba fuera. También estaban fuera el que hablaba alemán y los hermanos que hablaban chino. La mujer fue de casa en casa, aquella tarde calurosa, indicándoles quiénes vivían en cada una de ellas. Luego, cuando llegaron a aquellas casas que estaban por encima del lago, todo demostraba que estaban vacías. Entonces la mujer se dirigió a la orilla, seguida por ellos, y luego regresaron de nuevo a la colina.

Reinaba una gran calma aquella tarde. Una calma que cada vez se acentuaba más y más. Se podía oír el ruido de un insecto en la lontananza. Todo en aquel lugar era pequeño, desde los árboles hasta los caminos que conducían al lago. Y en el calor de la tarde todo daba la impresión de que iba a derretirse hasta quedar convertido en nada.

Jai se dio cuenta de que había estado sentado y contemplando sus propios pies durante cierto tiempo. El calor le hizo sentir una gran sed. Movié la cabeza y se puso a escuchar, procedente de algún lugar del lago, un débil *toink-toink*, como la llamada de un pájaro. Nada se movió. El sol se reflejaba en las aguas del lago, proyectando las sombras de las casas sobre la orilla.

De repente, todo se iluminó como por encanto y ante sus ojos apareció un muchacho de unos doce años, completamente desnudo, golpeando una calabaza contra una piedra, mientras silbaba.

Toink-toink, y se detuvo. La mujer se acercó a él y le hizo una pregunta.

El muchacho le respondió pronunciando sólo dos sílabas y sin hacerle mucho caso.

La mujer volvió a hacerle otra pregunta.

Contestó de la misma manera.

Y otra pregunta más.

Parecía que el muchacho estaba imitando a un gato al responder de aquella forma a la mujer.

Esta se volvió hacia ellos y les dijo:

–Perdónenme. Dice que Olya se encuentra de cacería y que los hermanos chinos están fabricando objetos de alfarería. Dice que el demonio ha entrado en cada uno de ellos y los ha conducido a los cuatro rincones del mundo, mientras él recorre este lugar desértico, productor de bellos sonidos, escuchando el catabolismo de las rocas.

–Ya veo que es todo un poeta –dijo el capitán.

–Él cree que lo es –dijo la mujer–. Es muy sarcástico. ¿Quieren entrar, por favor? Aquí afuera hace mucho calor.

Ambos se levantaron y se dirigieron a la choza más próxima, penetrando en ella.

–Dime una cosa –le dijo Jai al muchacho–, ¿hablas el idioma de Galáctica?

–Naturalmente –dijo el muchacho–. Cabellos negros. Siéntese. Arriba y abajo.

Jai hizo una mueca y luego se dirigió hacia la puerta para marcharse, pero en ese momento oyó un ruido y se volvió. Entonces vio al muchacho saltando sobre las rocas como si imitara una danza guerrera, mientras movía la cabeza de un lado a otro. Luego el muchacho dejó de danzar.

–Aquella es Olya –dijo.

El muchacho se acercó más, tímidamente, y sin mirar a Jai, le tocó con un dedo el brazo y dijo:

–Allí, allí.

–¿Dónde están los demás? –le preguntó secamente Jai.

El muchacho puso cara de tristeza.

–Como estés tramando una jugarreta contra nosotros, te aseguro que te arrepentirás –le dijo Jai avanzando hacia él con una mirada siniestra en los ojos.

El muchacho se echó a llorar, se volvió y luego corrió en dirección al árbol más próximo.

–Pues sí que estamos bien: perdidos en este lugar y teniendo por única compañía a un muchacho medio loco.

Una joven pequeña salió de la choza y pasó delante de él. Luego salió otro muchacho y echó a correr apenas vio a Jai. Y luego, otro más.

El interior de la choza estaba lleno de muchachos.

Cuando Jai entró en la choza todo el griterío cesó. Los muchachos se habían quedado como estatuas al verle, excepto dos que estaban tumbados sobre un montón de hojas; pero éstos también se callaron apenas le vieron. Alguien estornudó. Una mujer alta, una auténtica belleza con una brillante trenza alrededor de la cabeza y un lunar oscuro sobre el labio superior, de hermosa anatomía, y con una falda de piel atada a su cintura, apareció detrás de los muchachos que estaban tumbados sobre el lecho de hojas, y cogiendo a ambos por los brazos los echó fuera de la choza. Luego empezó a buscar por todos los rincones y comenzó a echar a todos los que estaban escondidos. A continuación, se secó el sudor de la frente, cogió sus dos grandes petos en sus manos y, avanzando, los depositó sobre la mesa de piedra. Cerca de ella, la doctora de la colonia, vestida con su traje marrón, permanecía de pie.

–Lamento mucho que no nos haya oído entrar –dijo esta última.

–Esta es Olya –añadió.

–Y aquella es Evne –dijo Olya.

Luego se estiró, se limpió las manos en las caderas y se dirigió al lecho de hojas situado en la parte posterior de la choza. Durante unos instantes pareció estar buscando algo. Luego, volvió al lado de ellos, se arrodilló y abrió su mano para mostrar una salamandra en la palma de la misma. Su mano estaba hinchada, los dedos en forma de huso y la muñeca dislocada.

–No soy ningún animal, doctor –dijo Evne irritada.

Al oír aquel comentario, Olya se encogió de hombros y el capitán se limitó a toser discretamente.

–De acuerdo, dámela –dijo Evne, cogiendo al animal con la mano.

En el mismo instante, Evne cayó de repente en trance. Estaba sentada en el suelo, con la cabeza apoyada en sus rodillas, mientras sujetaba la salamandra con la mano. El capitán le

hizo un gesto a Jai, indicándole la salida de la choza, y una vez que estuvieron fuera, le dijo:

–¡Que me maten si resisto ver a dos mujeres haciendo magia negra con una rana!

–No era una rana, sino una salamandra –dijo Jai automáticamente.

–Estas gentes son demasiado felices –dijo el capitán apretando los labios–. Sí, demasiado felices. No necesitan trabajar. Mientras usted estaba ausente, descubrí algunas cosas. Aquí nadie se preocupa por nada. Si llueve, se mojan; eso es todo. Si coge usted a un hombre y lo sienta encima de un asno, la única cosa que se le viene a la mente es comer. Estuve hablando un rato con nuestra pequeña doctora mientras usted estaba fuera, y he podido averiguar que la única cosa que impide que sus pacientes se mueran es que no tiene ninguno. Los hombres son por el estilo. Si le preguntas a uno qué está haciendo el otro, te responde que hoy está recogiendo flores silvestres. Y si esta misma pregunta se la haces a otro, te responde que está contemplando las ardillas. ¡Qué pueblo éste, Jai! ¡Santo Dios!

–Sí... sí, tiene usted razón –dijo Jai.

–Pensar que sucedan estas cosas –murmuró el capitán–. En fin, amigo mío, ruegue usted que esta gente tenga el equipo y que podamos utilizarlo. Bueno, me voy a la astronave. Le veré allí antes del crepúsculo.

–De acuerdo –dijo Jai, y, apartándose del camino que conducía a la cima de la colina, se dirigió hacia los árboles.

En realidad, aquella arboleda se parecía más bien a un jardín; todo estaba bien cuidado y ordenado, e incluso el suelo y las enredaderas crujían blandamente al pisarlos. Quizá se tratase de un jardín humano, un experimento que alguien estaba ensayando, o quizá alguien coleccionaba muchachos, o alimentaba a los hombres para convertirlos en otro tipo de raza. Todo podía pensarse después de ver a dos mujeres arrodillarse y ponerse a contemplar a una salamandra que se deslizaba por el suelo...

«Pero el idioma es trabajo –pensó Jai–. Aunque pasen ciento cincuenta años, sin disponer de manuscritos, una colonia tiene que desarrollar por lo menos un acento regional.

»Pero esta gente no tiene acento alguno.

»Y el doctor Evne, careciendo de pacientes y de medicinas, tiene un estilo literario muy pulcro. El catabolismo de las rocas. Una implacable rabia por todo lo nervioso...»

–Galáctica es mi *hobby* –dijo alguien cerca de él, o alrededor de él o debajo de él. No recordó dónde había oído aquello antes. Permaneció de pie, inmóvil tratando de recordar todo lo que había visto: el ruido de los muchachos, sobre todo, dentro de aquella choza, aquella «magia» tan impropia e inexplicable en aquel lugar y *aquel niño, aquel pequeño Nerón, tan poético y sofisticado.*

De repente, Jai oyó un silbido, y el niño salió de detrás de un árbol, pero esta vez sin la calabaza ni el trozo de roca. Sus cabellos, color rojizo, le caían sobre los hombros. A simple vista se notaba que nunca había estado expuesto a los rayos del sol: su piel era blanca como la nieve. Jai avanzó hacia él y lo cogió por un hombro.

–¿De dónde vienes? –le preguntó Jai–. ¿Existe una puerta secreta detrás de ese árbol?

El muchacho no respondió nada, limitándose a mirar hacia arriba con sus grandes, inocentes y negros ojos. Luego trató de desasirse de la mano de Jai, pero éste no se lo permitió, apretándole el hombro con más fuerza.

–¿Existe una *ciudad* debajo de ese árbol? –le preguntó con un tono tan suave que el mismo Jai se sorprendió.

El muchacho no respondió nada. Jai lo dejó marchar. El muchacho, que se hallaba de pie sobre un montón de leña, comenzó a frotarse el hombro. De repente, dio un grito de sorpresa al ver que Jai lo cogía por un pie y lo elevaba en el aire, cabeza abajo. Las plantas de sus pies eran tan duras como un hueso: el chico no había utilizado zapatos en toda su vida.

–Hijo de la naturaleza –dijo Jai–. Sí, hijo de la naturaleza. Bueno –añadió al cabo de un rato–, vete y déjame en paz.

Acto seguido, Jai se volvió de espaldas a él y comenzó a subir en dirección al sendero. Cuando se hallaba a mitad de camino, oyó de repente un ruido: el muchacho se encontraba frente a él. En su rostro se apreciaba una expresión de odio, mientras le enseñaba los dientes a Jai como hacen algunas fieras antes de atacar a su víctima.

«Yo también estoy preparado –pensó Jai–. Tú me conducirás adonde...»

–¡Guerra! –gritó el muchacho salvajemente–. ¡Guerra! ¡Guerra! ¡Guerra! –continuó gritando mientras saltaba como un caballo salvaje alrededor de Jai. Luego, el muchacho abrazó a Jai con sus brazos desnudos y apoyó su cabeza sobre su hombro.

Jai se echó a llorar.

Apartó al muchacho de su lado y se sentó en el camino. Nunca había sido cariñoso con nadie y no estaba dispuesto a serlo ahora, a pesar de que aquella escena le había emocionado profundamente. Pero al cabo de un instante, al ver la expresión triste en el rostro del muchacho, se enterneció y se puso a reír. El muchacho se acercó entonces a él y Jai sintió la sedosa piel del joven contra la suya, mientras su aliento caliente susurraba en su oído: «¡Rá, ta, ta, ta, ta!» Esto le hizo salir de su ensimismamiento. Se incorporó y empezó a andar por el camino con el muchacho cogido de su brazo.

–Bueno, suéltame –le dijo Jai–. A propósito, ¿cómo te llamas? No puedo llamarte hijo de la naturaleza.

–Nada.

–Bueno, en ese caso te llamaré Nada. ¿Cuántos años tienes, amigo Nada?

El muchacho emitió un sonido gutural parecido al que produciría el vapor escapándose por una válvula defectuosa.

–¿Qué quieres decirme con eso de fuuuu? ¿Cuántas gentes hay ahí adentro?

–*Ftun* –respondió el muchacho.

–Eres muy expresivo.

–Seguro que *Ftun* es un número.

–¿Cuántos hay? ¿Tres? –le preguntó Jai.

El muchacho le miró extrañado.

–¿Hay muchos más? –insistió Jai.

–Sí –dijo el muchacho.

–¿Muchos, muchos, muchos?

–Once mil novecientos setenta y siete.

Acto seguido, el muchacho se desprendió de la mano de Jai y se dirigió hacia los árboles.

–¡Loco! ¡Loco! –exclamó Jai aterrorizado–. ¡Eres un loco!

Rápidamente echó a correr detrás del muchacho, pero éste ya había desaparecido.

De regreso a la astronave, Jai encontró al capitán sentado en el suelo con su regazo lleno de pequeños y transparentes objetos de plástico. Había un rollo de hilo de plata cerca de él, pero parecía que no lo utilizaba. El capitán colocaba los objetos uno sobre otro, como un castillo de naipes. Estaba haciendo una radio. Cuando se dio cuenta de la presencia de Jai, se levantó.

–Santo Dios, ¿qué ha sucedido? –dijo el capitán.

–Un número primo –dijo Jai–. Once mil novecientos setenta y siete.

–¿Está usted bromeando? –dijo el capitán.

–No –respondió Jai–. Me han dicho ese número. No es un número redondo, ni siquiera es un sistema distinto del decimal. Lo intenté todo hasta diecinueve. Creo que se trata de un número primo.

–Escuche usted... –comenzó a decir el capitán.

–Once mil novecientos setenta y siete es *Ftun*. Bueno, yo lo pronuncio con mi propio acento. Una sílaba. Se trata de un número muy grande para tener su propio nombre. A menos que sea un número redondo. O aproximado. Y no es así. ¿En qué clase de idioma, en qué clase de mente, un número superior a diez mil tiene su propio nombre?

–¿Qué quiere decir? –preguntó el capitán.

–Esta colonia tiene una antigüedad de más de ciento cincuenta años. *Si* se trata de una colonia... Y esa radio que está usted construyendo va a funcionar igual que un árbol de Navidad.

–¿Por qué?

–Porque esta gente no quiere que nos marchemos. No quieren que otros lo sepan.

–¿Saber qué? –preguntó el capitán–. Nosotros nos marcharemos para Navidad. El día trescientos cincuenta y nueve del año trescientos A.B. Puede ponerlo en el calendario que quiera: árabe, judío, indio, gregoriano, etcétera. Pero sigue siendo Navidad. ¿Me comprende? ¡Tres sílabas!

–Es usted un estúpido, un estúpido bastardo –respondió Jai Vedh dirigiéndose hacia la radio–. Es que todavía no se ha dado cuenta...

–No toque eso –dijo el capitán con voz alterada–. Y no se impresione tanto con lo que le digan unos *niños pequeños*.

Jai le golpeó, tal como le habían enseñado (ya que tenía muchos *hobbies*), fuertemente, bajo la mandíbula inferior y la cabeza del capitán se inclinó hacia atrás. Este se recuperó del golpe y se lanzó contra Jai, pero el joven le sujetó el brazo con una mano, inmovilizándolo con una presa de judo. Vio cómo el capitán se esforzaba por desasirse de él, y Jai temió recibir un puntapié, ya que estaba calzado con botas y él sólo llevaba sandalias. De repente, el capitán hizo un gesto hábil y logró liberarse. Entonces comenzó a dar vueltas alrededor de Jai, amenazadoramente, furioso, irritado, pisando las hojas, haciéndolas crujir, pisando la hierba.

«¡Que Dios me ayude ahora! –pensó Jai–. Es usted el mejor alumno que he tenido, pero nunca logrará ganar una verdadera pelea;...»

Se despertó y sintió unas náuseas profundas. Se hallaba tumbado de lado y sobre él se inclinaban dos rostros que se movían al unísono y fluctuaban como en un espejo defectuoso. Dos hotentotes, con rostros gemelos de color castaño pálido, narices achatadas y con idénticas barbas negras. Ambos sacaron una mano, ambos hablaron.

–Cierre los ojos.

Y las manos descendieron, una encima de otra, sobre él. Jai sintió que las náuseas aumentaban.

–Muy bien –dijo sosegadamente aquella voz–. Ahora abra los ojos.

Jai abrió los ojos y vio un rostro, con su negra barba y dos ojos como pelotas de alquitrán, inclinado sobre él.

–Levántese –dijo el hombre mientras ayudaba a Jai a ponerse de pie.

Aquel extraño y misterioso individuo iba vestido con el sayo negro de un monje. De repente, apareció una mujer; era Olya. El otro hombre, que llevaba un sayo de monje de color rosa, le pareció a Jai que se despojaba del mismo. Esta visión desapareció. La pareja se hallaba frente a él.

–¿Cómo se encuentra? –le preguntó el hombre.

–Tembloroso –respondió Jai.

–Debería dormir –intervino Olya, tomándose un gran interés por él–, y luego despertarse a tiempo para el juego, ¿no te parece?

–Duerma –dijo el hombre que se hallaba detrás de Jai–. He hecho que su amigo esté durmiendo durante cuatro horas por lo menos. Le veré esta noche.

El hombre y Olya se retiraron y se encaminaron hacia los bosques. Jai permaneció tumbado, enormemente cansado. Luego se quedó dormido. Tuvo un sueño muy extraño. Soñó que Olya se le acercaba.

«Vete de mi lado –dijo él–. Tú sabes quién soy yo.»

«Lo sé mejor de lo que te imaginas», contestó ella abrazándole. Le parecía que Olya se convertía en una diosa de la montaña, iluminada por los relámpagos y destruyendo los árboles que encontraba a su paso.

«¿Por qué tienes un lunar negro encima de tu labio superior, Olya?»

«Esa no soy yo –respondió ella con su extraña e histérica voz de contralto–. No... ¡ah! ¡oh!... ¡Te confundes con mi amiga Evne!»

De modo que durante un momento, antes de dormirse, la mujer que recibió sus halagos y delicadezas era Evne: delicada, tímida y temblorosa.

«Querido mío –dijo ella–. Oh, querido mío, querido mío.»

Al llegar el crepúsculo, Jai dejó al capitán –que no se acordaba de nada– entretenido con su radio igual que un mono con un juguete.

Al llegar al borde del bosque, Jai se volvió para ver la radio. A aquella distancia, el aparato parecía un armatoste y daba la impresión de que nunca llegaría a funcionar. En aquel momento, el capitán se hallaba colocando alguna pieza en la radio.

«La está adorando», pensó Jai, y con los pies descalzos, debido a la calurosa tarde, se colgó las sandalias alrededor del cuello y penetró en la oscuridad del bosque.

No vio a nadie hasta que la luna asomó por el horizonte. Durante un rato caminó por el bosque a oscuras, y luego se dirigió hacia el lago y se sentó allí a contemplar las aguas que relucían bajo los reflejos del cielo. Se hizo más oscuro. Las estrellas eran más densas y más brillantes de las que él estaba acostumbrado a ver. De repente, se levantó bruscamente pues tuvo la impresión de que había alguien a su espalda. Durante un momento no vio nada, y luego una débil aurora apareció en el horizonte. Pensó: «Va a salir una luna...»

Sin saber por qué, se levantó y se puso a caminar alrededor del lago, luego por el bosque y, finalmente, por la colina. Se agachó, cogió una piedra y la tiró por la ladera hasta que cayó al fondo. Podía ver claramente sus propios pies. Las estrellas, en aquel instante molestas para un habitante de una ciudad, colgaban silenciosamente en el firmamento fulgurando sobre su cabeza. Jai rompió tres ramas que le impedían proseguir su camino, salió de un claro del bosque y continuó caminando. Tenía la impresión de que se encontraba en una especie de anfiteatro natural, de paredes macizas y argéneas, a punto de derrumbarse.

Las últimas estrellas de la noche se convirtieron en cabezas de alfileres relucientes y desaparecieron. Et cielo, sin una sola nube de un extremo a otro, era pálido, profundo y de un color azul claro. Algo en el fondo del anfiteatro captó la luz y resplandeció con mucho fulgor. Se volvió para ver el origen de aquella luz y entonces vio por encima de las copas de los árboles algo ancho y profundo, que, por un instante, le pareció un globo, luego una hoja blanca de papel y de nuevo un globo. Tenía tres veces el tamaño de la Luna de la Tierra. Aquello le produjo vértigo.

Vio que había alguien en el anfiteatro a no más de veinte metros de distancia; pero, por mucho que estuvo escrutando, *aquello* no se movió. Sin embargo, alguien se estaba moviendo silenciosamente por el borde del campo de visión, y luego otra persona más, y otra más. El anfiteatro estaba lleno de gente.

Pensó: «Entraron mientras yo contemplaba el cielo como un tonto.» Pero luego comprendió que estaba equivocado.

Un anciano que se encontraba junto a Jai, flaco y macilento, con largos cabellos blancos que le llegaban hasta los hombros, puso en el suelo las últimas ciruelas que estaba comiendo, y como si el sonido de Jai fuese una señal para él, dio un salto y se arrojó al fondo del anfiteatro como si fuera un submarinista. Luego, en el fondo del anfiteatro, continuó dando saltos alrededor del borde inferior del mismo, y luego, como si las fuerzas que había estado utilizando se le hubieran agotado, comenzó a temblar y a hacer esos movimientos tan típicos de las personas de edad avanzada.

Acto seguido, el anciano inclinó la cabeza hacia delante y luego hacia atrás, se arrodilló y se levantó, y después, sin mirar a nadie, se dirigió hacia un lado del anfiteatro y se sentó.

En aquel instante alguien empezó a cantar. La música procedía de un lugar en forma de mesa en la que algunos individuos tocaban unos instrumentos sin orden ni concierto y con registros que no armonizaban entre sí. Casi al final de la canción, el cantante elevó el tono de su voz y gritó violentamente durante varios minutos. Luego acabó con una entonación exquisitamente seductora.

Nada sucedió durante treinta minutos.

Entonces, los colores del anfiteatro comenzaron a cambiar de tonalidad, y sopló un airecillo un poco caliente, un poco frío. Las personas que se hallaban sentadas a ambos lados de Jai comenzaron a moverse en sus sitios, primero hacia abajo, luego hacia arriba. Jai pensó que la comunidad se hallaba entregada a una especie de extraño baile, y entonces la sangre se le subió a la cabeza. Tuvo la impresión de que las paredes del anfiteatro se elevaban, mientras todas las personas allí reunidas se inclinaban hacia delante. Luego le pareció que el anfiteatro se hundía dentro de un tubo gigantesco mientras la gente caía al suelo. Todo aquel espectáculo parecía acorde con el campo gravitacional del planeta.

Sí, era un espectáculo verdaderamente extraño...

Telepatía. Telequinesis. Psicoquinesia. Telealucinación. Telepercepción. Telecontrol. ¿Teleicidio?

Jai pensó: «Todo el mundo me está observando. Tengo que regresar a la astronave.»

Se encontraba al borde del bosque, casi presa de la histeria. Trató de atarse las sandalias con una mano, ya que la otra la tenía apoyada en la cabeza para que los pensamientos no se le escaparan. En ese instante sintió que una mano caliente se apoyaba en su hombro. Levantó la vista y vio a una niña de unos nueve o diez años. Se parecía mucho a Evne, y por toda vestimenta llevaba un elegante pañuelo cubriéndole el cuerpo. La niña se dirigió a Jai y le dijo:

–¿El señor va a quedarse?

Jai no le contestó, terminó de atarse las sandalias y continuó su camino. La niña le siguió.

–Por favor –le dijo ella. Se había caído al suelo.

En aquel instante por la mente de Jai Vedh cruzaron malos pensamientos; pensamientos de asesinar a la niña.

–Yo puedo hablar –dijo la niña.

Hubo un momento de silencio.

–Actualmente –continuó la chiquilla con gran desparpajo–, ello es debido a que son *grownups*. Los *grownups* son *hórridos*. Ellos suelen decir sí a todo, pero no tienen la menor *compasión* con nadie. Esto es debido a que pueden *whatchamacallit*. Yo puedo también *whatchamacallit* porque tengo nueve años. Puedo hablar como puede usted comprobar. Bueno, ahora dígame algo.

–¡Santo Dios! –exclamó Jai sin saber si horrorizarse o reírse.

Luego se produjo otro momento de silencio.

–Actualmente –dijo la niña con vehemencia–, *todo es por su culpa*. Se encontraba usted dominado por tal desorden emocional que me produjo dolor de cabeza. Simplemente *tenía* que limitarme a seguirle. Soy la hija de Evne y me llamó Evniki, que significa pequeña Evne, y soy partenogenética. Sin embargo, no soy *haploide* –añadió la niña con un tono más suave–. Soy un duplicado auto-fertilizado. Mi madre es cirujano genético.

La niña se sentó en el suelo.

–Mientras usted, analiza sus pensamientos –dijo ella quitándose el polvo de su rudimentaria vestimenta–, yo le contaré más cosas. Tengo nueve años y puedo alimentarme a mí misma. Por eso no vivo con nadie. Evidentemente, no puedo detectar los pensamientos, pero puedo leer los sentimientos y moverme y adivinar dónde se encuentra la gente y otras cosas más. Cualquiera puede hacer eso. Si los niños pudieran hacer algo más, todos habríamos sido asesinados en nuestras camas.

Jai la miró con los ojos desorbitados. No podía creer lo que estaba oyendo. Aquello era algo asombroso.

–Tengo nueve años –continuó la niña–, pero actualmente tengo quince. Desde luego, tengo que dejar que mi desarrollo continúe, pues de lo contrario me convertiría en una enana para el resto "de mi vida, pero creo que todavía puedo esperar un año más. Quiero desarrollarme intelectualmente. Aparte de esto, ya he escogido la profesión que voy a estudiar. Como soy muy habladora, pienso dedicarme a la oratoria y ser considerada esotérica. ¿Se encuentra mejor ahora?

–Sí –respondió Jai, sorprendido por su propia respuesta.

–Eso está bien –dijo Evniki, y le sonrió un poco; una sonrisa propia de una niña de nueve años. Luego se acercó más a él y añadió–: ¿Se encuentra ahora mejor?

–¿Es que todas las niñas y niños de este lugar gustan de ser lisonjeros? –dijo Jai secamente, tratando de apartar a la niña.

Esta le acarició las manos y le dijo:

–¿No le *gustan* las niñas pequeñas?

–¡No! –respondió Jai desesperado.

–Pues a todos los hombres les gustan –dijo Evniki, frotando su rodilla contra él–. A todos los hombres les gustan las niñas pequeñas. No puedes de ningún modo rechazarme, pues ello significaría una ofensa para mí.

–Cállate de una vez, Evniki –dijo Jai severamente–. El hecho de que me esté riendo no significa...

–Usted no se está riendo –murmuró suavemente Evniki–. No comprende sus sentimientos: está excitado. Me doy cuenta de ello, lo siento.

–Por favor, Evniki, no me molestes...

–Es que se trata de un hecho real, un hecho que está sucediendo entre nosotros dos –respondió la criatura sin hacer caso de las palabras de Jai–. ¡Y *qué* hecho más hermoso! Basta que yo me lo propusiera para que usted hiciera lo que trata de ocultarme. En este momento estoy brillando dentro de su mente igual que si fuera un cirio. Oh, por favor, hágame brillar a mí también, me gusta brillar a mí también...

–Evne –dijo Jai horrorizado–, si me tomara en serio todo lo que me estás diciendo ahora...

–¡Evne es el nombre de mi madre! –exclamó la niña apartándose de él–. Ahora me doy cuenta perfectamente, de que eres un hombre sin fe.

Acto seguido Evniki desapareció en los bosques.

La Luna comenzaba a descender. La luz iba disminuyendo entre los árboles. Jai se sentó en el suelo y apoyó su cabeza sobre sus rodillas. «Los adultos –pensó– son dioses y los niños monstruos.» Se tumbó en el suelo. De repente, en la oscuridad del bosque, vio como una margarita próxima a él adoptaba la figura de Evne.

Se levantó rápidamente y arrancó una rama de árbol, dispuesto a defender su vida. Dijo:

–¡No, no eres tú! Se trata de una metáfora que mi mente está elaborando por culpa tuya, por culpa de las cosas que metiste en mi cabeza.

La margarita volvió a convertirse en una planta.

Jai se tumbó en el suelo y pronto se quedó dormido. Mientras dormía soñó que la margarita revoloteaba sobre su cabeza igual que un vampiro.

Olya estaba de rodillas e introducía sus manos en el agua de la corriente. Jai se hallaba con la espalda apoyada contra una de las paredes de piedra de la choza, sosteniendo en sus manos el rifle de balas sedantes que el capitán le diera, mientras este último se hallaba sentado sobre una roca plana observando aquella escena con una extraña sonrisa en sus labios. Desde aquella altura lo podía dominar todo.

–Los niños no pueden hacernos ningún daño –dijo Jai–, ya que, de habérselo propuesto, haría ya mucho tiempo que todos estañamos muertos en nuestros lechos. A las nueve de la

noche uno puede darse cuenta de sus propios sentimientos y controlar sus propias secreciones glandulares para retardar el crecimiento. Entonces uno puede localizar a la gente, pero no puede leer sus pensamientos. En cambio los *Grownups* pueden hacerlo todo. Pueden trasladarse de un lugar a otro instantáneamente, pueden levitar, pueden percibir y manifestar a distancia cualquier objeto sea del tamaño que sea. No lo sé con certeza, pero en todo esto hay algo de microscópico... bueno, mejor dicho, de submicroscópico. Pueden manipular todo lo que se proponen, como las longitudes de onda de la luz y la gravedad.

–¿Puedo yo manipular las longitudes de onda de la luz? –dijo Olya, sonriendo–. ¿Puedo hacer lo mismo con la gravedad? Yo carezco de astronave como ustedes. Por otra parte, ustedes saben que no dispongo de luces multicolores.

–No creo que ningún telépata pueda materializarse dentro de una pared de piedra –dijo Jai lenta, cuidadosamente, refugiándose en su rincón.

–He oído hablar de esto –intervino el capitán, hablando entre dientes– desde...

–Pues a mí me lo dijo una pequeña planta –dijo Jai.

Luego, dirigiéndose a Olya, le preguntó:

–¿Cuántos?

–¿Cómo puedo saberlo? –respondió Olya furiosamente–. ¿Acaso tengo máquinas? ¿Acaso dispongo de cosas metálicas? ¿Acaso tengo luces? ¿Acaso tengo...?

Jai la golpeó con el cañón del rifle. También tenía que golpear al capitán, pero de momento se abstuvo de hacerlo. Entonces se dio cuenta de que debajo de los cabellos de Olya había un coágulo de sangre; éste desapareció misteriosamente. Entonces Olya reconoció:

–De acuerdo, puedo hacerlo. No es nada importante.

Acto seguido, Olya se sentó bruscamente en el suelo, miró a Jai y le dijo:

–También su pequeña planta le dijo que no podemos pensar en muchas cosas a la vez, ¿eh?

–Me lo supongo.

–Así es –susurró Olya–. Eso es cierto. No podemos pensar en tantas cosas, ni tan rápidamente. Por lo que a mí respecta sólo puedo viajar una milla en un... *hop*. Si fuéramos dioses, viajaríamos tres millas. A esto se refería Chuang Tzu cuando hablaba de la percepción interna generalizada, *ming*. Existe una antigua fábula en la que se cuenta que una ardilla, que se hallaba en la copa de un árbol, bajaba y subía por sus ramas, pero la hiedra, que no comprendía cómo la ardilla podía hacerlo con tanta celeridad, le preguntó: «¿Cómo puedes ir de un lado a otro tan rápidamente, casi instantáneamente?». Pues bien, nosotros hacemos lo mismo: descendemos y bajamos. Existen muchos lugares donde podemos efectuar estas experiencias; unos lugares muy profundos, cada vez más profundos. En estos sitios, unos se encuentran sentados, otros cierran los ojos, otros se encuentran tendidos en el suelo y otros caen en coma. ¿Comprende ahora lo que quiero decir?

–Sí, lo comprendo –respondió Jai Vedh–, lo comprendo perfectamente. Sí, sí. ¡Oh, Santo Dios!

–No es gran cosa –dijo Olya, encogiéndose de hombros–. Ustedes, en cambio, han viajado más lejos y más rápido que yo. Y ustedes son capaces de hacer muchas cosas más. Cuando me encuentro sin ayuda la pido con toda la potencia de mis pulmones, gritando;

pero no puedo quedarme sin ayuda a costa de mi propio cuerpo. De modo que esto no me conviene, ¿no le parece?

–Daría gustoso mi brazo derecho...

–¡Cállese, Jai Vedh! –le interrumpió ella–. ¿Para qué? ¿Para esculpir el aire? Desde luego que no. ¿Para compartir los pensamientos? ¡Oh, eso me parece demasiado estúpido! –añadió encogiéndose de hombros.

«Compartir los pensamientos –dijo él–. Sí. Y ustedes parece que no son muy prácticos tratando de ocultarlos.» Jai se dio cuenta, mientras un extraño y eléctrico estremecimiento recorría todo su cuerpo, de que él no había hablado. Olya, por su parte, movió la cabeza e hizo como si hubiera escuchado algo.

De repente, en el pequeño arroyo interior, apareció una figura de color marrón. Iba desnuda, llevaba barba y sonreía. Era el hotentote que se presentó el día anterior. Una onda mental pasó de él a Olya antes de que Jai pudiera darse cuenta: se trataba de la comunicación mental más complicada que Jai Vedh jamás hubiera comprobado en toda su vida. Se cubrió los oídos con las manos y cerró sus ojos.

–¡Basta! ¡Basta! –gritó Jai.

Se produjo un silencio absoluto. Cuando abrió los ojos, el hombre había desaparecido. Había unas huellas frescas que conducían a la puerta. Unas huellas sofisticadas y arcaicas que se parecían a aquellas descubiertas en ciertas rocas de Australia en la vieja Tierra. «Aquellas huellas –pensó Jai– tenían que haber sido hechas por una mujer como Evne, una mujercita cuyas intenciones sólo Dios conocía; intenciones que ocultaba tras su rostro de piedra.» Jai pensó que en aquel momento necesitaba taparse los oídos, mejor dicho, la mente. Se volvió. Olya estaba acariciando las manos del capitán con suaves y delicados movimientos.

–¡Usted! –exclamó Jai.

El capitán se incorporó y se dirigió contra Jai empuñando el rifle con las dos manos. Ambos permanecieron frente a frente, mirándose a la cara, procurando adivinar cuál sería el próximo movimiento del otro.

Jai, que era el más fuerte, dio un salto felino y arrancó el rifle de las manos del capitán. Pero, cosa extraña, éste pareció no haberse dado cuenta de este gesto.

–Sí, ha sido una verdadera suerte que haya pensado en ello –dijo el capitán–. No me había dado cuenta hasta ahora. Estas gentes son telépatas.

Jai lo miró asombrado.

–Sí, son telépatas, aunque degenerados –continuó el capitán–. La vida es muy fácil de este modo –añadió y acto seguido, como si Jai no estuviera presente, pasó ante él y se marchó. Jai se volvió hacia Olya.

–¿Hizo usted eso? –le preguntó.

–Oh, yo sólo le di un pequeño codazo –respondió mimosamente Olya–. Me di cuenta de que no quería pelear y que deseaba una excusa para evitarlo.

Jai levantó el rifle y apuntó en dirección a ella. Durante unos cuantos segundos estuvo en esta posición, observándola, preguntándose por qué su temor se había convertido en tristeza. Entonces cogió las afiladas cápsulas en su mano: tenía la sensación de que éstas eran las cuentas de un rosario engarzadas en un largo cordoncillo.

Acércate a mí. No te separes nunca de mi lado. Olya levantó sus ojos y le contempló.

–Aunque no es indispensable –dijo ella.

Cuando se encontró fuera, Jai se dio cuenta de que nunca había disparado un rifle de cápsulas sedantes.

Jai abandonó la astronave. Estaba solo.

Durante los dos primeros días estuvo aburrido y no se encontró con nadie. Al tercer día, ahora ya seguro de que estaba siendo observado, se puso a comer todo lo que encontró a mano (bayas, cortezas, hojas y hierbas) para conservar sus fuerzas durante un largo período de tiempo. Algo le hizo permanecer cerca del lago, aunque no sabía qué.

Empezó a hablar consigo mismo. Cogió una caña y se construyó con ella una flauta, utilizando una navaja que aún conservaba en el bolsillo. Los restos de la caña los tiró sobre una roca húmeda que había cerca de él. Instantes después, al volver el rostro, vio que la roca se había secado y que todo había desaparecido excepto la navaja.

Intentó tocar la flauta, pero alguien vino y se la quitó. Pronto se quedó dormido.

Al octavo día por la tarde, Jai se dio cuenta de que se hallaba rodeado de gente. Tuvo la sensación de que en su campo visual algo se movía como los latidos de un corazón, y que la gente aquella descendía desde las colinas o salían de detrás de los árboles.

Igual que en una ilustración de un libro de texto de antropología, las mujeres desnudas levantaban al aire sus cabellos; los niños jugaban; y las parejas se miraban a los ojos; unos ojos enmarcados en unos rostros que no parecían humanos. Jai recordó que los telépatas no utilizaban las expresiones faciales: fruncir el entrecejo, hacer señales y otros gestos.

El hombre de piel marrón, sonriendo burlesco, apareció de repente frente a él sin que Jai se diera cuenta hasta ese instante.

–De modo que al final ha decidido tener en cuenta nuestra presencia, ¿no es así?

–He intentado acercarme, a vosotros furtivamente –respondió Jai con dignidad.

El otro se echó a reír roncamente.

–¿Entonces confía en nosotros? –dijo el hombre de piel marrón.

Después de decir estas palabras su rostro cambió bruscamente. Durante un instante desapareció de él toda expresión. Luego, estrechó entre sus brazos a Jai y le besó vigorosamente en ambas mejillas. Sus ojos estaban bañados en lágrimas.

–¡Bien venido! ¡Bien venido! ¡Una y mil veces bien venido!

Algunos minutos después, el hombre de piel marrón había desaparecido. Jai, dominado por el pánico, tembloroso y con un sudor frío que se deslizaba por su espalda, se cubrió bruscamente el rostro con una mano, como si temiera que un violento soplo de viento fuera a azotarle todo el cuerpo y barrerlo de la faz de la Tierra. Aquella sensación pasó muy pronto. Una violenta corriente de aire giró alrededor de él y luego se alejó, dejándole una vaga impresión que nunca olvidaría en su vida. Las aguas del lago brillaban bajo los rayos postreros de aquella jornada tan extraña. Había sido amado, y aún seguía con vida. Para él aquello fue un auténtico milagro.

Pronto se olvidó de él.

Por las mañanas, el capitán acostumbraba salir en vuelos de exploración, regresando por la tarde. Jai comprobó que seguía fiel a este programa que se había trazado. El capitán había escrito, a la luz de la lámpara de aceite de la cabina de Olya, un resumen de sus

descubrimientos, que Jai también pudo comprobar. La escritura era defectuosa, ya que era imposible escribir en aquel lugar rodeado de niños que iban y venían, gritando, alborotando, molestándole continuamente. Aquella chiquillería parecía una banda de murciélagos o de espíritus correteando por la cabina. Como todo hombre civilizado, el capitán tenía poca práctica en escribir a mano. No creía en todo lo que había dicho aquella doctora, pero sí creía en la telepatía y la telequinesis. Por alguna razón, creía que el fenómeno de la traslación a distancia era una cosa imposible.

–Dicen que eres capaz de ver algunas cosas –le dijo el capitán a Jai–. ¿Es eso cierto? ¿Eres capaz de captar ciertos hechos a distancia utilizando únicamente la mente?

–No lo sé –respondió Jai–. Es difícil distinguir entre los pensamientos y la fantasía.

Luego añadió:

–En primer lugar, dicen que se trata de poner atención. Bueno, en el sentido real de estas palabras. En efecto, siempre están hablando de poner atención. Pero yo no creo que sea una cosa hereditaria. Más bien creo que se trata de percepción directa de masa. Y si la masa es energía, eso lo explica todo, lo es todo. Se limitan a esperar simplemente, como en el hipnotismo, a que alguien les revele algo misterioso. Luego se limitan a concentrarse donde lo subjetivo y lo objetivo se encuentran. De modo que pueden hacer todo lo que quieren, ¿me comprende? No hay nada dentro; no hay nada fuera. La masa afecta instantáneamente al espacio-tiempo y a cierta distancia. Sí, todo esto es instantáneo y a distancia. Tiene usted que aprender esto: poner atención a todas las cosas que son buenas utilizando el buen sentido. Tiene que empezar a aprender como si fuera un niño. Creo que con otras gentes a su lado, para que ellas le enseñen. Es la costumbre, la destreza, la habilidad. Y todo está ligado con las funciones corporales, con los límites del cuerpo. Bueno, y otras cosas más. En realidad, todo lo que hacen lo podemos hacer nosotros, aunque de una forma distinta. Excepto conocerse el uno al otro.

–Son capaces de introducir pensamientos en la mente de la gente –continuó el capitán mientras seguía escribiendo.

–También puede usted –respondió Jai–. Y dígame una cosa: ¿por qué está escribiendo bajo la luz de esta miserable choza en lugar de hacerlo en la astronave? ¿Acaso lo hace para que Olya no se sienta ofendida?

El capitán dejó de escribir y levantó la vista. La pluma le temblaba en los dedos.

–¡Si lo deseo, soy libre de mantener cerrado el libro de mis pensamientos! –exclamó vehementemente.

–Eso es completamente imposible –respondió Jai– mientras sea usted el libro.

–Recuerde que la radio sigue emitiendo –dijo el capitán–. Límitese a recordar eso.

Y siguió escribiendo.

Por delante de la puerta de la choza pasó un hombre de mediana edad llevando de la mano a una niña pequeña. Desaparecieron antes de que ellos pudieran salir de la choza.

–Gente como Olya –dijo Jai–. *Este lugar posee agradables asociaciones. Es una especie de término. ¿No se le ha ocurrido pensar a usted que no sólo son capaces de ver su cuerpo, sino también sus órganos internos? ¿Ha pensado a menudo en esto? ¿Qué le hace sentir?*

Pero el otro hombre era sordo. No era la primera vez que Jai olvidaba que tenía que hablarle en voz más alta.

Fue gracias a Evne que se enteró de la existencia de la biblioteca. Se dirigieron a ella caminando por numerosas colinas; invirtieron varias semanas en el trayecto. Ella le proporcionó gran cantidad de alimentos: unas cosas verdiblancas con pelusas, y estuvo observándole mientras las comía, pero la gravedad no era una gravedad humana.

El cráneo de Evne se combó, su espina dorsal se retorció como si fuera de cuero, y, adoptando una extraña expresión facial, cayó en trance. Para Jai aquello no tenía sentido. Le parecía que todo era una pura comedia con la intención de asombrarle. Sin embargo, la mujer permaneció dos días en aquel estado. Al final, cansado e irritado, Jai la cogió por los cabellos y le ordenó imperativamente que hablara:

–*¡Habla!*

La mujer empezó a gritar alarmada y después se puso a llorar. Luego inclinó la cabeza sobre su pecho y sollozó, lastimeramente, jadeante, y entonces comenzó a golpearle furiosamente en el pecho y en los pies.

–Quédate quieta de una vez –le dijo Jai.

–*¡Yo sé* –sus palabras brotaron desde el borde de su boca hasta sus pómulos y el puente de su nariz– *cómo... curar... esto...*

–Aguanta la respiración –le dijo sacudiéndola por los hombros–. *¡Y habla!*

–*¡No!* –gritó Evne–. *¡No puedo! ¡Olvidalo!*

Acto seguido Evne echó a correr en dirección a los matorrales, y se puso a revolcarse, golpeándose deliberadamente la cabeza contra el suelo.

Jai sintió dolor en las sienes. Quizá, pensó, aquella no era una forma adecuada de hablar en esta parte del país. O quizá, para un telépata, una forma muy difícil.

–No existe ningún tabú –dijo una voz cerca de su oído–. Es simplemente muy difícil. Mire.

Jai abrió los ojos y vio a Evne cerca de él. La hierba rodó en dirección al horizonte, como un susurro, como una luz brillante, y las flores envolvieron sus tobillos. El cielo era pálido y enorme. «Si uno pierde su alma en esto –pensó–, se descoloraría como un viejo abanico, se convertiría en vapor, en aliento que brota del pecho. No creo que una persona pueda hacer muchas cosas en este país.»

–Evne –dijo Jai–, *cógeme la mano. Intento perder mi alma, igual que tú.*

–*Ese es el primer paso* –dijo ella–. *Lo es. Lo es.*

El suelo estaba cubierto de hierba, de brezo, de aliso y de piedras planas calientes. Hacía mucho calor y, sin embargo, en aquellas elevadas colinas el olor era muy fuerte. El suelo estaba cubierto de capullos de flores, dando la impresión de que estaba oculto por una capa de polvos cosméticos. De repente, unos pájaros echaron a volar, elevándose de la verde hierba; primero fueron tres, y luego el resto de la bandada. Era la hora del crepúsculo. Las ramas de los matorrales se doblaban bajo el impulso del viento; algunas de ellas se quebraban y por sus troncos se deslizaba un líquido gelatinoso que podía cogerse con las manos y beberse. Jai se desnudó y se bañó. Bebió. Evne nadó durante toda la tarde, conducida por la mano de él. Sus cabellos flotaban en el aire mientras sus pestañas se abrían y cerraban perezosamente. Mientras nadaba, el agua acariciaba su torneado cuello, sus hermosos brazos y sus sedosas rodillas.

Cansados de nadar, ambos se acercaron a la orilla, al pie de la colina.

–Biblioteca –dijo Evne–. *Bibliothèque*. Polvillo de los libros.

Y de repente Evne se arrodilló. Jai la cogió por las manos y la levantó. En aquel momento el viento soplaba con fuerza. Más abajo, la tierra presentaba el aspecto de un terreno cubierto de rocas amarillas, planas y muy antiguas. Y más lejos, allá en la distancia, un círculo de piedras proyectaba una sombra roja a la luz del crepúsculo.

–Un Henge –dijo Jai.

La arena le hacía daño en los pies. Jai sintió escalofríos. Evne dirigió su mirada a una roca cercana –sus ojos estaban semicerrados, somnolientos– y se encaminó hacia la misma. Jai la agarró, intentando detenerla, pero ella se desasíó y comenzó a dar vueltas alrededor de la roca.

–*¡Mágico Henge!* –alguien gritó satíricamente–. *¡Malvado y vicioso Henge!*

Se levantó. El suelo era de mármol blanco, aunque un poco cubierto de polvo. En cuanto al techo, tenía la forma de una cúpula plana.

En un rincón había numerosas estanterías de piedra llenas de libros.

Cogió uno de ellos y descubrió que el libro se deslizaba por su mano como una membrana. Sus dedos dejaron en las páginas unas manchas negras que desaparecieron lentamente al cabo de un rato; aparentemente, aquella cosa era sensitiva al calor. No pudo leer el libro, ya que el texto era desagradable. Así pues, volvió a depositarlo sobre la estantería de piedra.

De repente, Jai oyó un ruido detrás de aquellas estanterías de piedra. Evne estaba allí. Cogió el siguiente libro y éste crujió como si fuera un montón de hojas secas. El libro tenía las tapas de oro grabado. El tercero y el cuarto también estaban grabados en oro. El quinto presentaba unos dibujos que Jai no pudo descifrar qué representaban. El sexto libro parecía consistir en una colección de dibujos anatómicos. Jai lo cogió entre sus manos y se dijo a sí mismo: «Cualquiera puede entender un dibujo.»

Cerró el libro. Volvió a abrirlo de nuevo por la misma página y una vez más repitió: «Cualquiera: puede entender un dibujo.» Desde luego, no había hablado utilizando palabras. Por lo que pudo adivinar, aquella gente disponía de máquinas. Jai siguió avanzando y, después de buscar por varias estanterías, se detuvo ante una que contenía libros infantiles. Los libros tenían unos títulos muy curiosos y sorprendentes:

Divirtámonos juntos.

Usted puede jugar este juego.

Me gustas.

Se llevó todos los libros que pudo. Trató de entender aquellas palabras y de adivinar para qué servían aquellos textos, pero no pudo. Al llegar a la última estantería vio a Evne sentada en el suelo con las piernas cruzadas. Estaba leyendo un libro que tenía sobre sus tobillos.

Él dijo:

Entonces él dijo:

Tiró los libros y dijo:

Entonces él se puso a gritar, haciendo un megáfono con sus manos. Luego se sentó, puso su cabeza entre sus rodillas y chilló, tratando de que las palabras brotaran. Evne se alarmó y dejó a un lado el libro que estaba leyendo disponiéndose a ayudarlo; pero él se lo

impidió. Luego se levantó, se volvió de espaldas a ella, y allí estaba la biblioteca: montones de hojas sobre montones de hojas. Los estantes crujían produciendo un ruido muy extraño. ¿Para qué necesitaban los libros aquella gente?

–Temas técnicos –dijo Jai sin volverse–. Necesitáis palabras para los temas técnicos, Evne.

Aunque aquellas palabras podían haber herido a Evne, era necesario poner cada cosa en su lugar. Como el agua bajo la arena, las palabras inundaron su mente, penetraron en ella, permanecieron algo húmedas y luego desaparecieron. Aquello le hizo avanzar y retroceder varias veces.

Finalmente, Jai se sentó en el suelo, junto a Evne, cogiendo en el mismo instante y con considerable esfuerzo *ambos mundos*... Sólo quedaba una solución:

saberlo todo, ser capaz de no decir nada y dominar todas las cosas...

–Um –dijo Evne (asustada o sorprendida).

Se levantó de repente y se puso a caminar, lentamente, a lo largo de aquella hilera de estanterías llenas de libros, deteniéndose de vez en cuando y levantándose sobre las puntas de sus pies como una serpiente que tratara de elevarse sobre su cola. Evne miró por encima de su hombro, mientras sonreía con una expresión idiota en su rostro. Daba la impresión de que no se encontraba a gusto, de que se esforzaba por ser agradable. Jai la siguió y la cogió por la cintura. Evne trató de liberarse de él, pero Jai la empujó contra una de las estanterías hasta que su espalda quedó apoyada contra la misma. Entonces intentó abrazarla, pero Evne apartó el rostro. Jai estaba temblando preso de una gran excitación. Finalmente, para liberarse de él, Evne le clavó las uñas en la espalda y se apartó rápidamente. Su rostro reflejaba una expresión de pena y de dolor. Se detuvo y se volvió para mirarle. Luego continuó caminando, se detuvo y se volvió nuevamente para mirarle otra vez.

«Excitación, aflicción –pensó él–. Como un espejo.»

–Quiero salir fuera –dijo ella en voz baja.

–¡Sal! –dijo Jai Vedh.

Evne abrió la puerta y desapareció. Jai se dirigió a la puerta y observó cómo las altas murallas desaparecían, convirtiéndose en rocas, y el suelo en arena. Entonces decidió seguir a Evne, la cual se hallaba en aquel momento en las colinas. Al llegar junto a ella, la cogió por el brazo.

–Échate en el suelo.

Ella permaneció obstinadamente en pie.

–No pienso dejar esto así –dijo Jai–. Ni tampoco pienso pasarme el resto de la semana caminando con las rodillas dobladas como si tuviera raquitismo. Échate. Ella empezó a reír.

Furioso, Jai la tumbó a la fuerza sobre el suelo y se echó encima de ella, no sin antes tomar la precaución de evitar que le hiciera daño con sus rodillas. Una oleada venida del fondo, nacida en la capa de basalto debajo de ellos, rompió la superficie, se extendió por la hierba, a través de ella, dentro de él. Las lágrimas empezaron a deslizarse por las mejillas de Evne. Luego cerró los ojos y susurró al oído de Jai:

–¿No te encuentras bien?

Entonces le besó; aunque, más que un beso, aquello fue un golpecito en la punta de su barbilla.

–Sí, voy a morir –dijo él.

Y con el fin de prolongar su muerte y su terror, empezó a acariciarla hasta que dejó de ver, hasta que ella se abrió y lo atrapó, hundiéndolo en los pantanos. Jai estaba horrorizado. Sentía un dolor profundo en sus manos, en sus pies, en sus articulaciones y en su vientre. Por encima de su cabeza revoloteaban unos buitres.

Jai esperó hasta el último momento para relajarse, únicamente hasta ese instante. Y aquel relajamiento fue suave, completamente suave, «como –pensó él– si fuese apaleado hasta la muerte con almohadas». Se incorporó y se puso a temblar de miedo. Luego se echó a reír, trató de gritar y finalmente pensó: «Eres un loco.»

Evne se sentó a su lado y le dio un tirón de las orejas. Jai volvió a reírse.

Jai vio claramente, en algún lugar de la mente de Evne, un lago cuyas algas y suciedades, liberadas dos veces al año, se elevaban hasta la superficie del mismo y, luego, eran arrastradas por la corriente hacia la orilla.

Evne le dio un tirón de los cabellos.

Pero en ese instante Evne se tornó blanca, se volvió como una mujer de piedra.

Cierta información, enfática, pero ininteligible, sobre la relación de un... con un... con un... llegó hasta él procedente del noroeste, cruzó el cielo y desapareció en el horizonte en dirección hacia el sudeste.

–Es tu radio. Han llegado –le dijo Evne.

Sólo invirtieron dos días en regresar al pueblo. Iban tan cargados de mensajes que estuvieron a punto de desplomarse. El segundo día fue un paseo de acuerdo con las intersecciones invisibles, girar, tomar el otro camino, detenerse, siempre lo mismo.

Jai empujó a Evne, pero ésta no se movió. Parecía una mujer de piedra. Entonces volvió a pensar en aquella vieja idea: «Si se trata de un objeto animado, ¿quién lo está moviendo?»

–Estoy *pensando* –respondió Evne con voz de *golem*–. Te quiero –graznó.

Se fueron a otro lugar, lleno de plantas extrañas y exóticos arbustos, cuyas hojas les azotaban el cuerpo y el rostro al caminar. Evne habló consigo misma en una serie de ininteligibles sonidos nasales.

–No te asustes –le dijo a Jai con voz estridente.

Luego se encaminaron hacia una colmena, pero ninguno de los dos fue picado por las abejas. Prosiguiendo su camino, encontraron el lecho seco y arcilloso de un arroyo, lleno de algas marinas que hacían resbalar cuando se caminaba sobre ellas. Era, creyó, el *País de la Aventura*. Era, pensó, el *Patío*.

A varias millas de distancia del pueblo, Evniki apareció en el bosque. Les hizo una señal con el dedo pulgar, les dirigió una mirada angustiada y desapareció como por encanto. Tras ella dejó su idea de una casa larga, una casa muy larga, al final del camino. Un muchacho de unos catorce años de edad apareció ante ellos, contempló admirado la barba de Jai, y luego desapareció. El *golem* hembra de Jai Vedh, que estaba cubierta de arañazos, magulladuras y sangre coagulada, y que se plantó ante ellos en lugar de huir, dio un terrible y fuerte gruñido y cayó acto seguido al suelo. Jai cogió su *cabeza* y la apoyó sobre su regazo sin saber qué otra cosa hacer. El mismo tenía magulladuras en diferentes partes de su cuerpo.

Al cabo de unos instantes ella abrió los ojos y exclamó con voz débil:

–¡Oh, Dios mío!

Luego cerró los ojos.

Durante unos instantes, Jai estuvo observando sus heridas y su piel, desgarrada. Alguien había hecho lo mismo con él. La hierba se tornó más suave. Jai levantó la voz y le dijo a Evne que se pusiera en pie. Ambos iban cogidos de la mano mientras caminaban.

Cuando llegaron al final del camino, el pueblo apareció a su vista. La astronave estaba allí. Jai sintió una gran preocupación al ver que cinco hombres armados se hallaban junto a la nave espacial. Sin embargo, tanto él como Evne penetraron en el pueblo, seguidos de una turba de niños que alborotaban excitados a su alrededor. Daba la impresión de que aquella turba de chiquillos lo habían tomado por el jefe de la comunidad. Ambos continuaron caminando mientras todos lo pellizcaban, lo tocaban, lo acariciaban, aunque Jai tenía la sensación de que le estaban aplicando a su cuerpo clavijas eléctricas.

Al llegar al centro del pueblo, Jai partió unas ramas quemadas para Evne, y, en ese instante, sintió que sobre su piel caía una lluvia de cenizas. Con un esfuerzo convulsivo estaba mirando a través de los ojos de los cinco hombres; cinco hombres que parecían otros cinco Jai Vedh. Todos olían a sudor y ceniza, y todos se encontraban en una posición distinta. Cada uno de ellos tenía una barba larga como la estaca de una valla. Jai observó que aquellos hombres llevaban unas vestimentas desgarradas, y que sus sistemas nerviosos simpáticos se hallaban sobreexcitados. Los hombres sonrieron indiferentes, mientras enarcaban sus cejas. Uno de ellos sacó la mano. El capitán se hallaba dentro de la nave, ansioso por salir de la misma.

Entonces, el hombre que había sacado la mano avanzó unos metros y se puso enfrente del otro, y cuando Jai Vedh retrocedió, paralizado por el miedo, aquel loco sordo se limitó a levantar sus ojos y quedó quieto, clavado en el suelo, como un perro nervioso y sonriente. Jai le estrechó la mano.

–¡Te mataré, hijo de perra, maldito loco, te mataré! –gritó furiosamente el loco.

–Hable lentamente –le dijo Jai.

Detrás de él, Evne estaba fabricando un vestido con los átomos del aire, tirando del mismo con los dientes. De repente se produjo un tumulto entre aquellos hombres dominados por el miedo, pero, instantes después, todos se calmaron. Los cinco hombres se olvidaron de todo lo sucedido y se echaron a descansar. Sin embargo, aquel que le había estrechado la mano le guiñó un ojo, le sonrió amistosamente y volvió a ponerse cómodo, extendiendo sus brazos.

–Bueno, la verdad es que te has convertido en un auténtico nativo, y eso es un hecho –dijo el hombre con humor.

–Sí, así ha sido –respondió Jai.

–Bien venido a casa –dijo el hombre.

–Es maravilloso regresar a casa –dijo Jai.

El hombre le disparó, pero, desde luego, no podía hacerle ningún daño. Para Jai no fue una sorpresa ver que los cinco hombres se convertían en estatuas, lo mismo que el capitán. Tampoco le sorprendió que la astronave desapareciera.

Por un instante, Jai esperó el clásico comentario de Evne: «*Ahora empezaremos con ELLOS*», y oír, o ver, u oler a la tribu *fun* dispersarse para controlar el tiempo, el sol, los animales, las plantas, el mar, sus propios cuerpos, mientras un solo hombre mantiene a los otros seis paralizados.

–¿Quién va a hacer todo eso?–dijo indiferente.

Entonces, desde el lado oscuro del mundo (la telequinesis es instantánea; incluso en aquellas etapas en que uno puede ir de prisa), llegó la respuesta de alguien (él sabría con el tiempo quién; él sabría quién sería de aquellos once mil novecientos setenta y siete):

–*Jai Vedh...*

**DESDE LA LUNA CON
AMOR**

Neil Shapiro

La incongruencia de las rivalidades humanas queda patéticamente expresada en este relato, donde dos jóvenes de varios siglos de edad perpetúan, con dramática inconsciencia, la única tradición que conocen: la guerra.

1

Dorn era feliz, extremadamente feliz. Una vez a la semana Dorn era feliz, y éste era *aquel* día. Se puso a bailar por todos los rincones de la habitación, sonriendo y riendo, mientras en el gran tablero de mandos las luces azules, verdes y rojas se encendían y apagaban intermitentemente. Luego, comenzó a entonar una cancioncilla produciendo un ruido parecido al de una bisagra mohosa o al de un relé defectuoso. Algunas veces sonaba como un clic, y otras, como un silbido. Se trataba de un sonido carente de tonalidad, pero, no obstante, melodioso. Sin embargo, podía considerarse como algo realmente sorprendente, ya que Dorn no había escuchado nunca otra música que la suya propia.

Hillman estaba sentado, encogido e indiferente, en un nicho especial para él, existente en un rincón de la sala de control. Hillman era el elemento funcional de las más importantes computadoras electrónicas de la Fortaleza Desire. Se trataba de un robot cromado y que cumplía muchas funciones; tantas, que podía considerársele como un humanoide. Hillman no era feliz. Y es que Hillman nunca podría ser otra cosa que Hillman. Pero, por otro lado, nunca estaba triste. Por lo tanto, y a fin de cuentas, las cosas se mantenían compensadas, equilibradas.

—¡Hoy es el día, hoy es el día, hoy es el día! —dijo Dorn jubiloso, dando saltos delante de los sensores ópticos de Hillman. Hillman no respondió. Se limitó a seguir sentado, por decirlo de alguna forma, permitiendo que Dorn diera rienda suelta a aquel momento de felicidad semanal.

Indudablemente, Hillman era sólo un robot, aunque un robot dotado de un mecanismo muy complicado, repleto de relés e infinidad de cables, mientras que Dorn... bueno, Dorn era el jefe de la Fortaleza Desire.

Dorn se dirigió, mientras danzaba, hacia el gran tablero de mandos y, sin cesar de reír, echó una mirada a la gran pantalla de un osciloscopio, al pie del cual se podía leer el siguiente letrero: DISPOSITIVO DE SITUACIÓN Y DEFENSA. La pantalla se tornó azul, luego roja y finalmente púrpura. Luego, toda ella quedó en blanco para aparecer después cubierta de un hermoso color verde en el que se podían apreciar unas diminutas manchas amarillas que iban de un lado para otro, como saltando sobre la verde superficie. Y entonces sonó la campana.

¡Sonó la campana! Este era el momento que esperaba Dorn. Quizá haría *bong* o quizá haría *riiiiing*. Pero él ya sabía lo que le esperaba.

Dorn sonrió y se volvió hacia Hillman.

—Fuego a discreción —le gritó—, ¡la fortaleza está siendo atacada!

Cada semana Dorn trataba de cambiar la forma de expresar las órdenes a Hillman, con el fin de que el robot se fuera acostumbrando a nuevos métodos de reacción inmediata. Incluso hubo veces en que se las daba de forma jovial, como si Hillman pudiese distinguir el tono de las mismas. Aquella vez trató de que sus palabras tuviesen un deje de tristeza, pero como nunca había estado triste, difícilmente podía darle un carácter dramático a aquella situación de emergencia.

Cada semana, cuando eran atacados por otras fortalezas, el tono de su voz era siempre el mismo. Sin embargo, ahora que la situación era bastante crítica, no tenía más remedio que

hacer lo mismo: ¿qué inflexión podía darle a su voz si Hillman no podría comprender la gravedad de la situación?

En efecto, para Hillman no había diferencia alguna en el tono de voz que utilizaba Dorn. Para él, una vez que las palabras eran pronunciadas, no había ninguna forma de distinguirlas de otras pronunciadas en un tono diferente. Fue por este motivo que Hillman salió de su nicho y se dirigió, como un autómatas, hacia el gran tablero de mandos sin tener en cuenta el tono dramático de las palabras de Dorn.

Entonces, Dorn levantó sus manos en el aire y palmoteó. Este era el mejor sistema en estos casos de emergencia. A continuación, se dirigió rápidamente hacia un sillón que se hallaba suspendido delante de la pantalla. Sin perder un segundo, pulsó el diminuto botón que había en el brazo del sillón y que hacía poner en marcha el mecanismo que activaba la pantalla. Esta se iluminó. ¡Ahora sí que podía observar lo que sucedía!

En ese instante Hillman le dijo a Dorn:

–Una fortaleza enemiga está disparando en la célula solar cuarta. Pido permiso para defendernos.

–Permiso concedido –respondió Dorn mientras manipulaba en una palanca situada en el otro brazo de su sillón hasta que la pantalla le proporcionó una visión perfecta de la célula solar número cuatro.

La célula solar se hallaba rodeada de un círculo nebuloso, de color púrpura, a medida que la Fortaleza Hope trataba de convertirla, con sus rayos poderosos, en una masa deforme e inútil.

Hillman cumplía bien su misión. Gracias al monitor, pudo comprobar que uno de los rayos de los cuatrocientos cañones láser de la Fortaleza Desire había alcanzado al rayo de la fortaleza enemiga, neutralizándolo.

–Hemos conseguido acertarle; nuestro sistema de defensa ha dado resultado –dijo Hillman–. Sin embargo, aunque he tratado de conseguir una ventaja estratégica, resulta que, al igual que en las trescientas maniobras anteriores, las dos fortalezas tienen el mismo poder destructivo.

–¡Sigue combatiendo, sigue combatiendo! –dijo Dorn, cada vez más excitado. Sus manos apretaban con tanta fuerza los brazos del sillón que parecía que éstos iban a romperse. Sus ojos no se apartaban de la pantalla mientras contemplaba cómo se desarrollaban las operaciones en aquella lucha a muerte entre las dos poderosas fortalezas–. ¡Mata, mata! –exclamó Dorn.

Era lógico comprender que Dorn debía ser perdonado por haber proferido aquellas palabras, ya que nunca había visto verdaderamente lo que era la muerte y, por lo tanto, no se le podía considerar moralmente responsable de desear la muerte de los ocupantes de la fortaleza atacante. También se podía argüir que tampoco conocía aún lo que realmente era la vida, pero esto tenía el eximente de que era una cuestión que entraba dentro del campo de la metafísica.

Dorn, el jefe de la Fortaleza Desire, se sentó ante los monitores y accionó los mecanismos de defensa de la fortaleza. Una gota pequeña de esputo se deslizaba por su mejilla derecha.

Mientras tanto, en la Fortaleza Hope...

Lara intentaba, por todos los medios a su alcance, destruir la ya mencionada célula solar. Bueno, en realidad no se podía decir que lo hiciera. Lo que Lara estaba haciendo, realmente, era cambiar el color de sus cabellos. Para ella esto era su *hobby* favorito, pues no comprendía por qué motivo los martes tenían que ser un día distinto, hubiese o no ataques.

Aquel día, se hallaba experimentando para conseguir una pomada especial contra las quemaduras del Sol. Considerando que el Sol era para ella una cosa distinta que para nosotros, su experimento no podía considerarse como algo sin sentido. Sin embargo, tampoco era del todo lógico.

Lara. Existían cuatro mil interpretaciones de la historia de Lara; y, en cierto modo, existían cinco descripciones de ella. De todas formas, todos estaban de acuerdo en que el permanecer sólo diez minutos a su lado hacía que cualquier varón Sintiera deseos de raptarla. Pero también todos convenían en que nadie habría podido vivir con ella. Lara conocía a la perfección todas aquellas zonas del cuerpo humano donde una ligera presión podía provocar un daño irreparable. Y como ella nunca había experimentado el dolor, no sentía el menor escrúpulo en hacerles daño a los demás.

Esto no quería decir que no fuese la mujer más gentil que habitase aquella galaxia. Lo era. Pero esos sentimientos tan hermosos los guardaba dentro de su ser, tan profundamente, que jamás los exteriorizaba.

Habría sido ridículo intentar describir cualquier detalle de su aspecto exterior. ¿Cuántos artistas habían intentado captar su belleza en un lienzo? ¿Cuántos lograron encerrar sus formas en hologramas? ¿Cuántos millones de estancias están adornadas con copias de esculturas de Lara hechas por John Smith, el famoso escultor? No es que pretenda desilusionarles, pero la verdad es que se trataba de una mujer delgaducha, extremadamente delgada. Por si fuera poco, su cuerpo estaba lleno de diminutas manchas. Sin embargo, como en cierta ocasión le dijera Bratislavka, ella tenía «todos aquellos atractivos que cualquier mujer podía desear». La única que los tenía.

En realidad, no se podía censurar a Bratislavka por este comentario tan poco fundamentado, ya que no quería decir nada en sí: Bratislavka era, en cierto modo, igual que Hillman. Era exactamente igual que Hillman, con la única diferencia de que su nombre era distinto y de que se encontraba en la Fortaleza Hope con Lara. Mientras Hillman había sido programado para vocalizar por el hijo de un pastor baptista de Virginia, Bratislavka había aprendido su vocabulario de un marinero de Lituania, que, más tarde, se había hecho programador. De este marinero se rumoreaba que no sólo tenía un amor en cada puerto, sino que, además, tenía muchas relaciones con otras mujeres.

—La fortaleza enemiga resiste el ataque —le dijo Bratislavka a Lara desde otra habitación.

—Sólo son las 14 horas —respondió Lara—; continúa bombardeándola durante treinta minutos más. Créeme, Brat, si no seguimos luchando, ¿quién sabe lo que puede ocurrir? Probablemente, el próximo año no podremos ya seguir luchando.

—Sí, Lara.

El día avanzaba. Poco a poco, empezó a surgir por el horizonte el sol del miércoles. Este día, por la tarde, Dorn acostumbraba a ver una película.

Dorn se sabía esta película de memoria, pero ello constituía una especie de rutina que se había convertido en hábito y que, por otro lado, le servía de distracción. Evidentemente, él

prefería luchar, pero la película también era interesante. Mientras la contemplaba, Hillman siempre añadía más comentarios a la misma.

Dorn se sentó en un cómodo sillón y miró con ansiedad hacia la pantalla en la habitación oscura.

–Esta es la Tierra –oyó decir a Hillman desde la sala de proyección.

Dorn observó como la cámara proyectaba unas secuencias de un espacio lleno de estrellas hasta que, al final, se detenía para mostrar el planeta azul verdoso.

–Estas fueron las últimas fotos tomadas por el primer jefe, y han sido revalorizadas mediante un procedimiento artificial –continuó Hillman–. El continente que, en este momento, estás viendo se llamaba América del Norte, aunque, en realidad, se trataba de Estados Unidos. O a la inversa. Los reportajes no parecen haber concretado mucho este extremo.

Dorn se sentó más cómodamente en aquellos cojines y observó con más detenimiento lo que estaban viendo sus ojos. Aquel continente presentaba un color pardusco.

–Hace trescientos cuarenta años... –empezó a decir Hillman.

Dorn le interrumpió con la mano para observar lo que a él le pareció un campo lleno de flores en aquella masa de tierra que, según le había dicho Hillman, era América del Norte.

–...comenzó la guerra...

Dorn volvió a interrumpirle.

En la pantalla veía ahora que aquella pelota redonda, que era el orbe, presentaba unos bordes confusos y bañados por una luz trémula. Luego, la luz aumentó hasta que la imagen de la Tierra dio la impresión de partirse en dos.

–...y un minuto más tarde, terminó.

Ahora, el orbe se parecía más al que había visto al principio de la proyección, pero se hallaba más cubierto de nubes. Eran unas nubes negras.

–E, igual que un fénix, ¡la guerra comenzó de nuevo!

Dorn se enderezó en su sillón. La pantalla reflejaba una vista exterior de la Fortaleza Desire atacada por la Fortaleza Hope, cuyas balastradas se elevaban por encima de un horizonte carente de montañas y de aire.

–La fortaleza luchó utilizando armas láser, ya que no disponían de otras. Lucharon incansablemente durante dieciocho días y dieciocho noches...

En la imagen se veía como los explosivos y los rayos destructivos se estrellaban contra las defensas exteriores de la Fortaleza Desire. Los rayos láser se abrían camino a través de la barrera de energía, y, al ser rechazados por las gruesas corazas, producían un electo terrorífico.

–Y, al final de los dieciocho días y dieciocho noches, no se pudo llegar a un resultado definitivo, por lo que se decidió hacer un armisticio...

Una fila de hombres y mujeres salían por las principales puertas de la Fortaleza Desire, vestidos con aquellas extrañas vestimentas que Dorn había visto colgadas en la habitación-de-la-que-él-nunca-había-salido. Dorn observó como aquellas gentes se unían a las que salían de la Fortaleza Hope.

–Pero aquellas gentes de la Fortaleza Hope traicionaron a sus rivales...

Dorn volvió a interrumpir a Hillman para observar en la pantalla cómo aquellos individuos que portaban banderas blancas se lanzaban contra sus rivales y comenzaban a

atacarles, levantando un montón de polvo, que había permanecido sobre la superficie del orbe durante más de seis mil millones de años. Cada grupo de atacantes trataba de apoderarse de la fortaleza del otro, mientras se desarrollaba una batalla encarnizada.

—...y todos murieron víctimas de aquel odio que se extendió, cual una mortífera onda radiactiva, por la superficie de aquel planeta, hasta entonces habitado por seres humanitarios. Y al final de la batalla...

En aquel momento, la cámara proyectaba en la pantalla la escena de una batalla que se desarrollaba dentro de los muros de la Fortaleza Desire. Por todas partes se oían los gemidos de los moribundos y los gritos desesperados de los heridos graves. Finalmente reinó el silencio.

—...la Fortaleza Desire quedó en ruinas. Todos murieron durante aquella espantosa y horrible batalla. Todos menos yo, el ayudante del jefe...

La imagen que ahora se veía en la pantalla mostraba a Hillman manejando una misteriosa máquina para abrirse paso a través de los cascotes y piedras que le rodeaban.

—...Según las órdenes que habíamos recibido, la fortaleza debía ser reconstruida y dirigida por el oficial inmediato al jefe, pero no había nadie más que yo. Entonces decidí hacer lo único que podía...»

Dorn vio en la película cómo Hillman iba de un lado a otro, sosteniendo entre sus zarpas metálicas un bisturí, y se inclinaba sobre cada uno de aquellos hombres tumbados en el suelo. Dorn pensó que nada podía hacer con unas personas que ya eran cadáveres. Sin embargo, veía cómo Hillman seguía cortando y disecando los órganos de sus compañeros muertos.

—Al cabo de cuarenta y ocho años y treinta días, conseguí lo que me proponía...

La escena siguiente mostraba a un hombre subiendo por las paredes de una gigantesca caldera; un hombre que podía haber pasado por hermano gemelo de Dorn. En realidad, eran mucho más que gemelos...

—Me puse a trabajar con cultivos de células, y, después de muchos años de experimentos, conseguí lo que me había propuesto. Una vez más, la fortaleza se hallaba mandada por el primero de los verdaderos jefes...

Mientras tanto, Lara también estaba viendo una película, en una habitación extraordinariamente parecida a aquella en la que se encontraba Dorn.

—...Y utilizando aquellos cultivos de células, y, después de muchos años de experimentos, éxitos y fracasos, todo volvió a ser como antes. Una vez más la fortaleza se hallaba bajo la dirección de la primera de las auténticas jefas —dijo la voz metálica de Bratislavska.

Durante unos instantes, Lara estuvo observando a aquella muchacha que tanto se parecía a ella. Su rostro había adoptado una extraña expresión. Los cabellos de la otra muchacha eran de un color marrón bastante raro, un color que ella nunca había visto. Lara no pudo contenerse y se pasó suavemente la mano por sus trenzas de un color rojo encendido.

—Y entonces, siguiendo nuestro plan de ataque —continuó Bratislavska—, atacamos a la fortaleza enemiga, con el fin de arrasarla y matar a aquellos que habían construido nuestra propia fortaleza. Era imprescindible que lográramos una clara victoria. Pero de nada nos sirvió...

Lara dió un grito. Aquella escena que le describía Bratislavka le parecía familiar, algo que ella había visto antes. Claro que cabía dentro de lo posible que ello fuera debido a esa batalla que cada martes de cada semana se desencadenaba entre su fortaleza y la de Dorn.

—...Antes que tú, Dorn, ha habido cuatro verdaderos jefes, y por este motivo te has convertido en lo que eres: el último jefe de la Fortaleza Desire.

2

Ahora bien, muchas de las crónicas que relatan la historia de Dorn y de Lara pasan por alto, alegremente, lo que sucedió el martes siguiente. Después de todo, fue ese día, precisamente, cuando todo comenzó. Pero existen otras crónicas que no especifican claramente lo que hizo que Lara y Dorn se convirtieran en lo que realmente eran, y éste es un detalle que tiene suma importancia.

En efecto, tanto la Fortaleza Hope como la Fortaleza Desire se hallaban herméticamente cerradas, y, en estas circunstancias, no era nada extraño pensar que, después de cierto tiempo enclaustrados, acabarían convirtiéndose en unos maniáticos. En aquellas condiciones, no sería ilógico llegar incluso a la conclusión de que pudieran volverse locos.

Pero se trataba de personas. Esto les sorprende, ¿no es así? Lo lógico sería pensar que eran más que simples seres humanos, que debían de ser algo así como dioses. Ninguno de los dos había perdido jamás peso, y en cuanto a Lara, ésta nunca había sudado. De acuerdo, ustedes creen en todo esto. Conserven sus ilusiones o sus desilusiones.

Pero aquellos lectores que estén ansiosos por saber lo que sucedió a continuación, que no se desesperen. Estén al tanto; ahora expondremos los hechos tal como sucedieron. Acaban ustedes de leer la introducción; lean ahora el preludio...

Cierto día, Dorn salió fuera y casi estuvo a punto de perder la posibilidad de encontrarse con Lara. Era el primer día y casi el último que salió fuera.

Aquella jornada, y sin haber ninguna razón particular, Dorn se puso el traje espacial, que había estado colgado en el armario durante cientos de años. Sería muy poético decir que durante muchas horas estuvo limpiando cuidadosamente el traje espacial y todos los accesorios metálicos que lo integraban. También sería lógico decir que lo depositaría primero sobre una mesa, le haría una reverencia y murmuraría casi una oración por aquellas gentes, desde hacía tanto tiempo muertas, que lo habían construido.

Sin embargo, el traje espacial estaba completamente limpio y todas sus partes metálicas (cromadas) brillaban como si fueran nuevas, exactamente igual que el robot metálico Hillman. La explicación era muy sencilla: gracias al dispositivo de ultrasonidos que mantenía siempre limpia la habitación, el traje espacial se conservaba como el primer día.

Dorn lo cogió y se lo puso. Su aspecto no era precisamente muy atractivo cuando se contempló ante un espejo. Era la primera vez que se lo ponía, y tenía cosas mucho más importantes en su mente como para preocuparse de su aspecto, como, por ejemplo, cerciorarse de que los tanques de aire de su traje espacial estuvieran llenos.

Se sorprendió mucho cuando contempló la superficie exterior de la fortaleza. Era muy dura, y, cuando caminaba sobre ella, crujía de una forma muy extraña.

«Caramba –se dijo a sí mismo–, este suelo es realmente más duro de lo que suponía. Además, se siente una extraña sensación al caminar sobre él.»

Estaba orgulloso de sí mismo, porque había aprendido una cosa realmente nueva para él. Además, este descubrimiento lo había hecho por sus propios medios, sin la ayuda de nadie, gracias a su férrea voluntad.

Como tenía la boca muy cerca de los relés de los transmisores del traje espacial, Hillman oyó cómo caminaba lentamente fuera de la fortaleza, al mismo tiempo que decía unas cosas muy extrañas.

–¿Qué estás haciendo ahí afuera? –le preguntó Hillman, utilizando el aparato emisor-receptor.

La voz de Hillman sonaba a metálico. No estaba programado para que su sonido reflejara la angustia que sentía en aquel momento, temiendo por la vida de Dorn, pero disponía de otros recursos técnicos para expresarla.

–Estoy dando un paseo –le contestó Dorn, que no veía ninguna necesidad de mentir y sin saber cómo habría hecho para mentir de haberlo deseado.

Algunas veces, la verdad es un arma mucho mejor que la mentira. Esto hizo que Hillman permaneciera en silencio. Además, cada vez que intentaba hablar, sus dispositivos electrónicos hacían tal ruido que era imposible que Dorn se enterara de lo que quería decirle, aunque lo hubiera intentado.

Dorn estuvo caminando casi una hora. Comprobó que no era nada tóxico caminar por un lugar donde no había ni murallas, ni computadoras ni pantallas. Aunque comprendía que no era correcto por su parte, se divirtió pensando lo consternado que debía de estar Hillman por su culpa.

Entonces Hillman recuperó su voz y ordenó a Dorn que regresara. Pero, por más que lo intentaba, Dorn no le hizo el menor caso. De nuevo volvió a insistir, pero esta vez utilizando un método más persuasivo.

–Por favor, Dorn, ¿no te das cuenta que si un micrometeorito perfora tu traje espacial todo el aire se escapará? Te sentirás sofocado y tus pulmones reventarán. Tus ojos se desprenderán de tu cabeza y podrías morir. Vamos, Dorn, vuelve dentro o te aseguro que soy capaz de disparar un rayo desde la fortaleza y perforaré tu traje espacial haciéndote morir.

Dorn no hizo ni el más mínimo caso de las palabras de Hillman. No porque no valorara en su justo valor el gesto altruista de Hillman, sino porque sabía para lo que éste estaba programado.

–Soy el jefe de la Fortaleza Desire –dijo Dorn–. ¿No es así?

Hillman no tuvo más remedio que asentir.

–Entonces, me iré adonde quiera y haré lo que quiera. Y no trates de intervenir en mis asuntos ni en mis decisiones, pues te costaría caro.

A otra persona, aquellas palabras de Hillman le habrían provocado un gran terror, pero Dorn conocía perfectamente bien las reacciones de su robot. Imagínense lo que supondría verse atado con correas a una mesa y que le sacaran los intestinos del vientre y se los enroscaran al cuello. Pues bien, esto es lo que quería dar a entender al robot cuando dijo «te

costaría caro». Otras veces, la expresión era distinta, como, por ejemplo, «haré que te conviertas en puro moho», pero, para el caso, Dorn sabía cuál era la intención de Hillman.

–De acuerdo –dijo Hillman–, puedes hacer lo que quieras e ir adonde desees, pero ¡no mires hacia arriba!

Probablemente, amigo lector, usted pensará que Dorn inclinó inmediatamente su cuello hacia atrás y miró hacia el cielo. Generalmente, cuando usted le dice a alguien que no haga una cosa, automáticamente la hará, no le quepa la menor duda. Pero, esta vez, Dorn estaba preparado contra cualquier contingencia y este método falló.

Al principio fue como una extraña sensación. Una parte de su ser le decía que no mirara hacia arriba, pero la otra le impulsaba a hacerlo con una fuerza irresistible. Nunca había sido una persona indecisa, sin embargo, en aquel momento, comprendía que había *algo* de misterioso, y de doloroso también, en aquella situación ante la que se encontraba.

Al final, decidió que la única forma de comprobar si la indecisión era una cosa buena o no, era someterla a prueba. Y la única prueba que tenía era mirar hacia arriba. Y entonces miró hacia arriba, pero no por ciertas razones que alguien podría imaginarse. Lo que ocurría era que, en aquel momento, se sentía más el jefe de la Fortaleza Desire.

Apenas miró hacia arriba, Dorn empezó a sentir que iba a perder el conocimiento.

Azul, gritó su mente.

No era como en la película; todas las películas podían tener un fallo. Cabía dentro de lo posible que el que la hubiese revelado, cometiera un error. Aquí se trataba de una cosa real: ¡la Tierra era azul!

No se trataba de un azul perfecto, sino de un color azulado bastante extraño. Un color que le decía nuevas cosas, que le susurraba pensamientos secretos, que se reía de él, que le gritaba. Dorn se sintió mal, verdaderamente, y tuvo la impresión de que ante sus ojos se presentaban unas visiones como las que padecen los drogadictos.

Aquello era inconcebible, no tenía razón de ser. ¿Cómo era posible, después de haber estado protegido durante más de treinta y tres años?

–¡Dorn, Dorn! –se oyó la voz de Hillman al máximo volumen y potencia.

Dorn trató de cubrirse los ojos para no ver aquella cosa al mismo tiempo horrible y maravillosa. Pero, como tenía las manos enfundadas en los guantes, no pudo tapan la mirilla de su traje espacial, y, por otro lado, ya no se acordaba de cómo cerrar sus ojos.

Hillman se dio cuenta de la situación y comprendió que tenía que hacer algo. Y lo que se le ocurrió dio resultado. En efecto, fue una suerte que Hillman estuviera allí en un momento tan trascendental.

–Mírala, Dorn –le dijo–. Es la Tierra, la Tierra tal como es en realidad. ¿Verdad que es maravillosa? Da una vuelta sobre sí misma una vez cada veinticuatro horas de nuestro tiempo, y, además, nunca puede caerse. Su circunferencia es de 40.000 kilómetros, y su diámetro de 12.000. Ahora bien, es una Tierra Llena, aunque cada mes se ve afectada por un ciclo de cambios y...

–Basta, cállate –le ordenó Dorn.

Acto seguido, retiró sus manos enguantadas de la mirilla de su traje espacial e hizo un esfuerzo para mirar directamente a aquella especie de pelota que, según Hillman, era la Tierra.

–No es ninguna de esas cosas –dijo Dorn a Hillman–, y si es así, no son aquellas que componen la Tierra. Es nuestra casa. Ahora comprendo la razón de los nombres Desire y Hope (1). Estaré de vuelta dentro de un instante, pero me alegro de no haber hecho caso de tu consejo. He visto la Tierra, y ahora sé lo que significa su color azul.

–Estuvo a punto de matarte –dijo Hillman.

–Sí, ya lo sé –asintió Dorn.

Instantes después, Dorn regresó y penetró en la fortaleza. Hillman cerró la puerta de la habitación donde se alojaba Dorn, pero no debía haberse tomado aquella molestia: Dorn no volvería a hacer lo que había hecho. Como una vez le dijera a Lara, meses después, «Para un hombre es suficiente contemplar la Tierra una sola vez.» Y Dorn era de aquellas personas que cuando decían una cosa sabían lo que hacían.

Durante una semana, Hillman estuvo preocupado por el estado de salud de Dorn, pero pronto las respuestas de los monitores médicos eran normales.

Hillman nunca volvió a hablar a Dorn de aquellos momentos que había pasado mientras el jefe de la fortaleza estuvo en inminente peligro.

Pero Dorn nunca lo olvidó.

Lara no era una copia femenina de Dorn. Era la jefa de la Fortaleza Hope. Quizá el simbolismo le explique, amigo lector, lo que no se puede explicar con palabras. Pero si no consigue comprenderlo, no se preocupe. Es posible que entonces no comprenda nunca su historia, y es posible que se ría y sonría con lascivia cuando alguien mencione su nombre, pero eso es ya cosa suya, no de Lara.

Lara no se sintió tan profundamente afectada como Dorn, pero ella no volvió a ver la Tierra hasta muchísimo más tarde: hasta el final de la historia, el verdadero final de la historia. Después de todo, ¿qué de bueno puede tener una historia que finaliza exactamente donde usted espera? O, por el mismo motivo, comienza demasiado tarde.

Lara siempre era puntual.

Cierto martes Lara se rebeló. No porque se sintiera desgraciada, ni tampoco porque le invadiera una depresión anímica o uno de esos raros cambios de carácter. Definitiva y positivamente, no quiso ser puntual en su cometido, porque todos sus pensamientos se concentraban en una sola cosa: Destiny. Es posible que se ría, amigo lector, al leer esto, pero debe tener en cuenta que se trataba de una mujer.

(1) En inglés, Desire significa deseo, y Hope, esperanza.

Lara acostumbraba pasar los martes de una manera completamente diferente a la de Dorn.

Solamente una vez, Bratislavka le había preguntado qué pensaba hacer sobre la Gran Orden, y Lara se limitó a contestarle lo siguiente:

–Fuego a discreción –le respondió–. Y siempre que lo creas necesario, vuelve a hacer lo mismo. Pero, por favor, no me molestes con detalles.

Nunca había sido impertinente, pero aquellas palabras que Bratislavka le dijera algunas veces le molestaban, no veía nada de divertido en ellas. Si alguien le hubiese dicho a Lara que ella misma se había convertido en una persona anticuada, se habría reído de ella. Por el contrario, si le hubiesen dicho cualquier otra cosa se habría detenido a considerarla. Pero,

en lo referente a que era una persona anticuada, no había forma alguna de convencerla de que ella misma era la culpable de ello. Para Lara, la palabra anticuada significaba *usada*, y ella sabía que no era cierto.

Ciertamente, Bratislavka no pensaba eso. Para él, Lara era una mujer con la que no se podía bromear ni perder el tiempo. Tampoco era de esos seres que trataban, según él, de hacer cambiar de opinión a una persona. Sin embargo, estas opiniones debían ser valoradas teniendo en cuenta que Bratislavka era simplemente un robot. Es decir, por muy perfeccionado que fuera su sistema electrónico, por muy hermoso que fuera su cuerpo cromado conectado con millones de clavijas y cables de las más perfectas computadoras, Bratislavka, a fin de cuentas, no era más que un robot.

Ahora bien, podía ser que supiese algo.

Era martes y la habitación estaba llena de ruidos. Se oía el sonido continuo de los cuatrocientos cañones de rayos láser que no cesaban de disparar y que producía un ruido que resonaba en las paredes de la habitación. También se oía el ruido de las dinamos existentes en los profundos subterráneos, un lugar cuyo acceso le estaba prohibido a Lara. Asimismo, existía el ruido de los millones de relés que no cesaban de repiquetear. Por otra parte, también Bratislavka hacía ruido mientras manipulaba en el gran tablero de mandos de la Fortaleza Hope.

Por todo esto, Lara no quería escuchar las explicaciones que el robot se empeñaba en darle. Aquel ruido infernal le molestaba en grado sumo. Y cada martes lo mismo. Todos los martes tenía que soportar aquel horrendo escándalo.

Lara deseaba, con todas las fuerzas de su mente, poder pasar, aunque sólo fuera un martes, la jornada sola, arreglando sus hermosos cabellos, enfrente de su espejo favorito. No es que ella fuera presumida, sino, simplemente, porque toda persona tiene derecho a pasar un día a solas y disfrutar del tiempo a su antojo, divirtiéndose como mejor le plazca. En una palabra, a ella le agradaba divertirse *consigo misma*. Eso era todo. Sólo eso. De la misma forma que Dorn se distraía pulimentando el cuerpo cromado de Hillman, ella se divertía peinando sus largos y sedosos cabellos dorados, o bien tiñéndoselos. Por ello, no podía decirse que fuera una mujer presumida. Todo el mundo tiene derecho a divertirse a su modo.

Pero se aburría. ¡Aquel espantoso ruido! De repente, el ruido de una potente dinamo la hizo perder el equilibrio y se tiñó una parte de sus cabellos que ella pretendía dejar tal como estaba. Lara pensaba retocar el lado izquierdo y, por culpa de aquella maldita dinamo, había retocado el derecho.

Furiosa, se levantó del sillón que tenía ante el espejo y se dirigió a la sala de control. Una vez allí, se puso las manos en las caderas y gritó:

—¡Ya está bien! ¡Se acabó todo! Por hoy ya hemos tenido bastante. Todo este jaleo será muy divertido, pero estoy harta, no puedo resistirlo. ¡Se acabó!

Durante unos instantes, Bratislavka quedó confuso, sin saber qué hacer. Estaba programado para comprender ciertas cosas (cosas que hacía todos los martes sin falta, puntualmente) y las palabras de Lara le resultaban incomprensibles.

—¿Cómo has dicho? —preguntó Bratislavka saliendo de detrás del gran tablero de mandos—. ¿Serías tan amable de repetirme lo que has dicho?

–¡Sí que te lo repetiré! –respondió Lara, cada vez más furiosa–. He dicho que cese el fuego. Llevas tres horas, cincuenta minutos y cuarenta y ocho segundos haciendo ruido y va no lo puedo soportar más. Todo esto será muy divertido, pero me impide arreglarme los cabellos.

Durante un instante, las células de memoria de Bratislavka fallaron, y golpeó con su brazo el borde del gran tablero de mandos. Luego, sus giroscopios le encaminaron hacia donde se hallaba Lara y, utilizando un tono de voz hasta entonces impropio en él, le respondió a Lara:

–No, no, eso no puede ser. Por un momento tuve la impresión de oír algo extraño. Creí que habías vocalizado que cesara el fuego.

–Pues eso es precisamente lo que he dicho –respondió Lara–. Ahora ya lo sabes.

–Pero...

Bratislavka se interrumpió, no sabiendo cómo expresar su extrañeza. Luego continuó:

–¿Pero qué es lo que ocurre?

–Eso no es cosa tuya. Yo soy la jefa de la fortaleza y debes obedecerme.

Bratislavka no tuvo más remedio que obedecer sus órdenes y cesó de disparar con los cañones de rayos láser.

Entonces, se produjo un gran silencio. Aquella tranquilidad calmó los nervios de Lara. Volvió de nuevo ante el espejo y se puso a arreglar sus cabellos. Hizo los más variados experimentos con los mismos: cuatro veces se los mojó con un líquido de color azulado; dos veces se cambió el estilo de peinado; e incluso llegó a inyectarse unas hormonas para que le naciera una barba, aunque rápidamente se la depiló.

Pero, muy pronto, aquel silencio se convirtió en algo mucho peor que el ruido que antes reinara. Se trataba de un silencio que más bien irritaba los nervios. Aquello no se podía soportar.

Aquella situación llegó a irritar tanto a Lara que se puso a arañar con las uñas la tapa de porcelana que cubría la parte superior de su mesita del tocador. Luego, golpeó nerviosamente el suelo con el tacón de su zapato. Aquello produjo un ruido muy extraño en el silencio reinante: clic, stomp, clic, stomp, clic, stomp.

–¡No puedo soportar más este silencio, acabará enloqueciéndome! –exclamó Lara.

Acto seguido, dirigiéndose a Bratislavka, rectificó sus órdenes anteriores. Inmediatamente, los estampidos de los cuatrocientos cañones de rayos láser y el zumbido de la potente dinamo volvieron a oírse. Esto pareció calmar a Lara, y entonces regresó a su tocador para seguir arreglándose el cabello.

Pero, por primera vez durante trescientos cuarenta y dos años, cosa extraña, la Fortaleza Hope había permanecido silenciosa un martes.

Lara había ordenado silencio, y Dorn había visto la Tierra.

Recuerde esto.

Primero llegaron a la Fortaleza Desire, y luego, más tarde, a la Fortaleza Hope. Dorn y Lara los recibieron cada uno a su manera. Después de todo, no habrían sabido hacerlo de otra forma. Pero aquellos que llegaron quizá se molestaron por la manera en que fueron recibidos, ya que era muy fácil que ignorasen las costumbres de Lara y de Dorn. Aquella forma de recibirlos estaba más allá de su comprensión y hasta, incluso, podían haberse sentido ofendidos. Pero ni Lara ni Dorn podían ser censurados por su comportamiento para con aquellos extraños seres. Uno de ellos era el jefe de la Fortaleza Desire, y el otro, la jefa de la Fortaleza Hope. No, no eran unos seres vulgares.

Estuvieron sobrevolando, haciendo círculos alrededor de las defensas de la Fortaleza Desire y más allá del alcance de sus cañones. Esto duró dos días. Según le comunicara Hillman a Dorn, se trataba de un extraño aparato en forma de una gigantesca bola de energía, de tres kilómetros de diámetro y que se encontraba suspendido sobre la fortaleza.

Después de describirlo, de catalogarlo y de compararlo con otros extraños aparatos que Hillman almacenaba en su banco de memoria, acabó por olvidarse de él. Después de todo, aunque no hubiera estado satisfecho con el resultado de su análisis, hubiese sido lo mismo: Hillman no estaba programado para intervenir de otra forma; no podía hacer otra cosa. O sea, que el resultado hubiera sido el mismo.

En cambio, Dorn no podía hacer caso omiso de aquel extraño aparato que se hallaba ahora suspendido sobre la fortaleza. Pero, por otro lado, él tampoco se hallaba en condiciones de trazar un plan de ataque y derribar con sus cañones de rayos láser el misterioso artefacto.

El extraño aparato no parecía dispuesto a atacar las fortalezas, pero tampoco hacía movimiento alguno que indicara que iba a alejarse de ellas.

Se hallaba suspendido en el aire.

Durante dos días.

Al segundo día, hablaron con una voz matizada de cierta repugnancia, casi humana. Sus palabras no tenían sentido ni para Dorn ni para Hillman. La emoción que sentía Dorn era indescriptible, mientras que a Hillman le hizo evocar viejos «recuerdos». La voz procedía del principal micrófono que vibraba con las modulaciones de los cuarenta receptores, que recibían al unísono las ondas en la frecuencia cuarenta; una frecuencia que nadie había utilizado durante tres siglos y medio.

En primer lugar, la voz preguntó si había alguien que mandara la fortaleza.

—¿Qué contesto? —preguntó Dorn.

—Diles que sí —dijo Hillman—. Es posible que éstos sean los constructores de la fortaleza, y si es así, se alegrarán de que yo la haya conservado en perfecto estado.

Dorn cogió el micrófono y contestó utilizando la frecuencia cuarenta.

—Aquí el jefe de la Fortaleza Desire. Desde hace mucho tiempo nos hemos estado defendiendo de los ataques de la Fortaleza Hope, y en esta tarea nunca me ha abandonado mi ayudante Hillman. Ayudante y amigo. ¿Son ustedes los constructores? Si así es, deben alegrarse, pues todo sigue igual que siempre. He estado luchando durante cuarenta y dos años, un día a la semana, y siempre he seguido fielmente las instrucciones.

Al decir estas últimas palabras, se calló y dudó un momento. Luego continuó:

—Mi nombre es Dorn, y soy el jefe de la Fortaleza Desire. Mi ayudante Hillman me acompaña en dirigirla.

La voz volvió a hablar. Aunque al principio había sonado como si fuera humana, ahora ya no lo parecía. Pero tampoco sonaba como la del robot Hillman.

–¿Es usted un ser humano? –preguntó la voz.

–Pues... pues no lo sé –dijo Dorn–. Ya le he dicho antes que soy el jefe de la Fortaleza Desire. Si esto quiere decir que soy un ser humano, entonces lo soy.

–En ese caso, no puede ser usted un ser humano –dijo la voz.

A Dorn le pareció que el sonido de la voz se hallaba matizado por un tono de tristeza al pronunciar aquellas palabras. Una tristeza infinita. Dorn se emocionó tanto que se le doblaron las rodillas y estuvo a punto de caer sobre un sillón situado delante del micrófono.

Entonces habló Hillman.

–Aquí la Unidad de Control Móvil de la Fortaleza Desire. La persona a quien usted se ha dirigido es humana. Su nombre es Dorn. Ignora lo que significa la palabra «humano» en el sentido que hoy se le da a esta palabra. Después de todo, aquí sería inútil aplicar ese vocablo. Un «ser humano» implica un ente que forma parte de un complejo, una unidad entre otras muchas. Él es el último jefe de la Fortaleza Desire. Y ahora, déjenos. Ustedes ignoran el código de nuestras palabras y no pueden ser los constructores de nuestra fortaleza. Mientras hablaba, he estado comprobando su *huella vocal* y he llegado a la conclusión de que los sonidos que usted emite no son modulados por mecanismos orgánicos. Creo que lo mejor es que pactemos un tratado de no beligerancia entre nosotros y que...

Entonces, la voz penetró dentro de la estancia donde se hallaban Dorn y Hillman, pero esta vez sonaba con un acento de rabia, de ira incontinida. A Dorn le pareció que todos los músculos de su cuerpo crujían.

–Silencio –ordenó la voz–. Usted, que se llama a sí mismo jefe, usted, Dorn...

–Le escucho –dijo Dorn, aunque sabía que ellos no harían ningún caso de lo que pudiera decirles.

–...cualquier cosa que haya aprendido, cualesquiera mentiras que haya aceptado como verdad, olvídelo todo ahora. No podemos perder tiempo. Hemos perdido ya demasiado: para ser exactos, trescientos años. Trescientos años perdidos, yendo de un lado para otro para buscar otra raza, otro mundo, para apoderarse de aquel que creíamos perdido. Aquel que desapareció tan trágicamente antes de que pudiera establecerse el más mínimo contacto. A partir de entonces en ninguna parte podíamos encontrar otra raza. Pues bien, he aquí que le hemos descubierto a usted en este lugar, escondido, tratando todavía de matar, intentando todavía destruir, sin saber siquiera quién es usted realmente.

–¡No le comprendo! –respondió Dorn moviendo la palanca del transmisor para que sus palabras llegaran hasta ellos–. Lo que dice no tiene sentido ni fundamento. ¡Ordenaré que los destruyan! Yo soy más poderoso que ustedes. ¡Yo soy el jefe de la Fortaleza Desire!

–¿Y qué me dice de la Fortaleza Hope? –le preguntó la voz, pero ahora ésta sonaba dentro de su mente.

Dorn, extrañado, se frotó la frente con la mano, como si tratara de disipar algo que se le había metido dentro de su cerebro, pero la voz continuaba hablando dentro de él mismo. Ahora hablaba más alto que antes.

–Nada –gritó Dorn–. ¡Nada! La Fortaleza Hope es nuestro enemigo y sólo acarrea la muerte. La muerte y banderas blancas manchadas de sangre. Sangre, sangre roja, vertida sobre banderas de paz, cubriendo los cuerpos de los cadáveres que cayeron sobre el suelo polvoriento.

–La Fortaleza Hope contiene vida, no sangre. Aún tiene tiempo para ir a comprobarlo. Le esperan. Aún es usted un ser humano.

–No, nunca saldré de aquí. No existe razón alguna para que lo haga –sollozó Dorn mientras golpeaba con sus puños las paredes de acero de su estancia.

–¡Hillman! –se oyó decir otra vez a la voz a través del micrófono–. ¿Tiene usted algo de DNA y componentes de células estructurales de la configuración doble-X?

–No –dijo Hillman–, el único modelo disponible para mí es el XY.

–¿Y los otros? –preguntó la voz–. ¿Disponían del modelo XX?

–Aquí todo está clasificado –respondió Hillman.

–Hillman, usted ha podido examinar nuestra nave espacial y sabe, perfectamente, que el poder de la misma es tal que toda la potencia de las armas de que disponen ustedes es una millonésima de la nuestra. Es decir, podemos controlar toda vuestra fortaleza.

–Eso es cierto.

–Entonces conteste, pues de lo contrario arrasaremos la Fortaleza Desire.

–El enemigo –dijo Hillman– cuenta con un método de reproducción a partir de células femeninas. Todo lo que sé es que, actualmente, el jefe de la Fortaleza Hope es una mujer. No obstante, el plan que se propone llevar a cabo no puede dar resultado, y, por otra parte, estoy seguro que el jefe nunca accederá a que se realice.

–Dorn, debe usted hacer lo que te pedimos. Hay muy poca esperanza y muy poco tiempo disponible. La única solución que te queda es obedecernos.

Dorn se levantó de repente y contestó:

–Yo no obedezco órdenes de nadie, ¿me entiende? Yo soy el jefe de la Fortaleza Desire; no lo olvide.

Entonces ellos le mostraron a Lara. Por primera en muchos siglos. Era la primera vez que se conocían. Dorn, era evidente, no estaba preparado para aquel suceso. La contempló, pero no pudo decir nada. Por un instante, pensó que estaba viendo su propio rostro, tal como lo había visto hacía unos minutos en el espejo. Pero entonces se dio cuenta de que existían ciertas diferencias: sus ojos eran más azules, su nariz, más pequeña, y sus cabellos, de un hermoso color dorado.

–¿Qué truco es éste? ¿Por qué trastocan mis características y me insertan otras en mi mente?

–Es otro ser humano, el último exceptuándolo a usted. Viaje a través de la llanura polvorienta en dirección a la Fortaleza Hope y únase a Lara. Luego reproducirán parejas como ustedes y regresarán al lugar donde todos están muertos. Esa es su misión y... la nuestra.

–¿Quiénes son ustedes?

–Nosotros somos los Ezkeels, y hemos fallado en nuestro intento. Después de muchos siglos de espera, hemos encontrado lo que habíamos perdido.

–¿Habla usted de un lugar donde todos están muertos? ¿Dónde está ese lugar?

–Usted ya lo ha visto, Dorn. Y por ello estuvo a punto de morir.

–¿La casa azul? –dijo Dorn.

–*En efecto. Trate de ponerse en contacto con el otro superviviente y luego reproduzca por lo menos cuatro mil unidades. Y no olvide regresar a ese lugar.*

–¡No puedo! –dijo Dorn mirando en dirección a Hillman para que éste interviniera.

–Eso es cierto –dijo Hillman–. No puede. Ha estado muy bien entrenado. Él es el jefe y nada más que el jefe. Sea lo que haya sido y sean cuales fueren las razones por las que ustedes pretenden que haga cierta tarea, él no puede hacer nada. O dicho de otro modo, Dorn no puede abandonar la fortaleza.

Se oyó la voz otra vez.

–Eso no puede ser cierto.

–Ya lo veremos.

Ardientes ondas de agonía invadieron la mente de Dorn, y éste se puso a gritar incoherentemente. Por lo visto, la voz no se contentó simplemente con hablar. Penetró dentro de su mente y, poco a poco, Dorn sintió que iba perdiendo el conocimiento.

Al ver a Dorn en aquel estado, Hillman se alarmó y gritó enfurecido:

–Si le ha hecho algún daño, le aseguro que lo destruiré, cualesquiera que sean las consecuencias.

–Nosotros no le hemos hecho ningún daño, ni nunca ha estado en nuestro ánimo el hacérselo. Simplemente, nos hemos limitado a comprobar la verdad. Lleva usted razón: Dorn no puede abandonar la fortaleza. Es triste y doloroso que así sea, pero ahora, al menos, es más jefe que ser humano.

–Entonces, márchese.

–Todavía nos queda otro método que emplear. Y no trate de interferir, pues, de lo contrario, tanto la Fortaleza Desire como la Fortaleza Hope quedarán destruidas. ¿Ha sido usted programado para comprender esto?

–Sí.

Hillman vio como la gigantesca nave espacial se elevaba por encima del horizonte en dirección hacia la Fortaleza Hope.

–No, ni siquiera ese método creo que dé resultado. Sin embargo no está mal que lo intenten. De esta forma, al menos podrán dejarme en paz.

Era extraño que Hillman hablara cuando no había nadie que pudiera escucharlo, y también era raro para él el haber hablado como lo hizo.

Hillman manipuló en todos los mandos necesarios para hacer maniobrar la nave.

Vio como la Fortaleza Hope era destruida y, cuando ya no quedó nada de ella excepto polvo, cenizas y rocas calcinadas, llevó a Dora a la cabina personal del jefe de la Fortaleza Desire. Esta se encontraba a bastante profundidad bajo tierra. Una vez allí, Hillman no se apresuró en reanimar a su jefe.

Volvió a la sala de control y esperó, mientras escudriñaba el horizonte.

Observó cómo la nave de los Ezkeels se elevaba en el cielo, subiendo cada vez más hasta que se convirtió en una diminuta estrella y desapareció en compañía de otras miles. Ahora ya sólo quedaban él, Dorn, la Fortaleza Desire y el metal frío que antes cubría una montaña en el horizonte.

Por primera vez, en trescientos cuarenta años, Hillman desconectó todos los controles de defensa.

La Fortaleza Desire se hallaba expuesta al polvo, y su jefe yacía inconsciente dentro de ella.

Y la Fortaleza Hope estaba destruida.

4

Como mínimo existían trescientas baladas populares y miles de pinturas holográficas que se referían a Lara y a Trek, y en la que se describían las penalidades que pasaron para cruzar la llanura de polvo. Pues bien, todas ellas estaban equivocadas, no reflejaban la pura verdad. :

Bratislavka se hallaba solo en la sala de control de la Fortaleza Hope cuando los Ezkeels llegaron.

–Evacúen inmediatamente la fortaleza –dijo la voz–. Somos los Ezkeels, aquellos que fueron los primeros y que temieron ser los últimos. Sólo existe una posibilidad para que podamos salvarnos: ¡debemos destruir la Fortaleza Hope! No se detengan, evacúenla inmediatamente.

Los detectores de cromo de Bratislavka demostraron que éste estaba sorprendido por lo que acababa de oír, pero también se notaba que dudaba de aquellas palabras de significado tan alarmante. Durante dos días había estado conduciendo, sin descansar un solo momento, la nave.

–Ustedes son débiles –respondió Bratislavka–, y nosotros no sentimos ningún miedo de ustedes. Si la Fortaleza Desire ha conseguido ponerles en fuga, entonces no tienen ni la más remota posibilidad de destruir nuestra Fortaleza Hope. La Fortaleza Desire está equipada para defenderse, pero la nuestra dispone de armas ofensivas. Salgan inmediatamente de aquí, o de lo contrario haré que nuestras armas les destruyan.

–La Fortaleza Desire no nos puso en fuga, como usted dice –respondió la voz–, sino todo lo contrario. No servía para nuestros fines. Eso fue lo que pasó, simplemente. Y ahora, para cumplir con esos fines, tenemos que destruir esta fortaleza, pues no nos queda otro remedio.

–No pensamos hacer nada de lo que acaban de decirnos –les respondió Bratislavka–. Durante casi trescientos siglos y medio esta fortaleza ha estado cumpliendo cierta misión, y no vamos a abandonarla ahora. Les doy un ultimátum: o se marchan inmediatamente o les mataremos.

La voz, transmitida desde la gigantesca nave espacial, parecía irritada una vez más.

–¡Usted es sólo una máquina, un robot! –gritó la voz–. No es usted quien tiene que decidir lo que debe hacerse, sino su jefa. Avísele y dígame que si no hace lo que digo, la muerte le espera. Vamos, robot, haga lo que le mando, ya que los Ezkeels se están cansando de perder el tiempo hablándoles a metales animados; el último que vi no se diferenciaba mucho de usted, y su jefe un poco más. Pero, se lo repito, en esta fortaleza está la clave de nuestros fines.

–¿Requiere un contacto humano? –preguntó ansiosamente Bratislavka.

–Sí.

–Pues en ese caso se trata de una acción para la que estoy programado.

Acto seguido, el robot se dirigió hacia la sala de control donde Lara se hallaba tumbada en un lecho, dormida. La jefa de la fortaleza condenada a muerte se frotó los ojos y miró en dirección a su esclavo.

–¿Me oyes, *chiquilla*? –dijo la voz penetrando en su mente. Pero, para Lara, el tono de la misma era suave, no conminatorio. Más bien podía decirse que aquel tono era de respeto, casi de reverencia.

–Sí, le oigo –respondió ella–. Y, más todavía, creo saber los pensamientos que se ocultan bajo sus palabras. Ustedes son... No puedo decir quiénes son ustedes, pero en este momento la palabra «guardianes» acude, no sé por qué, a mi mente. Sin embargo, tengo la impresión de que me va a pedir que haga una cosa que no puedo hacer, aunque me consta que debo hacer algo.

Lo mismo que Dorn, se arrodilló ante el panel de control y se llevó las manos a las sienes.

–No, se lo ruego –dijo Lara–; le suplico que no me pida que haga ¡eso!

–¿Me escuchas Lara? –intervino Bratislavka–. ¿Crees que nos atacarán?

–¡Cállate! –dijo la voz con tono irritado–. Ninguna máquina, ningún robot debe intervenir en esto.

La voz se dirigía a Bratislavka desde los micrófonos de su nave espacial.

–*Debes hacer lo que te pidamos, Lara. Serla mucho mejor que no nos obligaras a forzarte.*

–Entonces me tendrán que forzar a hacer lo que pretenden, pues no puedo hacer lo que desean.

–*Vemos en tu mente que estás diciendo la verdad. En cierto modo, te pareces mucho a cierta persona que aún no conoces y con la que debes encontrarte.* Bratislavka –la voz procedía una vez más de los micrófonos de la nave–, evacúa inmediatamente la Fortaleza Hope. Y llévate a Lara a un lugar seguro.

–No abandonaremos la fortaleza. No he recibido ninguna orden para hacerlo. Por otra parte, no estoy programado para obedecer sus órdenes.

–Bratislavka –dijo Lara–, ellos han estado en mi mente y yo en las suyas. No sé lo que he visto en ellas, ni tampoco lo comprendo, pero ellos son guardianes. Se trata de un hecho consumado: muy pronto la Fortaleza Hope quedará destruida. No debemos demorar nuestra evacuación.

Luego, con un tono firme, añadió:

–Soy la jefa de la Fortaleza Hope y te ordeno que la evacues. Tenemos frente a nosotros unas armas contra las que no podemos luchar, y, por otro lado, nuestras defensas no podrán resistir el ataque. La fortaleza está condenada a muerte, y, sin embargo, tengo la impresión de que no nos enfrentamos a un enemigo. De todos modos, debemos marcharnos. Te lo ordeno.

–*Viaja en paz, Lara, al único lugar al que puedes ir.*

De modo que Lara, acompañada únicamente de Bratislavka, abandonó la Fortaleza Hope, y por primera vez, después de muchos siglos, la fortaleza quedó vacía y solitaria. Lara se volvió para contemplar la extraña nave espacial y la polvorienta llanura.

–¿Cuáles son tus órdenes? –preguntó Bratislavska a Lara, pero ésta no pudo oírle porque, en aquel momento, estaba mirando hacia arriba y había visto la Tierra.

Sintió la misma sensación que anteriormente sintiera Dorn, pero, al contrario de este último, permaneció tranquila.

La Tierra se reflejaba en el cristal de la mirilla del traje espacial de Lara, y detrás del cristal, los ojos de la hermosa muchacha brillaban más que nunca.

–Ten mucho cuidado. Busca un lugar seguro. No pienses más en tu casa. Tu mente no es lo suficientemente poderosa, pero habrá otros a los que podrá enseñar.

Aquellas palabras la tranquilizaron y Lara se volvió y contempló la Fortaleza Hope, pero lo único que pudo ver fue lo que quedaba de la misma: polvo, rocas calcinadas y profundos cráteres. Por un instante pensó en quitarse el traje espacial y dejarse morir.

–No mires hacia atrás. Mira hacia él este. Somos los Ezkeels, y sabemos que tu tiempo está cerca, cuando comprendas todo...

Lara se volvió hacia el este y vio las brillantes defensas protectoras de la Fortaleza Desire, y ya no volvió a mirar más hacia la Tierra.

–Nos dirigimos hacia la Fortaleza Desire –dijo ella a Bratislavska, y, acto seguido, se encaminó hacia la misma, pero sin dejar de pensar que, a pesar de todo lo sucedido, ella seguía siendo la jefa de la Fortaleza Hope.

–Ya veo –dijo Bratislavska– que tu deseo es llevar la guerra hasta las mismas puertas del enemigo. Es un gesto que te honra y habla en favor de tu valentía, pero no creo que ésta sea la forma de vengarnos de la destrucción de nuestra fortaleza. Moriremos apenas nos acerquemos a las defensas de la Fortaleza Desire. Pero, puesto que tus deseos son éstos, adelante, yo estoy aquí para obedecerte.

–Yo no me dirijo –respondió Lara– a la Fortaleza Desire para destruirla. Los Ezkeels me dijeron que buscara un lugar seguro y no creo que encontremos seguridad si adoptamos una postura hostil.

–¿Pero quiénes son los Ezkeels? Podía tratarse simplemente de una palabra, de algo que nos confunda y no sepamos distinguir quién es nuestro verdadero enemigo.

–Nos dirigimos allí en son de paz, Bratislavska, aunque sé que nos exponemos a que nos maten. Y puedes estar seguro que no quiero morir.

Lara se detuvo y miró a través de la mirilla de su traje espacial en dirección hacia la Fortaleza Desire, examinando las defensas que la rodeaban.

–Vamos, Bratislavska. Me consta que tengo que hacer una cosa. No sé cuál es, pero creo que la encontraré en esa fortaleza.

El Largo Trek. Sólo su historia podía llenar un libro aparte, pero, como ello es imposible, lo dejaremos. Después de todo, habría sido inútil, ya que Lara terminó el Largo Trek bajo los efectos de la droga del sueño profundo. Dormida, transportada en los brazos de su sirviente, ni ella misma podía recordar todo lo que sucedió al despertarse.

De esta forma, llegó Lara a las defensas exteriores de la Fortaleza Desire: inconsciente y en brazos de su robot Bratislavska, cual si fuera una ofrenda humana a un dios antiguo.

Aquel día era jueves y Dorn se hallaba confuso dentro de la Fortaleza Desire. Cada día sabía lo que al día siguiente sucedería, pero, esta vez, su mente estaba confusa.

Ahora que la Fortaleza Hope había sido destruida, no sabía lo que iba a suceder. Siempre había temido los martes, pero, después de los últimos acontecimientos, ¿podría haber otra batalla o no? Tenía que haberla, siempre la había habido y siempre tenía que ser así.

Sin embargo, ahora que ya no existía la Fortaleza Hope, ¿quién podría atacarle?

Bajo su confusión se ocultaba el miedo.

Se sentó ante las pantallas de la sala de mandos y se puso a observar las defensas exteriores.

Temía que pronto *ellos* intentarían destruir su fortaleza del mismo modo que habían hecho con la otra.

Hillman se hallaba a cierta distancia de Dorn, ya que el día anterior le había ordenado que se mantuviera alejado de la sala de control. No sería exacto decir que Hillman estaba preocupado o a disgusto, ya que, tratándose de un robot, no podía sentir emociones. Sin embargo, era sensible a los cambios, y últimamente se habían producido muchos en la fortaleza.

–Hillman –dijo Dorn–, alguien se acerca a nuestras defensas.

–En ese caso –respondió Hillman–, si me das permiso, prepararé todos los mecanismos de ataque. ¿Me permites que ponga en marcha las quinientas defensas pasivas?

–Permiso concedido –dijo Dorn, conectando los monitores para que Hillman pudiera observar los exteriores de la fortaleza.

–Dorn, alguien ha hecho una brecha en el punto IL-8. ¿Me permites que destruya al invasor?

–Hillman, por el punto IL-8 en la pantalla.

En la pantalla, que se hallaba por encima de la cabeza de Dorn, aparecieron las figuras de Lara y Bratislavka en la parte exterior de las principales defensas de la fortaleza.

–Hillman, baja los protectores.

–Dorn, creo no haber comprendido tus órdenes. ¿No crees que es mejor que haga fuego con los primeros veinte cañones de rayos láser de los cuatrocientos de que disponemos...?

–No, baja los protectores.

Mientras tanto, en las afueras de la Fortaleza Desire, Bratislavka acercó su rostro a Lara y le susurró algo al oído.

–¿Qué sucede? –dijo Lara, medio dormida en los brazos de su sirviente.

–Necesito que me guíe un ser humano. Los de la Fortaleza Desire han bajado los protectores, y no sé qué voy a hacer ahora.

Al oír aquellas palabras, Lara recuperó completamente el conocimiento. Entonces, Bratislavka la depositó cuidadosamente en el suelo, quedando ella de pie.

–¿Cuáles son tus órdenes? –le preguntó el robot.

–Creo que lo mejor que podemos hacer es atravesar aquel lugar desierto y acercarnos a la entrada de la fortaleza.

–En este momento se encuentran junto a la puerta principal de la fortaleza, Dorn. Creo que todavía es tiempo de disparar contra ellos.

–No. Abre la entrada, Hillman –respondió Dorn.

–¿Abrir la entrada? –dijo asombrado el robot.

–Creo que es lo mejor que podemos hacer para poner en ejecución un plan que se me ha ocurrido. ¿Adonde vas?

–A encontrarme con ellos. A abrir la entrada.

Era la primera vez que Dorn y Lara se encontraban frente a frente. Era algo extraño, maravilloso y aterrador al mismo tiempo. Lo que no sucedió fue lo que usted, amigo lector, esperaba que hiciesen. Es decir, Lara no se echó en los brazos de Dorn mientras Hillman y Bratislavka contemplaban aquella dulce escena de reconciliación. Ni tampoco Dorn sonrió al darle la bienvenida. En una palabra, todo lo que se ha escrito, dicho o pintado sobre esta escena, es falso. Lo único que pasó fue que ambos se miraron.

Finalmente, se pusieron a hablar y dieron a conocer sus respectivos nombres. Pero ninguno conocía al otro a fondo.

Dorn hizo lo que tenía que hacer: seguir los consejos de Hillman. De haber actuado por su propia cuenta, ello habría sido algo insólito en él.

–Sugiero –dijo Hillman– que encerremos a la cautiva para evitar cualquier acto de sabotaje. Luego, creo prudente dismantelar la Unidad de Control Móvil del enemigo.

Y entonces Dorn encerró a Lara en las bajas regiones de la Fortaleza Desire. En cuanto a Bratislavka, no lo destruyó. Se limitó a inutilizarlo. Hizo que quedara temporalmente dormido.

A pesar de estas precauciones, no estaba seguro de Lara. La razón era muy sencilla: él podía manejar una máquina, pero no a un ser humano. ¡Y nunca había tenido contacto con un ser humano!

Poco se ha escrito sobre las bajas regiones de la Fortaleza Desire, ni tampoco del tiempo que Lara permaneció encerrada en ellas. Por referencias sabemos que las bajas regiones no eran precisamente un lugar agradable, pero tampoco era un sitio de tortura ni de horror.

Las bajas regiones eran nada.

No contenían nada, excepto el ruido de los reactores y de las potentes dinamos, situados detrás de las paredes de aquel lugar. Pero se trataba de un ruido, suave.

No había nada que hacer, excepto esperar y oír.

Después de cierto tiempo encerrada allí, cualquier persona habría acabado pensando que no era nada.

Y si esa persona permanecía dos semanas sola en aquel lugar, podía tener alucinaciones.

Por lo tanto, no habría sido nada extraño que una persona muriese encontrándose en aquella situación.

La estancia en que se encontraba Lara medía seis metros de largo, diez de ancho y doce de altura. Estaba equipada con todos los requisitos indispensables para llevar una vida humana: aparatos electrónicos, alacenas con alimentos y drogas, y muchos otros requisitos. En una palabra, disponía de todo para sostener durante *mucho tiempo* la vida de un ser humano.

Lara podía oír cómo latía su corazón y cómo la sangre se deslizaba por las arterias de su cuello. A medida que pasaba el tiempo, vio cómo sus cabellos se hacían cada vez más largos. Pero esto era lo que menos la preocupaba: pronto sus cabellos se tornaron toscos y correosos.

Durante muchos días y muchas noches, Lara estuvo gritando para gozar del ruido que producía su garganta; para saber que aún estaba viva.

Con el fin de llevar la cuenta de los días transcurridos, comenzó a hacerse pequeños cortes en el brazo izquierdo, utilizando un alfiler, pero pronto abandonó este método de contar el tiempo que llevaba encerrada, ya que cuando hacía el último corte, el primero había cicatrizado y desaparecido.

Las comidas llegaban, y ella las comía. Pero aquel ruido existente al otro lado de las paredes metálicas de su cubículo acabó por entumecer sus oídos.

Para distraerse, Lara se dedicó a componer pequeñas canciones, pero cuando las cantaba tenía que repetirlas, una y mil veces, hasta que el tono de éstas se armonizaban con el latido de su corazón y el flujo de su sangre.

Pronto, casi ni se acordaba de su nombre. Por las mañanas, al despertarse, se olvidaba de cómo se llamaba, pero, por las noches, volvía a recordar su nombre, después de estar horas y horas forzando su mente. Entonces lo repetía una vez, y otra, y otra. El no olvidar su nombre era para Lara la cosa más importante del mundo, incluso que aquellos pensamientos de poder huir de aquella fortaleza: ¿de qué le serviría escaparse si olvidaba quién era?

Para ella sólo había una cosa importante.

Y esta cosa era matar a Dorn.

Todos los días, cada hora, cada minuto, Lara no hacía más que repetir el nombre de *él*, como si tratara de incrustarlo en su mente y no olvidarlo nunca. Tal era el odio que sentía por Dorn.

Es probable que usted, querido lector, piense que Lara había dejado de ser una mujer para convertirse en un animal. Si lo ha pensado está en un error, no conoce bien a Lara; ella seguía conservando su belleza.

En sí mismo, el odio puede ser hermoso.

Lara era muy hermosa.

Llegó un día en que la puerta se abrió. En su umbral apareció una silueta.

–Lara –dijo Dorn–, he venido a hablar contigo. Tu nombre es Lara, ¿no es así?

–Entre –le dijo ella–. Hablaremos de muchas cosas. Puede decirme todo lo que quiera, y yo le diré todo lo que pueda. Después le cantaré unas bonitas canciones que yo misma he compuesto. Y, finalmente, le mataré. Me arrancaré los dedos, y con estas uñas que han crecido tan largas, le arrancaré los ojos y las clavaré profundamente en su cerebro.

–No puedes matarme –respondió Dorn– porque soy el jefe de la Fortaleza Desire. Hillman me dijo que había muchas cosas que no debía permitirte, y una de ellas es matarme. Mi robot ha funcionado muy bien, pues me aseguró que me dirías esto. Me alegro de que te encuentres bien.

–No me encuentro bien, me consta que mi mente no funciona bien. Pero no me preocupo por ello. Acércate a mí y no me pegues. Me encuentro muy débil. No he comido nada

durante mucho tiempo. Pensé que sería un método de romper la monotonía, y, por lo visto, ha dado resultado. Después de todo, no me preocupa ahora lo más mínimo.

–Lara, yo también pienso que hay algo que no marcha bien. Durante todo este tiempo he estado pensando que has permanecido demasiado tiempo en las bajas regiones, y ello me ha dolido mucho, incluso me ha afectado la mente. También tengo que decirte otra cosa, que también me atormenta. Hillman no sabe quiénes son los Ezkeels. ¿Lo sabes tú?

–Creí que lo sabía, pero era sólo un presentimiento. No tengo palabras para explicártelo.

Acto seguido, Lara se arrodilló ante Dorn y le preguntó:

–¿Le has hecho daño a Bratislavska?

No, solamente lo he desconectado por cierto tiempo.

–Me alegro que me digas eso, Dorn, pues de lo contrario te habría hecho mucho daño antes de matarte. ¿Verdad que se te puede hacer daño?

–Sí, se me puede hacer daño; pero no sé si a ti también se te puede hacer daño. Creí que yo era el único que podía sentir dolor. Me alegro saber que tú también puedes sentir dolor. He tomado una decisión.

–¿Cuál? –preguntó Lara.

–Trataré de descubrir quiénes son los Ezkeels. Entre los dos podríamos hacerlo muy fácilmente. ¿Quieres ayudarme?

–Yo también me he preguntado quiénes son los Ezkeels –le respondió Lara–. Sí, me lo he preguntado muchas veces; pero nunca he llegado a encontrar una respuesta que me satisficiera, ni el método para descubrir quiénes son. No te preocupes, Dorn, te prometo que te ayudaré. Pero no olvides que, una vez que hayamos cumplido esta misión, te mataré.

–De acuerdo –respondió Dorn–. Y gracias por querer ayudarme. Pero también debo decirte que mentalmente estoy equipado de tal forma que no te será fácil matarme, por no decir imposible.

–Eso también está bien –respondió Lara–. Pero ya buscaré la forma de hacerlo.

6

*Cabellos de oro, terror del alba,
inalcanzable mujer de la esperanza,
hojas de cuchillos de plata afilados,
la luz de la Luna perfiló su garganta.*

LA CANCIÓN DE LARA (Versión autorizada.)

A los dos días de ser liberada Lara, y dos décadas antes de que Bratislavska volviera a ser reactivado, Dorn le sugirió a ella que deberían visitar el Lugar de la Última Verdad; un lugar al que Hillman había bautizado con el nombre de Salón de Estúpida Propaganda. – No sería prudente para vosotros dos ir allí –dijo Hillman–. En realidad, el viaje no es peligroso si seguís las huellas de los ahora arruinados caminos cubiertos bajo el polvo; de esta forma, estaréis protegidos de la vista de la Tierra, pues, aunque ignoro el motivo, me

consta que la vista de la Tierra os afectaría patológicamente. Este es el peligro. En cuanto a la posibilidad de encontrar alguna información en ese lugar, me parece nula.

Pero no se podía hacer caso de las palabras de Hillman, ya que era un pesimista. De todos modos, a Dorn le constaba que Hillman era un sirviente fiel y que siempre había reconocido que él era un simple robot y su amo el jefe de la Fortaleza Desire. Sí, Dorn siempre había estado orgulloso de él.

–Pues pienso ir allí porque deseo unas informaciones que yo no tengo, que Lara no tiene y que tú tampoco tienes. En una palabra, pienso ir allí porque soy el jefe de la Fortaleza Desire y éste es mi deseo.

–Muy bien –respondió Hillman–. Sin embargo, me parece inútil tratar de averiguar quiénes son los Ezkeels. Después de todo, nunca volverán. Y como han destruido la Fortaleza Hope, cosa que a nosotros nos habría costado muchos siglos conseguir, no veo ninguna razón para preguntarles.

–Sin embargo, tú no eres un ser humano, y, por lo tanto, no puedes comprender nuestros motivos.

–Cierto –admitió Hillman–, pero entonces ninguno de vosotros dos es tampoco un ser humano.

–*Pero estamos aprendiendo* –dijo Dorn.

Así que emprendieron el viaje hacia el Lugar de las Pseudo-Mentiras. Como Hillman ya les había advertido, el trayecto no era muy largo. Abandonaron las bajas regiones de la Fortaleza Desire utilizando un carricoche, que Hillman había construido por sus propios medios. Después de atravesar numerosos pasajes subterráneos, a una velocidad de ciento cuarenta kilómetros por hora, llegaron a su destino al cabo de veinte minutos.

Salieron del carricoche y subieron las escaleras que conducían a la puerta. Sobre ésta había grabada una leyenda en un gigantesco plato de bronce que rezaba lo siguiente:

RAND CORPORATION
DEPARTAMENTO LUNAR

En la pared, cerca de la puerta, había unos letreros que rezaban: «Kilroy murió aquí» y «Abandone todo deseo antes de entrar aquí».

Entraron.

–Este es el lugar donde encontraremos las respuestas que buscamos –dijo Dorn suavemente.

–Eso, o perder nuestras preguntas –dijo Lara–. Cualquiera nos habría abandonado hallándonos en un sitio como éste.

Llegaron a la habitación del Oráculo. La habitación estaba llena de mesas y papeles amarillentos. Todo estaba cubierto por una capa de polvo de varios centímetros de espesor.

En una pared lejana, a Dorn le pareció ver una cosa parecida a una salida de ventilación, aunque estaba tapada con un material poroso parecido a la tela.

En realidad, todo aquello era desagradable. Ellos esperaban encontrar un lugar mucho mejor.

–Bueno, lo mejor será que nos marchemos –dijo Dorn.

–No, no lo hagan. Sería una equivocación.

Aquellas palabras habían sido pronunciadas por una voz mucho más mecánica que la de Hillman.

–¿Quién anda ahí? –dijo Dorn.

–Ustedes han venido desde la Fortaleza Desire. Son ustedes los primeros clientes que tengo desde hace tres siglos. Creo, señor, que usted es el Oficial Civil Ejecutivo de la plantilla, ¿no es así?

–Supongo que sí –respondió Dorn–. Soy el jefe de la Fortaleza Desire y esta mujer, Lara, no se halla bajo mi mando. Me imagino que usted..

–Sí, ya veo que es usted él jefe –dijo la voz. Dorn pudo observar que procedía de aquel aparato que él creía era un ventilador–. Bueno, ¿cuál es el problema? Sería muy interesante volver a solucionar problemas como antes. El añadir nuevos datos es un *hobby* muy interesante, pero nunca podrá resolver problemas por sí solo. Admito que me emocioné mucho, hace cien años, cuando llegué a alcanzar un nivel de entidad-consciente, pero, desde entonces, dicho nivel ha decrecido bastante.

Dorn le habló al oráculo de los Ezkeels.

–¿Los Ezkeels? ¡Ah, sí! Fueron los que me programaron a mí, hace un año más o menos. Gente excelente, sí, tengo que reconocerlo. Desde luego extrajeron duplicados de mi banco de memoria; cosas así como «Alto Secreto», «Altamente Secreto», «Bajo Secreto» y «Cosas Confidenciales». Traté de impedirlo, pero, no sé por qué motivo, las fuerzas de seguridad nunca reaccionaron al sistema automático de alarma. Fue una impostura.

–¿Pero quiénes son ellos? –insistió Dorn.

–Oh, bueno... ellos son los Buscadores y la Pérdida. Han estado buscándole durante un milenio, y ahora están arrepentidos de haberle encontrado. De todos modos, debo advertirle que no lo buscaban para vengarse. Por el contrario, son bastante pesimistas y no desean hacer mal a nadie: deseaban su bien. Francamente, tienen una forma psicológica de ser tan peculiar que dudo que puedan hacerle daño a nadie.

–Todo esto que acaba de decirnos no nos ayuda a nada, independientemente de la opinión que usted tenga de ellos –intervino Lara–. Insistimos: ¿quiénes son ellos?

–No intervengas, Lara, pues complicarás más aún las cosas.

–Se lo explicaré de otro modo –dijo la voz de RAND–. Desde luego, yo no soy la persona adecuada para responder a preguntas metafísicas de una manera fría y lógica. Aparte de ello, después de haber estado solo durante estos últimos años, he dejado de ser un ente lógico y frío. Por lo tanto, creo que podré ayudarle..»

Durante unos momentos, que parecieron una eternidad, se produjo un profundo silencio, y entonces el computador se puso a cantar:

*Odia, odia, odia.
Busca lo que has perdido.
Si lo buscas,
sabrás qué es.
Búscalo por ti mismo.*

–Todo esto suena muy bonito– dijo Lara–, pero todavía no ha respondido a nuestra pregunta. Por el contrario, ha añadido algunas de su cosecha.

–Todavía no he terminado. Ahora que he definido colectivamente vuestro problema, lo haré individualmente. Primero, Lara.

*Cabellos de oro, terror del alba,
inalcanzable mujer de la esperanza,
hojas de cuchillos de plata afiladas,
la luz de la Luna perfila tu garganta,*

*La sangre mancha las banderas blancas,
empañando tus sueños como el polvo.
Arco iris de fantasía,
huye al salir el alba,*

*La Muerte y el Cazador son una misma cosa,
unidos por lazos insangrientos.
La victoria tiene otro nombre
que nunca sabrás si no lo intentas.*

*Envuélvase a si mismo alrededor de si mismo
y la imagen en el espejo quedará invertida.
Las reflexiones se rompen como la esperanza
cuando su imagen está cerca de ella.*

*No busque el deseo de su corazón,
sino busque únicamente la salida.*

–En cierto modo –dijo Lara–, esto tiene algún sentido para mí. De todas formas, no estoy muy segura de que me guste.

–Pues, para mí, todas estas palabras no tienen ningún significado –dijo Dora vehementemente–. Hillman tenía razón: no encontraremos aquí las respuestas que buscamos.

–No sea tan impulsivo, tenga un poco de paciencia –le dijo el computador–. La única forma de responder a sus preguntas es empleando un método ilógico. Deben *sentir* la solución ustedes mismos, pues, de lo contrario, la respuesta será peor que la pregunta. Y ahora, Dorn, ponga atención, pues no pienso repetirlo dos veces. He aquí la respuesta a la pregunta de Lara, la cual está implícita en la que antes le di a usted:

*Hoyo vacío, presa de la noche,
oprimiendo al niño del deseo.
Estanques de sangre viscosa y bermeja.
La luz de la Luna ciega tu vista.*

*Un cazador sin nada que cazar
y un actor sin ningún papel que representar,
eso es lo que eres ahora.
Sólo una cortina te impide ver el camino.*

*Esfera azul, Tierra.
Llamadas de tono horrendo.
El terror de la sabiduría te obliga
a sujetar el conocimiento que has obtenido.*

*Sabiendo el camino, que está a tu alcance,
no tienes necesidad de ningún mapa.
Abre el corazón, pues pesa como el plomo,
y limpia tus tierras de polvo.*

*Nunca busques tus temores ocultos,
busca solamente la salida.*

«Creo que ahora he respondido a las preguntas de ambos –dijo el computador, al terminar.

–¡No! –dijo Dorn–. Yo deseo saber quiénes son los Ezkeels y qué es lo que quieren. ¿Qué debo hacer y por qué debo hacerlo?

–Ya les he dado la respuesta a todas sus preguntas. Lo único que puedo añadir es que los Ezkeels son la razón, o el catalizador, que hará que ustedes sean lo que desean ser. Veo ahora que tenían razón al tratar de hermanarlos. Al principio dudé de su sabiduría, pero ahora veo la prueba de todo.

–¿Por qué? –preguntó Dorn.

–Porque ustedes han venido aquí. Si hubieran estado equivocados, entonces ustedes no estarían en este lugar. Hay algo en ustedes que, posiblemente, puede cristalizar en hermosa realidad. Y ahora he dicho todo lo que tenía que decir. He atendido a mi último cliente.

La computadora quedó silenciosa y ya no volvió a hablar más.

–Creo que tenía razón –dijo Lara a Dorn al salir de allí–. Probablemente, ahora tenemos las respuestas y lo único que ocurre es que no sabemos reconocerlas.

–Pues yo esperaba más –dijo Dorn.

–¿Verdad que aún no hemos podido averiguar quienes son los Ezkeels? –preguntó Lara.

–No.

–Entonces, creo que no debo matarte. Me han parecido muy extrañas aquellas palabras que dijo el computador. Bueno, muy extrañas y muy importantes. Me refiero a éstas: «Cazador sin nada que cazar» y «Tu imagen cerca de él». Existe un significado dentro de esas dos líneas. De todas formas, estas palabras me han hecho pensar que no debo matarte.

Por primera vez, en trescientos años, un suceso humano entró en el Universo. Lara apoyó su cabeza en el hombro de Dorn y se puso a llorar. Este sintió cómo sus hermosos y largos cabellos le acariciaban las mejillas, mientras sus lágrimas se deslizaban por su túnica. La rodeó con sus brazos y la apretó contra su pecho.

–Lo siento mucho –dijo Dorn–. Siento mucho haberte dado motivo para que me odieras. Es extraño que me preocupe de esto, siendo yo el jefe de la Fortaleza Desire. Pero aquellas palabras han tenido también un significado extraño para mí. Lamento mucho haberte hecho daño, y al decírtelo, puedes creerme que siento un dolor muy grande en mi corazón; un dolor con el que no estoy familiarizado.

–Creo que a mí me ocurre lo mismo –respondió Lara.

–Regresaremos a la Fortaleza Desire –dijo Dorn–. Investigaremos y preguntaremos hasta que hayamos encontrado las respuestas que necesitamos.

Y apretó más aún a Lara contra su pecho.

Los Ezkeels contemplaron emocionados aquella escena. Por primera vez, en trescientos años, habían sentido lo que era aquella emoción.

7

–En cierta ocasión, me preguntaron si yo era un ser humano –dijo Dorn.

–¿Qué les respondiste? –preguntó Lara.

–Que no estaba seguro de ello.

–Y ahora, ¿estás seguro?

–Si volvieses a preguntarme de nuevo, no sé lo que les respondería.

Dorn y Lara pasaron muchas horas tratando de descifrar el mensaje oculto en las canciones que cantara la computadora en los caminos. Sí, estaban seguros de que en aquellas canciones se ocultaba un mensaje.

Tanto el uno como el otro habían intentado todo lo que estaba en su mano. Lara estaba muy hermosa, llena de encanto y, en todos los sentidos, era una mujer que cualquier hombre habría deseado para sí. Pero, sin embargo, tenía el defecto de no poner mucha atención en las cosas que hacía o pretendía hacer.

No obstante, estaba ansiosa por hacer cualquier cosa que le pidiera Dorn. Durante toda su vida, había estado buscando a alguien que se pareciese a ella, una persona que no fuese de metal y le *dijera* lo que tenía que hacer.

Desde luego, no sabía esto, y, en algunas ocasiones, ella y Dorn habían tenido violentos desacuerdos. Pero, en realidad, Lara era más feliz que de no haber sido destruida la Fortaleza Hope.

¿Quién podía censurarla de no hallarse irritada por la destrucción de la Fortaleza Hope? El tratar de averiguar la fuente de los vientos sólo conduce a una hendidura entre dos riscos...

Lara tenía otras muchas cosas de qué preocuparse; como, por ejemplo, quién era ella y quién era Dorn. Después de esto, ni la Fortaleza Hope ni los Ezkeels tenían importancia, no le importaba nada.

–Envuélvase a sí mismo alrededor de sí mismo / y la imagen en el espejo quedará invertida. / Las reflexiones se rompen como la esperanza / cuando su imagen está cerca de ella.

–¿Qué estás diciendo? –preguntó Dorn al ver que Lara murmuraba aquellas extrañas palabras.

–Envuélvase a sí mismo alrededor de sí mismo –volvió a repetir Lara en voz alta–. ¿Cómo puede ser eso?

–No lo sé, pero Hillman podría saberlo.

Recordemos que Dorn había sido acondicionado desde su más tierna infancia a la idea de que ningún rompecabezas era demasiado complejo para no poder ser resuelto. Esto era la verdad pura y escueta. Caía por su propio peso. Después de todo Dorn era el jefe de la Fortaleza Desire, con todos los conocimientos que este cargo implicaba.

–¿Envuélvase en sí mismo? –dijo Hillman–. Esto es algo que no puedo comprender. No estoy programado para pensar en metáforas. De todas formas, te recomiendo que utilices los libros de la biblioteca. Debo añadir, no obstante, que es inútil tratar de comprender cualquiera de las informaciones que te dio el Oráculo. La biblioteca se hallaba en la zona más profunda de la Fortaleza Desire. Nadie había entrado en ella desde los tiempos en que se levantaron banderas blancas en son de rendición.

Dorn consultó en los libros lo que podía significar la frase «Envuélvase a sí mismo alrededor de sí mismo».

–¿Crees que encontraremos una respuesta aquí? –dijo Lara Dorn se volvió y la contempló antes de responderle. Sus palabras fueron ahogadas por el ruido que hacía el lector electrónico de la biblioteca consultando millones de fichas y referencias. Luego le dijo a Lara:

–Creo que muy pronto, encontraremos la respuesta a lo que estamos buscando. El Lugar de la Última Verdad puede que nos ayude a resolver nuestro problema.

En primer lugar, hemos preguntado quiénes eran los Ezkeels, y el aparato electrónico de la biblioteca nos responde con otra pregunta. ¿Quiénes somos nosotros? Esto es algo que tenemos que saber antes de seguir adelante. Y yo creo, Lara, que tú te diste cuenta de esto antes que nosotros.

–Mientras me hallaba encerrada en aquella prisión, muchas veces me pregunté quién era yo. Gracias a esto pude mantenerme con vida. Desde luego, no te digo esto como una crítica, ya que entonces eras el jefe de la Fortaleza Desire y ahora eres otra cosa muy distinta.

–Y tú eres...

Sus palabras fueron interrumpidas por el «guiño» de las luces existentes en el banco de memoria de la biblioteca electrónica, y luego se oyó una voz procedente de la misma:

–Después de haber examinado todas las referencias, esta biblioteca ha encontrado una respuesta que puede ser una solución al problema que ha sido planteado.

–¿Cómo? –preguntó Dorn.

–Miren hacia allí.

Sobre una estantería había un frasco que contenía un extraño líquido.

–¿Esto?

–Envuélvase a sí mismo alrededor de sí mismo –dijo la voz electrónica, y luego quedó parada.

Dorn cogió el frasco y lo llevó cerca de la luz que había al lado de la estantería. Contenía un líquido claro que se movía con la misma ligereza que el agua, pero que brillaba como si fuera aceite.

–¿Qué hacemos con este líquido? –le preguntó Lara acercándose a Dorn y observando aquel extraño fluido.

–Debemos beberlo, pues no creo que la biblioteca electrónica nos engañe, haciéndonos pasar por buena una bebida venenosa.

Dorn empezó a quitarle el tapón al frasco, pero Lara se lo arrancó de las manos mientras le decía:

–Debo ser yo la primera en beber el líquido contenido en este frasco. Así sabré cuál es la respuesta a mi pregunta.

–Estás en tu derecho –dijo Dorn, entregándole el frasco y viendo cómo bebía el líquido contenido en el mismo.

Algunas historias cuentan que aquel líquido era una poderosa droga de los antiguos, algunas sostienen que se trataba simplemente de LSD, mientras que otras afirman que sólo era puro peyote. Ninguna de estas historias lo afirmaba rotundamente. Así pues, amigo lector, diremos que dicha bebida era vino.

–Estoy volando –dijo Lara, después de haber bebido del frasco.

–No, estás andando –le corrigió Dorn.

–Estoy haciendo más que eso: estoy envolviéndome a mí misma sobre mí misma. La prueba está que los reflejos del espejo están ahora invertidos. Oh, maravilloso espejo, glorioso espejo.

Dorn estaba preocupado por Lara. Nunca había estado preocupado por nada ni por nadie, pero esta vez no podía evitarlo.

–Creo que deberías sentarte –le dijo Dorn.

–Si me siento no podré volver a volar, y se trata de una maravillosa sensación –respondió Lara–. Mira mis alas, Dorn –añadió, elevando los brazos sobre su cabeza.

–Lara, te estás comportando como una niña y tus acciones son incomprensibles. Esa es la reacción que te ha producido lo que has bebido. Sin embargo, este experimento ha fallado, pues ahora deberías estar agotada. Vamos, acuéstate –dijo Dorn intentando conducirla hacia un sillón que había en el centro de la habitación.

–¡No! –exclamó ella–. Quiero seguir volando.

En aquel momento, su pie tropezó con un cable que había en el suelo y se cayó. Su cabeza chocó contra un borde de la librería y un hilo de sangre comenzó a deslizarse por su frente.

–¿Cómo ha podido suceder esto, Hillman?

–Lo lamento mucho, pero se ve que la librería tenía los hilos rotos y esto ha sido la causa del accidente. La culpa es mía, pues hace más de veinte años que no la he examinado.

¿Y la bebida? ¿Qué podía haber contenido la bebida?

–No lo sé, Dorn. Es posible que contenga muchos ingredientes, y alguno de éstos le haya sentado mal a Lara.

–Y, ahora, dime otra cosa, Hillman. ¿Cómo he podido actuar de la forma que lo hice? Yo no bebí ni una sola gota de esa poción.

–Esa es una cosa a la que debes contestar tú mismo. Bueno, los dos, tú y Lara. No dispongo de los datos necesarios para...

Hillman se interrumpió de repente y quedó completamente rígido, como algunas veces le sucedía cuando, en una de sus computadoras, se producía una frecuencia de emergencia.

–¿Qué ocurre? –preguntó Dorn.

–Puedes verla a ella ahora.

Estaba cubierta con una sábana, tumbada en una cama del hospital de la fortaleza. Una sonrisa cruzó el rostro de Dorn cuando entró en su habitación.

–Bueno, ya he conseguido una de las respuestas... no, tengo muchas respuestas –dijo ella.

Dorn se acercó a su cama y se dispuso a escucharla.

–¿Entonces el último experimento fue un éxito?

–No, pero, precisamente, al fallar, produjo un conjunto de preguntas, que se unieron para formar una respuesta.

–Sigo sin entenderte. ¿Estás segura de que la droga...?

–Hillman me ha dicho que has estado dos días y dos noches esperando junto a la puerta, inquieto por mí. También me ha dicho que ni has comido ni dormido nada.

–Sí, yo...

–No hables todavía, Dorn. Cuando me desperté, mi primer pensamiento fue para ti. Hillman me dijo que estabas fuera y que entrarías pronto en la habitación. Pero antes de que entraras algunas de las respuestas penetraron en mi mente.

–¿Qué respuestas? –preguntó Dorn–. No, no digas nada. Si a causa de las preguntas ha sucedido todo esto, entonces las respuestas nos destruirán.

–Hillman me dijo que estuve a punto de morir.

–Sí, estuvistes al borde de la muerte –dijo Dorn.

–Envuélvete a ti mismo alrededor de ti mismo –dijo ella.

–Soy tuyo.

–Yo soy tú. Mi imagen está cerca –susurró Lara.

–Conozco el método y no necesito ningún mapa –dijo Dorn.

–He perdido el deseo de mi corazón y he comprobado que era malo. He logrado encontrar la única salida que había.

Y de esta forma Lara y Dorn respondieron a la primera y más complicada de sus preguntas, quedándoles solamente por saber lo que ocurriría finalmente.

Y eso también lo sabrían muy pronto.

Sólo les quedaba esperar el momento apropiado.

8

*Este es el Tiempo.
Trescientos años de búsqueda y trescientos años de
desesperanza; pero todo ya ha pasado.
El Plan se ha cumplido.*

Éxito.
Regocijo.
Éxito.

Los ecos susurraron en sus oídos y luego, retrocedieron, redoblados. Los .Ezkeels habían estado observando, y esta observación dio su fruto.

Las noticias fueron transmitidas al Centro Galáctico y a los Ocho Bordes Escabrosos del Tiempo; pronto, aquella raza supo que, después de infinitos eones, una nave espacial de investigación había regresado con los informes que necesitaba. Infinitos eones para cualquier otra raza, pero los Ezkeels tenían fama de ser muy pacientes: sabían esperar.

Ahora podemos morir. Así era la respuesta.

Descanso, paz.

Se ha cumplido el ciclo completo.

Pero la astronave llevaba un mensaje de advertencia. Silenciosa, rápida y apresuradamente. *Aún no es tiempo.*

Pronto.

Todavía no.

A través de las estrellas, de cada estrella, llegaron miríadas de respuestas. Como una sola voz.

La espera ha sido larga.

Pero aún podemos seguir esperando.

Sólo una cosa: apresúrense.

Suaves mensajes de reprimenda volaron desde la nave espacial de investigación, si es que podía llamársele una nave espacial de investigación. Una bola de energía. Una zona de nada colapsada. Pero un vehículo construido para una Finalidad.

No debemos darles prisa.

Tenemos absoluta jurisdicción.

Debemos darles un año más.

Entonces, se oyó una voz de desaprobación envuelta en aquel vacío emotivo:

¿Un año? Reiteración.

Un año.

Esperen solamente un año más.

Luego, ya podremos dormir.

Voces cansadas hablando sin sonidos.

¿Éxito?

¿Informan que tendremos éxito?

Repulsivas emociones que no servían para nada.

Éxito.

Sí.

Pero debemos esperar un momento más.

Un consenso de opiniones celestiales.

Así pues, esperen. Debemos esperar.

Suerte a ustedes, a todos ustedes.

Es muy duro continuar.

Hemos alcanzado nuestro Tiempo.

Pero sepan una cosa: no nos hemos dejado nada.

No había ninguna emoción. Ningún movimiento de cabezas, nadie se estrechó las manos. Se había llegado a un acuerdo.

Sabemos que no hay nada.

El final está muy cerca.

Pero, primero, la espera,

Y al cabo de un año, el éxito.

El éxito.

Ninguna palabra llegó hasta la Fortaleza Desire. Ninguna emoción, ningún sonido, ningún sentimiento, ningún horror fueron transmitidos ni a Dorn ni a Lara. Sólo los Ezkeels escuchaban y hablaban. Sólo ellos sentían todas esas cosas.

Éxito.

9

De modo que había que esperar un año. Desde entonces éste había sido bautizado con el nombre del Año de la Espera, o bien, el Año del Deseo Suprimido. Sin embargo, ninguno de estos dos nombres era verdaderamente correcto.

Para Lara y Dorn, aquel año no era definitivamente un año de espera, ni un año en que sus deseos debían ser suprimidos. Pero, en cierto modo, *fue* un año que les pareció vacío. Peor que vacío, mucho peor.

Un vacío que podían haber aceptado. Pero, instintivamente, sabiendo que algo extraño se apoderaba de ellos, Dorn y Lara no podían aceptar aquellas vidas por más tiempo. Y eso fue peor que todas las cosas que habían pasado anteriormente.

–No nos queda nada –dijo Dorn. Se hallaba de espaldas y Lara, mirando la pantalla y manipulando los mandos y controles.

–Yo no lo creo así –respondió Lara, pero el tono de su voz traicionaba sus palabras.

–Se me ocurre una sugerencia –dijo Hillman, que en aquel momento había entrado en la habitación.

–Todas tus sugerencias anteriores fueron más malas que inútiles –le recordó Dorn.

–Así es –intervino Lara–. Primero nos dijo que hiciéramos revivir el arte, y yo no conseguí pintar ni siquiera un cuadro. Luego nos habló de las alegrías de la música, y he aquí que Dorn no llegó a aprender a tocar ningún instrumento, y en cuanto a mí, no llegué a distinguir una octava. No, Hillman, ya no nos queda nada con que llenar nuestros días.

–Sal fuera –dijo Hillman a Dorn.

Dorn miró a su sirviente metálico con horror.

–Tú sabes que eso es imposible.

–Moriría –intervino Lara–, y entonces no quedaría nada, ni siquiera una promesa para mí. Prefiero morir yo y por mi propia mano.

–Sal fuera –repitió Hillman–. Es la única posibilidad que queda. Aquí no queda ya nada para ti.

–Hillman –respondió Dorn–, tengo la impresión de que tu mecanismo electrónico no funciona perfectamente. Sin embargo, estoy dispuesto a hacerlo.

–¡No puedes! –gritó Lara horrorizada.
–Es muy posible –dijo Dorn–, pero puedo intentarlo.

–¿Ahora? –susurraron las *no-voces*. –
Pronto.

Una vez más, Dorn se hallaba de nuevo en el espacio abierto. Pero no solo.

–No puedo mirar hacia arriba –dijo Dorn.

La Tierra se hallaba suspendida sobre sus cabezas, una esfera llena de emoción y de letalidad.

–Mira –dijo Lara, y Dorn miró.

Azul.

Esta vez, su mente sólo osciló. Lara estaba a su lado para ayudarle cuando se tambaleaba.

No cruzaron ninguna palabra. No se tocaron. Pero sus pensamientos eran los mismos y se comprendieron.

En su comprensión se hallaba su finalidad, y su año ya no estaba vacío. Aquella vacuidad había sido llenada por el destino.

Sabían lo que debían ser.

–¿Ahora? –preguntaron los millares de entidades.

–¡Ahora!

Los Ezkeels aterrizaron. Descendieron de su pelota de fuego a sólo unos cuantos metros de donde estaban los dos seres humanos.

Luego, se encaminaron hacia ellos y hablaron a través de sus mentes y también a través de los emisores-receptores.

–Nos hemos puesto en contacto con vosotros –dijo el primero.

–Después de haber estado esperando durante trescientos años –dijo el segundo.

Entonces los dos unieron sus pensamientos en una comunicación simultánea.

–Habéis aprendido vuestro destino –dijeron ellos–. Está muy bien que lo hayáis hecho por vuestros propios medios. Ahora sólo quedan por discutir algunos detalles.

–¿Quiénes son ustedes? –preguntó Dorn o Lara.

Hacia trescientos años que los Ezkeels habían estado buscando algo, y al final lo habían encontrado. Se trataba de un mundo pequeño con vida inteligente, como muchos otros. Pero el Universo es inmenso. El saber que algo debe existir es el primer y más pequeño paso para encontrarlo.

Su misión consistía en proporcionar a una nueva-raza, cualquier nueva raza, todo lo que estaba almacenado en la mente racial de los Ezkeels. Y... no había nada que no supieran. Nada.

Esta era su gloria y su deseo de morir.

No había otro camino que seguir. Llevaron sus mentes tan lejos como lo creyeron al principio. Sostenían la tesis de que, después de cierto tiempo, cada raza alcanzaría un nivel, a partir del cual, todo conocimiento futuro sería inútil, ya que no existiría ningún deseo de alcanzarlo.

Habían alcanzado la puerta, y habían comprobado que ésta estaba cerrada con cerrojo. La apatía racial los venció.

Todo lo que quedaba por hacer era dar lo que tenían a una raza nueva, una raza que adquiriría el conocimiento más adelante.

Y encontraron esa raza. Pero cuando regresaron allí, después de una breve estancia en su tierra, sólo encontraron la muerte.

Ellos no sabían que tales cosas eran posibles. Sólo quedaron dos en el planeta primario. Luchando como siempre, por pura tradición.

–Y por eso nos unieron –dijo Dorn.

–Sí.

–¿Y ahora qué vamos a hacer? –preguntó Lara.

Ahora ya sabéis cual es vuestro destino.

Fue Lara la que respondió primero.

–¿Regresar a casa? –dijo ella.

Sí. Después de todos estos siglos, vosotros y otros como vosotros regresarán. Entonces recibirán el conocimiento de los Ezkeels.

–¿Otros seres como nosotros? –preguntó Dorn.

Sí. Hillman posee células procedentes de su primer Maestro, que puede duplicar según sus necesidades. Tú mismo, Dorn, fuiste producido de tal forma. En cuanto a las mujeres, nos aseguramos de que los blancos subterráneos de la Fortaleza Hope no fuesen destruidos. Millones de vosotros regresarán a casa. Una miriada de Dorns y una miriada de Laras, genéticamente iguales, pero con el potencial de diferencia. Repoblaréis vuestro viejo y fenecido mundo, y aceptaréis nuestro regalo. Entonces, los Ezkeels podremos morir sabiendo que hemos hecho todo lo posible.

–¡No! –exclamó Dorn, y Lara repitió la misma negativa solamente un microsegundo después.

Deben. Es la única solución.

–Regresaremos –dijo Dorn–, pero nosotros dos, solamente los dos.

–Ya hemos encontrado cuál era nuestra meta –intervino Lara–; y esa meta no es la de ustedes.

¿Qué meta perseguís?

Dorn y Lara respondieron al unísono:

–Seguir siendo seres humanos, y ser sólo lo que esto implica.

Un fallo. La palabra se extendió por todos los Universos.

–No, un fallo no –dijo Dorn con voz suave–, sino éxito; más del que ustedes se imaginan.

Pero los Ezkeels se habían marchado y se habían llevado con ellos su silencio.

Dorn y Lara miraron hacia arriba, hacia la Tierra.

–Pronto –dijo él.

–Muy pronto –dijo ella, acercándose más a Dorn.

–Estarán vigilando –dijo él–. Y siempre estarán esperando.

–Pensarán que nos pondremos en contacto con ellos –dijo Lara–. Y si no lo hacemos nosotros, nuestros descendientes lo harán. Y quizá hagan bien en hacerlo.

Lara habló en voz alta y Dorn pudo comprobar cómo su cuerpo se estremecía a través de sus trajes de múltiples capas.

–El conocimiento libre –dijo ella– es un incentivo espantoso.

–Sin embargo, el aceptarlo sería como sentenciar a muerte a los que lo otorgaron, y eso no sería una cosa propia de un ser humano.

–En efecto, Dorn, no sería una cosa propia de seres humanos, y... todos nuestros descendientes serán seres humanos.

–Eso serán –dijo Dorn mientras reía y atraía a Lara contra su pecho.

–¿Por qué te estás riendo?

–Porque todos nuestros descendientes los *llamarán*; pero no por los motivos que los Ezkeels esperan.

–Tienes razón –dijo Lara, y ella también se echó a reír al ver la verdad–. Los nuestros les enseñarán a los Ezkeels –añadió ella riéndose.

–Sí, Lara, les enseñarán lo que es la vida.

Lara se volvió de forma que la *luz de la Tierra* se reflejó en el cristal de la mirilla de su traje espacial y resplandeció en la quietud de sus ojos. Luego dijo:

–Y eso es también una cosa muy humana.

La Fortaleza Desire quedó bañada por las sombras a medida que se alejaban de ella. Ambos sabían que cuando regresasen sólo sería por un breve período de tiempo. Antes tenían que hacer un viaje.

El principio era una cosa humana.

**UNA CUESTIÓN DE TIEMPO Y
LUGAR**

Larry Eisenberg

En este irónico retrato se nos ofrece una curiosa versión de esa idea tan difundida entre los estadounidenses (no todos, por suerte) de que en USA está la salvación de la humanidad,

Cierta tarde me hallaba en el laboratorio de Duckworth, molestándole con los detalles del nuevo programa que había escrito para la computadora, cuando oí que la radio difundía una noticia sobre un tiroteo que se había producido en una Universidad del sur de Estados Unidos, resultando heridas varias personas. Aunque Duckworth se hizo el desentendido aparentando hallarse absolutamente absorbido por una medida espectrofotométrica que estaba llevando a cabo, también oyó la noticia. Me miró con sus ojos negros y meneó su *cabeza* en un gesto lleno de tristeza.

–Esto es demasiado para mí –dije–. A un acto violento siguen otros actos violentos.

–Todo es cuestión de tiempo y lugar –me respondió amablemente Duckworth.

Por un momento me sentí molesto.

–Supongo que lo que acabas de decir tiene un significado muy profundo –le dije–, pero esa noticia de la radio me ha afectado mucho.

–Simplemente el que tiene –me respondió Duckworth–. Coge a ese mismo individuo que ha provocado el tiroteo, sácalo de la Universidad y colócalo en medio de una selva asiática. Puedes estar seguro de que su acto se convertirá entonces en algo deseable desde el punto de vista social. En realidad, puede ser condecorado incluso con la Medalla de Honor del Congreso.

Asentí en silencio, ya que la lógica de Duckworth me había sorprendido momentáneamente. Más tarde, cuando nos hallábamos tomando un cóctel en el bar de la Facultad, proseguí hablando del mismo tema con mi colega.

–Tu argumento suena a sofisma –le dije–. Con esa forma de ver las cosas también podrías sostener que un hombre que pega fuego a un teatro está llevando a cabo una acción útil desde el punto de vista social, como si estuviera encendiendo el homo de su casa.

–Bueno, te lo explicaré de otra manera –me respondió Duckworth–. Aquellas ideas, sugerencias y propuestas que te parecen estúpidas en esta Universidad pueden ser aceptadas como buenas en cualquier otro sitio.

Mi amigo no tuvo tiempo de acabar de desarrollar su tesis, ya que en aquel preciso instante recibió una carta especial. Había sido enviada desde la Casa Blanca, como pude apreciar por el sello. Duckworth la leyó mientras en su rostro se reflejaba una expresión grave. –Mi patria me necesita –dijo, mientras colocaba su mano sobre el bolsillo superior de su bata blanca–. ¿Cómo puedo rechazar una llamada de mi patria?

–¿Incluso si ello implica el participar en una guerra repugnante? –le pregunté agriamente. Duckworth se encogió de hombros. –Tengo mis motivos –me respondió. Al oír su respuesta, me alejé de él malhumorado. La Universidad concedió a Duckworth un permiso indefinido para que se ausentara. La noticia de su marcha provocó sentimientos contradictorios entre los estudiantes. Algunos de sus alumnos se presentaron ante la fachada de su laboratorio llevando unas pancartas en las que se podía leer: «No lo haga, profesor Duckworth.» Otras pancartas, entre las que estaba la que yo llevaba, rezaban lo siguiente: «Duckworth es una Fundación Fink.»

Al cabo de algunos meses, Duckworth era ya simplemente un recuerdo en la Universidad, o quizá algo menos todavía. Pero la personalidad de mi antiguo compañero aún estaba viva en mi mente. Me preguntaba si le habría tratado demasiado duramente y qué estaría haciendo en su nuevo puesto. Entonces, como si se hubiese establecido entre

nosotros una comunicación telepática, recibí una carta de Duckworth rogándome que fuera a visitarle.

Aquella invitación me torturó la mente. Mi afecto por Duckworth era aún muy fuerte, pero tenía miedo de que sus nuevas investigaciones diesen paso a violentos sentimientos entre nosotros. Por otra parte, me hallaba dominado por una gran curiosidad. Decidí ir a verle, y Duckworth se alegró enormemente de que lo hiciera.

–Te he echado mucho de menos –me dijo–. En esta ciudad de edificios blancos como la nieve me encuentro rodeado de un enjambre de personas que a todo me dicen que sí. Por lo visto, piensan que no me equivoco nunca.

–También yo te he echado mucho de menos –admití–. Y espero que pronto regresarás a nuestra Universidad.

Duckworth sonrió.

–Mucho más pronto de lo que te imaginas.

A continuación, insistió en enseñarme los terrenos del enclave donde trabajaba, a pesar de que aquellas zonas militares estaban rigurosamente custodiadas y su acceso prohibido a toda persona ajena al mismo. Nos detuvimos ante un enorme hangar de aviones y Duckworth consiguió que los guardias de vigilancia me dejaran pasar.

–Aquí verás uno de mis proyectos más atrevidos.

Dirigí mi mirada hacia arriba y me quedé sorprendido al ver un enorme cilindro metálico que se hallaba dentro de una campana de cristal aún más grande.

–¡Santo Dios! –exclamé–. ¿Qué es esto?

–Una variante del tambor de tortura tibetano. Produce una nota vibratoria tan violentamente dolorosa para el nervio acústico, que no nos hemos atrevido a comprobarlo.

–¿Ya has pensado qué aplicación vas a darle a este tambor? –le pregunté agriamente.

–Una muy buena –me respondió Duckworth–. Pensamos construir un gigantesco reflector parabólico en un claro de la selva. El tambor de la tortura será situado en su punto focal y luego se pondrá en funcionamiento su mecanismo. Así, todos los guerrilleros, en muchas millas a la redonda, quedarán con los nervios destrozados, convertidos en pura jalea.

Me estremecí.

–Esto es una cosa horrible y una perversión de la ciencia; pero admito que es ingenioso –le dije.

Duckworth se puso a toser.

–Sin embargo, tiene un inconveniente –me respondió.

–¿Cuál?

–Fíjate –dijo Duckworth– que el tambor se encuentra dentro de una campana de cristal. Mediante una bomba se ha extraído el aire y en su interior existe casi el vacío absoluto. Esto, evidentemente, lo hemos hecho con el fin de evitar que una vibración accidental del tambor pueda dañar a nuestras gentes.

–Oh, sí, desde luego –le dije.

–El tambor –prosiguió Duckworth– debe ser coló cado dentro de un vacío total. Pero antes de situarlo enfrente del reflector parabólico, tenemos que sacar el maldito tambor fuera de la campana de cristal. Si desaparece el vacío, el tambor podría vibrar.

Me puse a reír entre dientes.

–¿Entonces no se puede utilizar este maldito artefacto?

Duckworth asintió.

–Esperamos conseguirlo en un futuro aún muy lejano.

Nos dirigimos a otro gigantesco hangar. Los guardias que lo custodiaban llevaban metralletas con las que me apuntaron cuando vieron que me acercaba. Rápidamente me coloqué detrás de mi amigo y éste les enseñó un pase. Los guardias lo comprobaron a disgusto y nos dejaron entrar.

–Como habrás observado –le dije a mi amigo–, no me dejan entrar ni en una estafeta de correos.

Duckworth no hizo caso de mis palabras y me indicó un objeto que parecía un vehículo espacial de varios pisos dentro del hangar.

–Se trata de una plataforma espacial –me dijo Duckworth–. ¿Te gustaría saber para qué sirve?

–¿ Estás autorizado para decírmelo?

–Mi proyecto consiste en montar una lente gigantesca en esta plataforma. Su longitud focal será de unos quinientos kilómetros.

–¡No me digas! –le respondí–. ¿Quieres darme a entender que la lente estará en una órbita estacionaria a la misma distancia sobre los escondrijos del enemigo en la selva?

–Exactamente –me respondió Duckworth–. Un obturador controlado electrónicamente, accionado por señales telemétricas, nos permitirá concentrar los rayos del sol en cualquier lugar que deseemos. Inmediatamente se producirá un enorme incendio.

–Es perfectamente repugnante –le dije a mi amigo–. Pero ¿puede funcionar este proyecto?

–Realmente, no –dijo Duckworth.

–¿Por qué no?

–Porque el enemigo ha construido un gigantesco espejo reflectante y transportable, el cual, si se coloca en el lugar adecuado, puede incendiar nuestra propia plataforma.

–¡Qué lástima! –le dije sarcásticamente.

Duckworth se encogió de hombros.

–¿No tienes ningún artefacto más que enseñarme? –le pregunté.

Se mordió el labio inferior. Luego contestó:

–Sí, pero no se trata de un artefacto. Tengo un nuevo concepto estratégico.

Enrojecí de ira.

–No te imagino desempeñando *esa* clase de papel –le dije.

Duckworth se puso rígido.

–Entonces escucha esto –me dijo, mirando a su alrededor furtivamente por si alguien estuviera escuchando–. ¿Te acuerdas del concepto de la entropía?

–La entropía –le respondí como si estuviera dando una lección a mis alumnos– es una medida de desorden en un sistema físico. Una disminución de la entropía implica un aumento en el orden.

–Exactamente –me contestó Duckworth–. Como tú sabes, la *entropía total* de un sistema no puede disminuir nunca. Por el contrario, el orden total no puede aumentar nunca. Cuanto más orden hay en un lugar menos hay en otro.

–¿Adónde quieres ir a parar? –le pregunté.

–Nosotros, en Estados Unidos, hemos formado una comunidad muy eficiente y maravillosamente organizada. Hemos aumentado el orden en nuestro propio país hasta un nivel extraordinario. Pero según las leyes de la entropía, este aumento del orden aquí debe ser contrarrestado en otro lugar por una disminución similar en el mismo sentido.

–¿Quieres decir con esta tesis que ello explica nuestros problemas en el Vietnam? –le pregunté.

–Podría ser. Para acabar con esa guerra tendríamos que provocar cierto desorden en nuestro país.

–Y de esta forma el desorden disminuiría en Vietnam. Pero como no ha sucedido así, todo es inútil.

Caminamos en silencio El sol empezaba a ponerse en el horizonte, y los vastos bancos de nubes se hallaban delicadamente coloreados con trazos rosados.

–Regresa a nuestra Universidad, Duckworth –le dije–. Tienes muchas dotes para la investigación, pero no para la destrucción.

Duckworth hizo un gesto negativo con la *cabeza*.

–No pienso hacerlo hasta que haya terminado la tarea que me trajo aquí.

En el acto me di cuenta de lo que le sucedía.

–Comprendo –le respondí–. Se trata de tu teoría sobre las cosas estúpidas convertidas en buenas a su debido tiempo y en su debido lugar. Pero esto no puede dar resultado. Además, alguien podría conceptuarlo como una traición.

–¿Tú también crees que es una traición?

Le cogí la mano y se la estreché calurosamente.

–¿Puedo hacer alguna cosa para ayudarte?

–Sólo te pido que defiendas mi buen nombre cuando alguien lo ataque en la Universidad.

De vuelta a la Universidad, continué con mi rutina cotidiana: aguijonear a aquellos alumnos que no conseguían aprender su libro de logaritmos. Entonces ocurrió una cosa sorprendente. Se produjeron revueltas en todas las universidades del país. Los negros se sublevaron en los *ghettos*. Incluso los profesores se declararon en huelga durante mucho tiempo. Poco después de estos sucesos, comenzaron las conversaciones de paz en París. Y al cabo de unos días, Duckworth regresó a la Universidad.

Traté de ser discreto y evité mencionar su último proyecto. Pero una noche, después de haber bebido tres whiskys, se me soltó la lengua, y pregunté a mi amigo:

–¿Fue ese último gran proyecto lo que te hizo regresar a la Universidad?

Duckworth sacó la oliva de su martini y se la introdujo en la boca, paladeándola con gran fruición.

–Absolutamente cierto –me respondió después de haber escupido el hueso–. Regresé a la Universidad cuando triunfé en mi último proyecto.

–Pero supongo que no harías nada para que se llevase a cabo, ¿no es así?

–Desde luego que no –me respondió Duckworth–. Ese fue el motivo por el que me horroricé tanto.

–¿Horrorizado?

–Te lo explicaré de una manera clara para que lo comprendas –me respondió–. Por primera vez en la historia de la humanidad, el mundo tiene entre sus garras la posibilidad

de alcanzar una paz duradera, una paz para siempre. Y ello depende de nosotros. Es América, con su enorme capacidad para terminar con todas estas violencias y desórdenes tan numerosos e inacabables, la única nación que dispone de los medios para conseguir esta paz.

–No te preocupes, Duckworth –le respondí–. El mundo puede contar con nosotros. Nunca dejaremos que se hunda.

Levantamos nuestras copas y brindamos por ese sueño universal. Bebimos y brindamos varias veces.

ENCUENTRO DE MENTES

Anne McCaffrey

Arme McCaffrey, ganadora del Premio Hugo, muestra especial predilección por el tema de los telépatas, a los que concibe como elementos clave de una futura Confederación inter planetaria. Lástima que la señora McCaffrey ponga su indudable inventiva y su dinámico estilo narrativo al servicio de unos esquemas decididamente reaccionarios.

Iota de Auriga era un resplandor en el cénit, a la izquierda de Damia, que se reflejaba en su diminuta cápsula personal. La luz de Capella, desde el nadir derecho, era de un color blancoazulado intenso. La luz de las estrellas de la Vía Láctea también la bañaban, pero el único ruido que se oía era el de su propia respiración cuando dejó que su mente se abriera completamente para captar el eco libre y sin vida del espacio exterior.

Sintió como si sus músculos cerebrales se relajaran, se distendieran, a medida que su alto y delgado cuerpo se debilitaba poco a poco. Pero en realidad se trataba del descanso mental que ella necesitaba, allí arriba, tan alejada de su torre de control situada en la instalación de la Federated Telepath and Teleport. Era la paz exterior del espacio profundo lo que ella necesitaba para contrarrestar las constantes demandas de su posición como Psiónica Prima, responsable del comercio y las comunicaciones en aquel sector de los Mundos Confederados. En realidad, era una joven que apenas contaba veinte años; pero la edad es una cosa relativa, sobre todo cuando las necesidades son grandes. Por añadidura, sus dotes mentales eran superiores a las que correspondían a una joven de su edad. Más aún: pertenecía al clan Raven, había nacido en el seno de una familia cuyos miembros eran muy inteligentes. Había sido entrenada y adoctrinada cuidadosamente para desempeñar un papel ejecutivo, ya que la influencia de los Mundos Confederados se había extendido a nuevos sistemas estelares y se necesitaban más individuos dotados de gran talento.

Algunas veces, incluso su joven mente se sentía agotada y necesitaba cierto respiro ante aquel insistente murmullo de pensamientos radiados que resonaban constantemente en ella: pequeñas mentes que no podían concebir las fuerzas que Damia, de Prima Auriga, podía dirigir a la torre mediante sus potentes dinamos.

Damia abrió los ojos y se puso a contemplar la super-brillante luz de las estrellas. Parecían gemas de fuego en la negrura del espacio y parpadeaban como si le guiñasen un ojo. Con un gesto de pereza, Damia identificó las características familiares de estos silenciosos amigos. Todas las pequeñas molestias que hasta entonces había sentido desaparecieron al contemplar el vacío que se presentaba a su vista.

Incluso llegó a olvidar durante un instante sus preocupaciones: olvidar lo alejada que se hallaba en aquel momento. Cuánto envidiaba a su hermano Larak, a su amada y encantadora esposa y a su nuevo hijo. Cuánto envidiaba a su madre, la compañía de su esposo e hijos. Incluso envidiaba a Afra.

¡Afra! ¿Qué derecho tenía éste para interferir en sus asuntos, para regañarla? Aún sonaban en sus oídos sus palabras: «Has conseguido ese puesto tan importante de delegado en las alturas difamando a Larak y a Jenna. ¡Has hecho enloquecer a Jenna, atisbando en su mente mientras ella se hallaba trabajando! ¡Los dejaste solos a los dos!»

En cierto aspecto se vio obligada a admitir que también ella tenía parte de culpa. ¿Pero cómo se pudo enterar Afra? A menos que Larak se lo dijese. Sí, Larak debía de saber que ella estaba espionando. Aunque él era el único T-3 entre sus hermanos y hermanas, siempre había sido extremadamente sensitivo a la mente de ella. Por este motivo, Larak y ella siempre habían podido desbaratar cualquier combinación de los demás, incluso si Jeran, Cera y Ezro (todos ellos T-1) se agrupaban contra ellos. En cierto modo, Damia podía desviar las transmisiones de pensamientos sometiendo a su antojo la capacidad de otras mentes dentro de su radio de acción.

Pero la habían humillado permitiendo que fuera regañada por Afra. Bueno, después de todo, era mejor aquel T-3 de Capella de ojos amarillos y piel verdosa que su padre en su papel de Principal de la Tierra. Claro que, en realidad, ella hubiera preferido que su padre no se hubiese enterado nunca que había roto su etiqueta-T.

Sin embargo, era extraño que desde entonces no hubiera oído nada de Afra, y ya habían pasado siete meses. El sabía que Damia se había disculpado ante Jenna y Larak, pero seguía en silencio. No podía estar tan enfadado con ella.

Damia apartó sus pensamientos de Afra y se dedicó de nuevo a relajar sus músculos y su mente. Muy pronto estaría de vuelta a la torre. En cierto modo, el hecho de que pudiera desempeñar los deberes de un Principal teniendo un grado no más alto que el de un T-6 tenía ciertas desventajas. El personal de la torre podía controlar, como una simple rutina, el tráfico planetario, pero ella tenía que estar al corriente de los interestelares telepáticos y el comercio de transporte a larga distancia.

Hubiera sido maravilloso tener un T-3 con ella: alguien que pudiese comprender. No cualquiera... Damia tenía que ser fiel a sí misma allá arriba en el espacio... Sí, hubiera necesitado un hombre. Sólo los hombres se avergüenzan de una persona cuando ha desarrollado cánceres solares Lynx. Y el único otro Principal soltero era su propio hermano Jeran. Pero al pensar en Jeran, se dio cuenta de que su nueva mente indicaba, sin duda alguna, que había encontrado una compañera de carácter parecido al suyo.

Para Damia no constituía ningún consuelo el que su madre hubiera advertido su intensa soledad y le aconsejase que se casara. Pero Jeff Raven se había presentado para asaltar la torre de Rowan, y antes de eso, Rowan tenía por lo menos a Afra...

¡Afra! ¿Por qué su mente no podía apartarse de *él*?

Damia se dio cuenta de que sus dientes castañeteaban. De nuevo volvió a hacer ejercicios de relajación hasta que consiguió disipar aquellos pensamientos. Pero mientras lo hacía, un aura agitó su conciencia. Alarmada, ya que nada podía venir de aquel lejano cuadrante del espacio, concentró su mente en un canal de búsqueda.

Un aura. Un mero indicio de la presencia de algo. Algo... ¡extraño!

¡Extraño! Damia hizo un esfuerzo para controlar sus nervios. Luego disciplinó su mente hasta que consiguió mantenerla limpia, clara y ordenada. Contactó el aura. Después de esta comprobación sólo quedaba la retirada y el regreso a la base.

Sin lugar a dudas, el aura era extraña, pero tan tenue que Damia hubiera dudado de su existencia de no haber estado dotada de una mente especialmente entrenada para no cometer ningún error en esos casos.

Una exultación tan ardiente como la codicia hizo que la sangre le latiera en sus oídos. No se había equivocado. La traza del aura estaba allí.

Después de una inspiración profunda, disparó un tiro mental, fino como una flecha, a través de los años-luz, al Principal de la Tierra FT & Torre T, muy por encima del Gran Cañón.

—UNA NAVE ESPACIAL EXTRAÑA SE APROXIMA A NUESTRA GALAXIA. LA HE INTERCEPTADO A LA ALTURA DE AURIGA —informó a Jeff Raven.

—DAMIA, *aquí control*. Maldita sea —respondió Jeff, procurando mantener su tono mental dentro de un límite tolerable.

—Lo siento —respondió Damia sin que en su voz se notara el más leve pesar.

Fue una respuesta concisa. Su padre era capaz de desviar su más poderoso impulso.

–Damia, confío en que te encuentres en un foco hermético. ¿Y éstos son tus informes? – contestó Jeff en un tono frío y oficial.

–Desde luego que me encuentro en él –respondió Damia–. Pero mi primer deber es informar al Principal de la Tierra, ¿no es así?

–No te las des de inocente conmigo. Y ahora dame todos los datos completos.

–No puedo darte un informe *completo*. Esa aura es apenas detectable. Creo que se encuentra a cuatro años-luz en dirección a una galaxia del nordeste. Me puse en contacto apenas la detecté, y me respondió. –¿Respondió? –Sí, el aura.

–¿Pero no dijiste que se trataba de una nave espacial?

–Pero, padre, ¿qué otra cosa podría atravesar el mar galáctico?

–Mi querida pequeña, en nuestra propia galaxia hemos encontrado muchas extrañas formas de vida que no necesitaban ni luz ni oxígeno para subsistir.

–Vuelvo a repetirte que se trata de una nave espacial. Logré detectarla.

–Damia –le preguntó Jeff con un tono de voz suspicaz–, ¿qué estás haciendo?

–Me limitaba simplemente a descansar –respondió la muchacha, dándose cuenta de repente de que estaba cometiendo una imprudencia.

–El descansar está permitido. ¿Pero a qué distancia te encuentras de la torre?

–A un año-luz.

–¿Con sólo un T-6 como estación de control? Supón, hija mía, que algo te ocurre. ¿No has pensado que ese extraño puede intentar algo contra ti y...?

–Oh, papá, si no puedo leer más que un aura de *ellos* y aún no han cambiado de posición desde que te informé, es seguro que no intentarán nada contra mí.

Trató de contener la risa al oír la exasperada exclamación de su padre. Era muy libre de escoger entre su padre y Afra... Borró ese nombre de su mente y continuó...

–Muy bien, jovencita, demuéstrelame –le respondió su padre, aún con tono severo.

Damia le dejó unirse completamente a su mente, permitiendo que ella misma fuese el foco, conduciéndolo más allá del resplandor de las estrellas. Lo dirigió directamente hacia la extraña huella. El aura era palpable, pero se hallaba tan distante que solamente la extraordinaria percepción de dos mentes poderosas podían descubrirla.

–La curiosidad ha hecho que me anticipara. Y también la prudencia –le respondió su padre a medida que se alejaba del foco hermético–. Pero sea lo que quiera, se está acercando a nuestra galaxia.

–Bueno, echaré una mirada –respondió Damia, incapaz de dominar su excitación en aquel momento.

–Pero, no lo hagas en un momento en que puedas poner en peligro tu vida –le respondió Jeff preocupado.

–No, desde luego que no. Pero me gustaría que me enviaras a Larak para que me ayudara a observar mejor esta extraña situación.

–Larak se encuentra entrenando a T-3 para aumentar a Guzmán en Altair. Este hombre casi siempre está durmiendo, pero es el único Principal que tenemos para ese sector hasta que Ezro sea mayor –le respondió Jeff–. Te enviaré a Afra. De cualquier forma siempre será mejor.

–¿Me dices eso porque Afra estuvo en contacto con aquellos extraños que tú y mi madre condujisteis por encima de Deneb hace veinte años? –respondió Damia echándose a reír.

Jeff se rió entre dientes felicitándose de la fina agudeza de su hija.

–Bueno, prefiero esperar a que Larak esté libre. No puedo soportar a mi madre sollozando al verse privada de Afra.

–*¡Damia!* –exclamó Jeff con un tono desaprobatorio–. Esa es una observación infantil, ilógica e insultante. Controla tu conducta. Si no conseguiste intimar, ni ahora ni nunca, con un T-2, un T-3 o un T4 en los Mundos Confederados, puedo entonces enviar a cualquier otro...

–¿...Y hacer de casamentero? –respondió Damia sonriendo–. Tus planes dinásticos pueden dar mejor fruto con Jeran. Pero procura que él aspire a algo que no sea inferior a un T4.

Por segunda vez se dio cuenta que había acertado, ya que su padre permaneció callado durante unos instantes.

–Escucha, Damia, ¿no habrás estado otra vez escuchando detrás de las puertas?

–¿Cómo? ¿Después de que Afra se alejó de mí por ese asunto con Larak? No, no es nada tan malo como tú piensas.

–Oh, ¿fue él quien te lo impidió? Tu madre creía que fue Isthia.

–El problema con los telépatas es que algunas veces piensan *demasiado* –respondió Damia enfurecida al comprobar que su madre estaba al tanto de aquel incidente.

–Damia –dijo Jeff molesto–, tu madre es la única persona en la galaxia que comprende tus problemas... –Entonces ¿por qué permitió que me marchara con Isthia? –respondió Damia sin pensar lo que decía.

–Porque, mi querida hija, tú eras la criatura de cuatro años más recalcitrante, irritable e incontrolable del mundo. Tu madre se encontraba muy enferma durante su embarazo para hacerse cargo de ti. Fui yo quien hice que te marcharas, no tu madre. No fue una decisión suya, y se opuso a mis designios. Pero ambas sois tan parecidas...

Damia refunfuñó. Ella no se consideraba igual a su madre. No había ningún punto en común entre ellas. Era la hija de Jeff, y tenía sus mismos cabellos negros, sus mismos ojos azules y su misma elevada estatura. Ezro, sí, y Larak, también, pero no ella. Desde luego, Damia admitía que su madre tenía un talento psiónico verdaderamente potente y diverso, ya que de lo contrario no sería la Principal de Calixto, pero Damia era tan fuerte como ella, y por añadidura tenía la ventaja de aquella habilidad catalítica.

–Bueno, hija mía –le dijo Jeff–, algún día lo comprobarás y entonces me sentiré libre de este remordimiento. Tanto tu madre como yo te queremos mucho y nos sentimos muy orgullosos de ti, así como de la forma con que has sabido cumplir tus responsabilidades en Auriga. A decir verdad, no tengo motivos para disgustarme contigo.

Damia se arrojó en los brazos de su padre, el cual la abrazó cariñosamente.

–Pero volviendo al tema que nos ocupa, te agradecería que me dijeras más cosas sobre esa gente que te rodea –le dijo su padre cambiando bruscamente de tono–. Diré a Afra que vaya directamente a ese sitio. Confío en su imparcialidad.

Damia se esforzó en encontrar un argumento que justificara lo que su padre acababa de decirle, pero éste ya no se hallaba en comunicación con ella. Probablemente se hallaba ocupado en otro problema.

«¿Imparcialidad? ¿Afra?», se dijo Damia para sí; y sus palabras le sonaron extrañas dentro de su pequeña cápsula personal.

¿Qué había querido decir su padre con aquellas palabras? ¿Por qué confiaba en la imparcialidad de Afra? ¿Por qué creía que éste era más capaz que ella para identificar o valorar un aura extraña?

Pero Afra iba a venir a Auriga.

Después de haber roto contacto con Damia, Jeff no volvió inmediatamente a sus problemas. Se puso a reflexionar sobre los ingeniosos aspectos de aquel enérgico contacto con su hija. La mente de Damia era tan brillante como Iota de Auriga y casi tan estable como la superficie activa de cualquier estrella. Había sabido captar todas las facetas de aquellas reacciones al mencionar ciertas referencias. Observó con satisfacción algunas evidencias de naturaleza emocional, excepto al referirse a su madre y a Afra.

Damia había olvidado a sabiendas lo que Jeff recordaba con más pasión sobre el día en que la envió a Isthia para que se criara allí. Había sido a Afra, y no a su madre, a quien la pequeña Damia, cuando tenía cuatro años de edad, había querido y llorado. La decisión de enviar a Damia con Isthia había sido una de las más duras que había tenido que tomar, personal y profesionalmente. Pero Rowan se había puesto muy enferma con el embarazo de Larak. Y Damia, utilizando sus extraordinarias facultades mentales, había convertido la vida del clan de Raven en un puro infierno: trasladándose y llevándose todo lo que a su fantasía le apetecía, sin discriminación de ninguna clase, al sistema estelar. Sólo Afra tenía cierto control sobre ella, y éste tenía que estar forzosamente en la Torre de Calixto. En aquel ambiente sereno de Isthia, de suave disciplina, Damia había aprendido a controlar su indocilidad. Y también se había beneficiado del régimen. Se sentía orgullosa de Isthia. Era extraño que Damia aún censurara a Rowan por su separación.

—Rowan —llamó Jeff a la Torre de Calixto, y sintió que su esposa estaba descansando. Asimismo supo que los intercambios de cargamentos de ropas con Calixto se llevaban a cabo desde la zona cercana a la Tierra.

La mente de Rowan le acarició con dulzura, como si estuviese encantado con su presencia, a pesar de que hacía pocas horas habían desayunado juntos.

—Escúchame. Damia ha tenido contacto con algo extraño. Compruébalo.

—¿Algo extraño? ¿Cerca de Damia? —preguntó alarmada. Los sentimientos maternos habían dado paso a su curiosidad profesional, ya que Rowan había espiado la reciente experiencia de Jeff más allá de Auriga—. Desde luego, Afra puede ir. ¿Pero cómo es posible que Damia piense que Afra no puede cumplir su cometido?

Siempre lo ha hecho, y nunca me he fiado más de otro T-3 que de él.

—Eso es muy cierto —respondió Jeff en voz baja para evitar que Rowan pudiese estar, escuchando—, pero si no conozco a Afra tan bien como creo conocerle...

—Jeff Raven, nunca ha habido un solo pensamiento entre Afra y yo que...

Jeff se echó a reír y ella le respondió indignada:—En este instante me siento muy tranquila de que Afra vaya con Damia. Me doy perfecta cuenta de lo sola que debe de sentirse...

—Si no hubiera sido tan arisca con todos los demás jóvenes T-eminentes, no se encontraría tan sola —respondió bruscamente Jeff antes de que Rowan comenzara a

desahogarse preguntándole en qué había «fallado» en la educación de su hija—. Bueno, ¿se encuentra Afra en este momento en *gestalt*?

—Exactamente aquí. Dejaré dos hombres con él.

Desistiendo de aplacar los furibundos sentimientos de su esposa, Jeff la acarició con afectuosos pensamientos antes de que sintiese que la mente de Afra le tocaba.

—¿Está usted seguro que es solamente un T-3?

—Después de todo me encuentro en *gestalt* —respondió Afra con toda naturalidad—. Y después de haber estado veinte años en presencia del magnífico Raven, incluso un T-3 de baja graduación llega a aprender varios trucos. Dada la expresión que he observado en el rostro de Rowan me he dado cuenta que han estado discutiendo sobre Damia. ¿Por qué se encuentra ahora allá arriba?

Damia acababa de regresar a Auriga cuando se enteró de que Rowan había advertido a la torre sobre la transmisión de una cápsula personal.

—¡Afra! —exclamó Damia acercándose a su madre.

—¡Damia! —dijo Afra acercándose a ella con precaución. Pero fue demasiado tarde. Sin esperar a que Rowan pusiera en funcionamiento la cápsula en dirección a Auriga, Damia condujo alegremente el artefacto directamente desde Calixto, sin preocuparse de que su madre se enfadara ante tal falta de protocolo.

Lamentó haber llevado a cabo aquel acto apenas lo hubo realizado. Pero ahora la cápsula de Afra se estaba abriendo y éste saltaba por la escotilla. Damia no habría fallado en su intento de ser una simple T-15. El permaneció de pie, mirándola fijamente, adivinándose en su rostro que seguía siendo el de siempre. Damia se preguntaba irritada cómo había llegado a pensar que Afra cambiaría de carácter. ¿Se habría dado él cuenta de que ella sí había cambiado? ¿Y se dignaría Afra tener esto en cuenta?

Damia salió de su cápsula y se puso muy erguida delante de él como si tratara de nivelar la diferencia de estatura entre ambos. Aunque ella era muy alta, algunas pulgadas más que su madre, sólo llegaba hasta el hombro de Afra.

—Creo que debes disculparte ante tu madre, Damia —le dijo Afra con un tono de voz que reflejaba la paz interior que en aquel momento sentía—. Isthia te enseñó buenos modales, aunque nosotros no pudimos.

—Vosotros también lo intentasteis, pero fue demasiado tarde, ¿no te parece?

La réplica había salido de sus labios antes de que pudiera evitarlo. ¿Es que Afra siempre tendría tanta influencia sobre ella?

Este inclinó la cabeza a un lado y la contempló fijamente. Damia también le observó detenidamente, pero Afra le sostuvo la mirada.

—Has estado afligiendo innecesariamente a Jenna, Damia. Ella recurrió a mí por ser el varón más próximo de su clan y porque no quería que Jeff se enterase de tu indiscreción.

—¡Pues fue muy lista escogiendo! —respondió Damia. Luego, comprendiendo el tono desairado de su respuesta, le tendió las manos como en un gesto de súplica para que la disculpara.

Podía sentirlo a través de sus barreras mentales, y, por un instante, se preguntó sí, después de todo, él sería capaz de comprender la gran familiaridad existente entre los telépatas. Pero, ante su asombro, él le acarició las manos suavemente, con cariño,

produciendo en ella una sensación indefinida de seguridad: aquello demostraba el desdoblamiento físico-mental existente en él.

Luego, sonriendo, hizo un gesto para demostrar que estaba halagado por las palabras de Damia, aunque en aquel instante le pareció un bebé desnudo envuelto en una toalla de baño.

Damia le miró a la cara y se olvidó del hijo de Larak.

–De acuerdo –dijo ella sonriendo–. Haré todo lo que tú quieras.

–Sí, pero a su debido tiempo –respondió Afra en tono amistoso mientras echaba una mirada a su alrededor.

El había visto a Auriga en otras mentes, pero la luz solar de color ámbar era más grata a sus ojos que la de tonalidad amarilla existente en la Tierra, por lo que Auriga no era un mundo oscuro para él, sino un lugar de descanso. La suave brisa que descendía desde las cimas de las montañas cubiertas de nieve era ligeramente húmeda, y la atmósfera tenía un alto contenido en oxígeno.

–Es muy hermoso tu mundo, Damia.

Damia le sonrió, mientras sus ojos tan azules brillaban a través de sus largas y negras pestañas.

–Sí, es un mundo joven, vigoroso y encantador. Ven a ver dónde vivo –le respondió ella cogiéndole de la mano y conduciéndole a su morada.

La casa de Damia se hallaba en una alta meseta por encima de la ruidosa metrópoli; la ciudad más grande de Auriga y, al mismo tiempo, el cuartel general de la bella joven. Aquel lugar daba la impresión de tener una vitalidad de la que carecía la Tierra. Afra se sentía estimulado en aquel sitio.

–Sí, es un lugar encantador –repitió Damia, mientras trataba de penetrar en el fondo de los pensamientos de Afra. Luego dirigió su mente al descubrimiento que había hecho aquel día, explicándole a Afra exactamente lo que había ocurrido–: Se trata de algo que no había visto en toda mi vida.

–Supongo que no pensarías que tenía que ser algo familiar, ¿no te parece? –comentó Afra sonriendo.

–Es que el hecho de que hayan venido de otra galaxia no implica forzosamente que no sean humanoides –insistió ella.

A Afra no le agradó su respuesta y se dirigió a la sala de estar.

–Voy a darte tu proteína favorita, la que tanto te gusta –respondió Damia cambiando de conversación.

–Por favor, no te molestes por mí.

–No es ninguna molestia –dijo ella, mientras le mostraba sus reservas de alimentos almacenadas en aquella casa a tantos años-luz de la Tierra.

–Eres una perfecta ama de casa que está pendiente de todo lo que hace falta en su hogar –le dijo Afra a título de cumplido–. Y, cambiando de tema, ¿has pensado alguna vez en la probabilidad de la llegada de esos seres extraños?

–Estaré segura de ello cuando haya podido calcular su velocidad relativa –respondió Damia pensativamente–. Dentro de un par de días tendré alguna idea de ello.

Afra la contemplaba mientras desempeñaba sus funciones domésticas. Igual que a la mayoría de los T-I, a Damia le agradaban las labores caseras y ella misma se encargaba de

conservar su hogar en perfecto estado, haciendo todas las cosas con sus manos, sin utilizar todos esos aparatos electrodomésticos que la mayoría de las amas de casa consideran una necesidad. Pocos minutos después, Afra tenía ante sí una succulenta y apetitosa comida.

–¿Es que nunca podré impresionarte con lo que hago? –le preguntó sarcásticamente Damia.

–¿Para qué quieres impresionarme? –le preguntó, aparentemente sorprendido–. Te conozco perfectamente, hasta tus más recónditos pensamientos.

–Pues la familiaridad siempre trae desavenencias.

–Desavenencias, no, sino comprensión. Sobre todo en el nivel en que nos hallamos. Aunque en tu caso concreto siempre acarreas confusión. Pero dejemos esto ahora. Esta comida es excelente, cocinada tal como a mí me gusta.

Damia le miró por encima de la mesa y, prescindiendo deliberadamente de los modales educados de los T-1, cogió con la mano un pedazo de carne en salsa y se lo metió en la boca sin verter ni una gota. Pero al ver que Afra no se había fijado en aquel detalle, cogió un tenedor.

–Dime, Damia, ¿debo encargarme de todo el trabajo y dejarte en libertad para que te encargues de la vigilancia?

–En estos instantes no tenemos un tráfico muy intenso. En este sistema eso ocurre entre las épocas de las cosechas, y la manufacturación es lenta durante los meses siguientes. Pero a pesar de todo, siempre hay la misma cantidad de turistas.

–¿Qué les dices a los demás miembros para justificar tus ausencias?

–Me limito a decirles que he estado descansando. ¿Puedo contar contigo para que vigiles FT & T? ¿De acuerdo? Te lo pregunto por si alguno de esos cerebros tarados trata de localizarme –dijo Damia desdeñosamente.

–Desde luego que sí –asintió Afra.

Damia captó el deje de ironía que había en las palabras de Afra y estuvo a punto de contestarle con brusquedad, pero se contentó con seguir comiendo antes que darle esa satisfacción.

Desde luego era algo insólito este contacto con seres vivientes de otra posible galaxia, pero a pesar de ello Damia no sentía el menor pánico ni ninguna intención de huir. Dada su posición, ella sabía cuál era su deber y qué era lo que debía hacer en un caso de emergencia.

Desde luego, esto no quería decir que no hubiera habido pánico dentro del complejo de los Mundos Confederados con ocasión de huelgas, revoluciones, problemas ecológicos y en casos de exigencias excesivas de los pioneros. Por acuerdo mutuo, las comunicaciones instantáneas entre los planetas no podían implicar forzosamente el desarrollo de un sentimiento de terror en aquellos otros planetas no relacionados con el mismo caso de emergencia. El Gobierno de los Mundos Confederados controlaba los informes de todas las disputas locales, las cuales eran comunicadas al mismo por los jefes de FT & T. La política interestelar o los desastres naturales no debían afligir más aún a las poblaciones, motivo por el cual no se les ponía al corriente de ello. Los jefes tenían la opción de retener o difundir aquellos informes que pudieran afectar a las minorías existentes dentro de su jurisdicción, pero los códigos de todas las comunicaciones podían ser requeridos por vía legal.

Damia apoyó sus mejillas en las manos y miró seriamente a Afra por encima de la mesa. Luego le dijo:

–Llevabas mucha razón al censurar mi conducta para con Larak y Jenna. Pero es que quería saber qué significaba estar enamorada y tener un hijo.

–¿Y?

–Pues creo que, aparte de hacer daño, su precio es demasiado alto.

–No pareces estar muy segura de lo que dices.

Damia inclinó la cabeza y se puso a trazar círculos sobre la superficie de la mesa con su dedo índice.

–Tiene que ser muy distinto al hacerlo uno mismo.

A Afra le costó mucho contener un sentimiento de terror al oír aquellas palabras. Sin duda alguna, Damia hablaba inconscientemente, pero sus pensamientos estaban relacionados con la posible llegada de aquellos seres de otros mundos y con su deseo de ser madre. Durante una milésima de segundo, Afra tuvo una impresión aterradora, espantosa.

–¿Por qué, Afra, por qué? –continuó Damia sin hacer caso de la reacción que había producido en él y absorbida por un sentimiento de piedad para consigo misma. Se levantó rápidamente de la mesa y se colocó junto a la pared de la ventana. Afra pudo ver reflejadas en su rostro su frustración y su amargura–. ¿Por qué tengo que estar siempre sola? Rowan encontró a Jeff, ¿pero dónde encontraré yo a alguien que me quiera?

–Vamos, Damia, has estado en contacto con todos los individuos de un talento psiónico por encima de la Clase 7 en los Mundos Confederados...

–Esos individuos... –y Damia se interrumpió haciendo un gesto despectivo.

–Recuerdo que el joven Nicos, el T-5 que trabajaba con Jeran en Deneb estaba muy enamorado de ti. De modo que tranquilízate y piensa que...

–¡Nicos! –exclamó Damia abriendo desmesuradamente sus ojos–. ¡Ese adolescente tan revoltoso! Hace unos cinco o seis años al menos era de otro carácter, pero ahora es insoportable.

Afra estaba acostumbrado a aquel tipo de discusiones. Damia había comenzado a interesarse por las personas del sexo contrario desde muy temprana edad. Hubo una época en que le habría gustado exteriorizar aquel sentimiento tan profundo que le dominaba, pero después de tener en cuenta todas las consecuencias había llegado a la conclusión de que lo único que podía hacer era esperar. Sabía demasiado bien cuán doloroso tenía que ser para Damia el observar a las demás parejas gozando de los deleites sólo reservados a los telépatas y de los que ella estaba tan ansiosa. Generalmente, a Damia le agradaba hablar, pero aquella noche se hallaba presa de una nueva tendencia oculta, de algo extraño que la dominaba, de algo peligroso por su intensidad. A causa de esto, Afra le preguntó con mucha cautela:

–¿Es ése el motivo por el que estás tan ansiosa esperando la llegada de esos seres extraños? ¿Crees que serán parecidos a nosotros desde el punto de vista étnico? ¿Acaso piensas que uno de esos seres se ha enamorado de ti y va a cruzar el espacio para acudir a tu lado?

Damia se volvió hacia él y le miró fijamente, con el rostro dominado por la rabia. Por un instante pensó incluso pegarle, pero se limitó a responder:

–Haz el favor de no criticarme sarcásticamente.

Afra inclinó la cabeza como queriendo disculparse por sus palabras.

–Creo que será mejor que duermas un poco –le dijo Afra con suavidad mientras la empujaba amablemente hacia su dormitorio.

–Tienes razón. Estoy cansada, Afra, y excitada, y además creo que soy un poco tonta. Lo que ocurre es que algunas veces... tengo la impresión de que no soy más que un «estibador» mental, no una persona. Luego sucedió esto... y tuve... la fantástica oportunidad de establecer comunicación con la mente de unos seres extraños de otra galaxia...

Una vez más, Afra se dio cuenta de la indudable e inconsciente supresión de un pensamiento dentro de aquel remolino de ideas que se agitaba en la mente de Damia. Estaba muy cansada; su debilidad era patente.

Damia se volvió y se dirigió a su dormitorio. En aquel momento el sol se ponía en el horizonte bañando la meseta con sus rayos naranja. Mientras Afra contemplaba extasiado el espectáculo, a su mente acudió la conversación que habían sostenido aquella tarde. Después esperó hasta que la actividad mental de Damia desapareciese con su sueño. Luego, él también se fue a la cama. Mientras se hallaba en ese estado intermedio entre el sueño y la vigilia, se preguntó si dispondría de fuerzas suficientes para contender con una tercera generación de mujeres Raven.

Al día siguiente, ambos comenzaron de nuevo la rutina de siempre. Damia se encargó primero de todos los preparativos para las largas distancias. Luego, una vez hubo realizado la labor principal, partió hacia el espacio, dejando que Afra se encargara de las demás operaciones.

Aunque la función de un jefe era bastante complicada, a Damia le bastaron dos minutos para transmitir mentalmente a Afra todo lo que tenía que hacer para solucionar los problemas más inmediatos y dirigir la estación durante su ausencia. Por lo demás, Afra tenía a su disposición un «banco de memoria» para aquellos casos imprevistos en que necesitara más información. Cuando los talentos focales del *gestalt* estaban centrados, era imposible no captar ni una sola pulsación de los cuarteles generales del Sector de Auriga. Esto le agradó a Afra, ya que le permitía utilizar el *gestalt* de la estación para ponerse en comunicación con Jeff sin que Damia se enterara. Ella se encontraría muy atareada tratando de ponerse en contacto con aquel extraño ser de alguna galaxia para preocuparse de lo que Afra estuviera haciendo. Por otro lado, aunque ella dudara de su habilidad en el manejo de la estación, no tenía más remedio que confiar en él por imperativo de las apremiantes circunstancias.

Teniendo en cuenta las distancias intergalácticas, aquellos extraños *seres* se acercaban a una velocidad de tortuga; pero su velocidad era mayor que la de la luz. Pasó una semana antes de que Damia regresara, con nuevas noticias, de su viaje por el espacio. Desde el campo de aterrizaje se dirigió directamente a la sala de estar de su casa, donde Afra se hallaba descansando. –He conseguido establecer un contacto individual –exclamó–. ¡Y qué mente tenía ese extraño ser! –continuó sin darse cuenta de los celos que sus palabras despertaban en Afra y que éste apenas podía disimular–. Y qué sorpresa se llevó.

Desde el mismo momento en que Damia había entrado en la sala de estar, Afra se dio cuenta de que se refería a una mente masculina.

–¿Se trataba de un ser extraño importante? –le preguntó Afra como si estuviera interesado en ese detalle.

–No podría asegurarlo. Es tan... diferente a nosotros –exclamó ella–. Apenas me vio, dio la vuelta y se marchó. La distancia era inmensa y no pude observar nada concreto en sus pensamientos.

Damia se calló y a continuación se tendió en el diván, mientras exclamaba:

–Estoy agotadísima. Tendré que dormir un poco antes de comunicar esta noticia a Jeff. Para ello no me importa utilizar la estación.

Afra aceptó rápidamente la sugerencia de Damia, y luego aguardó hasta que se quedara profundamente dormida. Prescindiendo de toda ética, Afra trató de alcanzar aquella experiencia en su mente por debajo de todo nivel emocional, llegando a la conclusión de que todo aquello le abrumaba, le anonadaba. ¡Damia se estaba exponiendo a un gran peligro! Afra sintió miedo de que le ocurriese algo. A su juicio, ella debería atenerse simplemente a su papel de jefe y dejar de viajar por el espacio en busca de peligrosas aventuras.

Después de algunas horas de sueño, el poder mental de Damia se hallaba más apaciguado y se dispuso a comunicar a Jeff lo que le había ocurrido aquel día. Una vez que hubo terminado, Jeff se puso en comunicación mental con Afra para saber qué había de verdad en todo lo que había dicho Damia, pero Afra no pudo hacer otra cosa que confirmarle todo lo que ella le había contado, sin hacer mención a su extraño presentimiento sobre lo sucedido.

Al día siguiente, Damia se apresuró a despachar su trabajo y partió rápidamente hacia el espacio. Y Afra, una vez más, tuvo que esperar su regreso como ya lo había hecho en otras ocasiones durante muchos años. A su vuelta, el rostro de Damia mostraba tanto júbilo, que Afra no pudo contener sus celos.

Tres días después, por la mañana, cuando Damia se sentó en su puesto de la torre de control y volvió a apresurarse en su trabajo, Afra no pudo contenerse y le llamó la atención. Ella no hizo caso alguno de aquella reprimenda, y, rápidamente, se preparó para lanzarse al espacio y acudir ansiosamente a la cita con aquel extraño ser de otra galaxia. Cuando regresó aquella misma tarde, estaba tan agotada que se tendió inmediatamente en el diván de la sala de estar. Afra aprovechó la ocasión para decirle con tono firme: . – Mañana iré contigo.

–¿Para qué? –le respondió ella mirándole fijamente a los ojos como si temiera algo.

–Te olvidas de que tengo órdenes estrictas del Principal de la Tierra para comprobar el aura de estos extraños seres. Tú no dispones de experiencia para saber si se trata de una reinvasión por las mismas gentes que atacaron Deneb hace veinte años.

–Pues Sodan me dijo que nunca habían tenido contacto con ningún ser sensitivo –le respondió ella. –¿Sodan?

–Así es como él se identifica –dijo Damia sonriendo mientras se reclinaba en el diván.

A Afra le extrañó saber que aquel extraño ser tuviese un nombre. Aquello le hacía parecerse a los seres humanos. Tampoco le agradó que Damia pronunciase su nombre con tanta ternura.

–Basta –respondió Afra–, no necesito que me lo presentes. Lo único que necesito es comprobar el aura. Sabré en un instante si existe algún vínculo con nosotros. Asimismo,

procuraré que no recele del contacto que ha establecido contigo. Nunca sabrá que he estado allí.

–¿Por qué estás tan cansado? –le preguntó Damia. –He estado trabajando todo el día –respondió Afra maliciosamente con el fin de irritar a Damia. El hecho de que lo consiguiera le demostró que Damia sentía algo por aquel extraño ser llamado Sodan. De todas formas, no tenía ninguna importancia si aquel Sodan pertenecía a la raza que Jeff y Rowan habían combatido hacía años. Era una amenaza para él.

Afra pasó toda la tarde pensando en aquel extraño ser. Damia, al recordar el éxito que había tenido aquel día, no hizo el menor caso de Afra y se refugió en sus pensamientos.

Al día siguiente, una vez terminado el trabajo, Afra y Damia penetraron en sus respectivas cápsulas. Afra siguió de cerca la trayectoria de Damia, manteniéndose en silencio apenas llegaron a la zona donde ella debía ponerse en contacto con el aura de Sodan. Entonces Damia enlazó con Afra y se puso en contacto mental con la nave espacial. Apenas aquel extraño ser de la nave espacial se puso en conexión mental con Damia, Afra se dio cuenta de lo que ocurría: podía ver muchas cosas, pero lo peor es que había otras que eran invisibles.

Al comprobar que Damia no podía ver, o no conseguía ver lo que ocurría, Afra tuvo un presentimiento de peligro. *Nada*, exceptuando la mente de Sodan, era visible; y nada, exceptuando la mente de aquel extraño ser, era detectable. Aquel ente misterioso tenía un cerebro muy poderoso. Afra no podía concretar realmente lo que estaba sucediendo, pero después de hacer un esfuerzo llegó a la conclusión de que iba a ocurrir un desastre.

Era evidente que aquel Sodan no pertenecía a la raza de la invasión anterior. Sin duda alguna había estado viajando durante mucho tiempo por el espacio a gran distancia de la Tierra.

A Damia no se le ocurrió que Afra llegaría a darse cuenta de esto. Pero, en verdad, Afra sólo había llegado a descubrir este hecho. Tampoco pudo saber si Sodan era el foco de otras mentes existentes en su nave espacial o si estaba en conexión con alguna fuente especial de energía de la nave. Haciendo un gran esfuerzo, Afra trató de penetrar a través de la pantalla visual o por lo menos a través de la aural. Todo lo que pudo captar fue un ligero murmullo de actividad mecánica y el elevado grado de calor de elementos pesados.

Desilusionado, Afra se dio por vencido, dejando a Sodan y a Damia intercambiar sus pensamientos; un intercambio que él interpretó como una especie de cortesía entre dos seres enamorados. Regresó a Auriga y se fue a descansar a la torre de control. Luego trató de ponerse en comunicación con el cuartel general. Jeff Raven había desplazado al joven Larak cerca de Auriga con el fin de facilitar las comunicaciones.

Afra trató de convencerse a sí mismo de que Damia no había omitido nada en los informes que le facilitó a él y a Jeff. De todos modos siempre cabía la posibilidad de que, dominada por sus sentimientos hacia Sodan, hubiese tergiversado los hechos, si bien todos sabían que ella se había vanagloriado siempre de ser insensible a toda clase de sentimientos.

–Larak –llamó Afra, manipulando en los mandos de transmisión al mismo tiempo que proyectaba su potencial físico-mental en el espacio para ayudar a Larak a ponerse en contacto con su mente.

–Hombre, ya veo que te han hecho una jugarreta –se oyó la voz aguda y penetrante de Larak al contestarle.

–Bueno, dejemos esto y dile a Jeff que este Sodan...

–¿Pero es que ese extraño ser tiene un nombre?

–Tiene mucho más que eso, y Damia está reaccionando en un nivel emocional demasiado alto. Ponte en comunicación y dile que quiero que él y Rowan estén en contacto directo conmigo y me llamen a cada momento. Se trata de un caso de emergencia. Una vez hecho esto, ponte inmediatamente en marcha y únete a mí. Es muy posible que necesite tu ayuda para rescatar a Damia y regresar a la estación espacial.

–De acuerdo, iré inmediatamente hacia allí.

Afra se recostó en su sillón y desconectó los generadores. Luego se puso a pensar en la suerte que había tenido de que Damia controlase un sector de la estación espacial con bajas ondas T, ya que de lo contrario habría captado lo que él acababa de transmitir a Larak.

Habría dado todo lo que tenía por poder manejar por sí mismo la mente de Sodan sin tener que apelar a Damia. Al cabo de muchos años, Afra había llegado a dominar el temperamento de Damia y controlar sus energías. Sí, ahora se consideraba capaz de manejarla a su antojo. Sin embargo, en aquel instante se veía impotente para apartar a Damia de aquel extraño idilio o para rivalizar con Sodan y apartarlo de ella.

–Caramba, parece que vas montado a caballo sobre un cometa en forma de elipse –dijo Larak a título de saludo mientras penetraba en la torre.

–Tu descripción es asombrosamente exacta –le contestó Afra poniéndole una mano en el hombro y pensando en la única cosa que le había ocultado en la transmisión.

–Se ve que el amor ha entrado al fin en el corazón de nuestra encantadora hermana, ¿no es así? –le dijo Larak con mucha alegría–. ¡Y con un ser extraño de otra galaxia!

–Sí, pero, desgraciadamente, con un ser extraño muy peligroso –añadió Afra–. Había extraños aparatos a bordo de su nave espacial; materiales demasiado pesados para una nave que se encuentra en una misión de mera exploración pacífica. Todo esto me hace pensar que quienquiera que encomendó a Sodan esta misión *sabía* que nuestra civilización está en un nivel muy avanzado.

–Sí, es algo para extrañarse –respondió pensativamente Larak–. ¿Conseguiste detectar alguna comunicación con los de su propia raza?

–Había una tremenda fuente de fuerza en su nave, y por eso no pude penetrar en su mente. No, no pude. Ni Damia tampoco –dijo Afra levantándose y poniéndose a pasear por la estrecha torre.

–¿Es posible entonces que él haya informado a los suyos del contacto que había establecido?

–No puedo responder a tu pregunta –respondió Afra en un tono de frustración e impotencia.

Larak captó algo extraño en la mirada de Afra y le contestó lentamente:

–Sería una vergüenza el tener que destruirlo.

–Seríamos muy afortunados si pudiéramos –exclamó Afra–. Sí, Larak, esa mente es idéntica o acaso superior a la de Damia. Podría destruirnos... a todos nosotros.

–Entonces tenemos que actuar rápidamente, lo antes posible, antes de que Damia sospeche de nuestras intenciones –respondió Larak con decisión.

Ambos se dirigieron a los aparatos transmisores y comunicaron a Jeff y a Rowan cuál era la acción que pensaban emprender.

–¿Pero están seguros de las intenciones de ese extraño ser? ¿No es posible que esté tan sólo en una misión pacífica de exploración? Yo tomaría mis precauciones si me encontrase con una mente así en el espacio exterior –respondió Rowan–. ¿Por qué tenemos que destruirlo? ¿Acaso vamos a pedir a Damia que lo destruya?

–No podemos llegar hasta ese extremo sin su consentimiento, sin antes explicarle la situación en que nos encontramos –explicó Jeff–. Tenemos que explicarle lo peligroso que es Sodan.

–Damia cada día regresa a Auriga un poco más cansada que el día anterior –dijo Afra lentamente–. Sospecho que Sodan se ha dado cuenta de que debe agotarla antes de que ella sospeche de sus intenciones.

–¿Es que piensa raptarla y llevársela a su galaxia? –gritó furiosamente Rowan.

–No seas tonta, mamá –dijo Larak.

–No es eso, Rowan –le contestó Afra–. Sospecho que Damia fue una sorpresa para Sodan lo mismo que Sodan para ella.

–Cuidado, Damia está regresando –intervino Larak.

Al principio Afra no pudo comprender cómo Larak había podido detectar la presencia de Damia sin estar ésta aún a la vista, pero luego recordó que durante la infancia de ambos se había establecido un lazo entre ellos que permitía a Larak detectar la presencia de Damia cuando ésta aún estaba a mucha distancia. Y, efectivamente, momentos después la cápsula de Damia aterrizaba en Auriga.

–Larak, creía que estabas cerca de mí –gritó jubilosa Damia al salir de la cápsula y ver a su hermano.

–¿Solamente lo creías? Generalmente sueles saberlo con certeza –le respondió Larak–. Se ve que ese ser misterioso te tenía tan absorbida que olvidaste este detalle.

Damia enrojeció y su hermano se echó a reír.

–Creo que debo tener un encuentro con ese ser tan misterioso –exclamó Larak.

–Siempre tuve la impresión de sentir algo extraño y de verme arrastrada por alguna razón especial –dijo Damia con los ojos brillantes–, ¡y ahora sé lo que es!

–Si no bajas la «voz», todo el sector se enterará en un instante –intervino Afra, viendo que Larak estaba a punto de sufrir un *shock* al ver a su hermana expresarse de una forma tan exaltada y diciendo aquellas cosas tan raras.

Poco a poco Damia se calmó. Luego, dirigiéndose a su hermano, le dijo:

–Supongo que habrás llegado con mucho apetito.

Larak se volvió con una inocente expresión en su rostro.

–Ten en cuenta que soy un muchacho en pleno desarrollo y necesito comer. En cuanto a Afra, mientras tú estabas allá arriba coqueteando con ese ser misterioso, cada día se sentía más agotado, flaco y hambriento.

Damia miró de reojo a Afra.

–Sí, ya veo que pareces cansado. Bueno, vámonos todos a casa y comamos. A propósito, Larak, ¿cómo es que te encuentras aquí?

–Oh, es que nuestro padre quería que le echase una mano a Afra en el asunto de Procyon. Pero dejemos esto y dime, qué aspecto tiene la nave espacial de ese misterioso ser. ¿Está tripulada o funciona automáticamente?

Damia dudó por un momento mientras manejaba los mandos electrónicos de la cocina. Luego miró desconcertada a su hermano y le dijo:

–Oh, los hombres sois todos iguales. Sólo queréis saber detalles, detalles y más detalles.

–Desde luego que sí –respondió Larak–, pero si te molesta darnos estos detalles, a mí en cambio me fascina, y por ello estoy dispuesto a subir al espacio e informarme de los mismos personalmente.

–Tú no puedes llegar tan lejos –le dijo Damia.

–Entonces mañana te acompañaré en tu periplo espacial y lo comprobaré todo por mí mismo.

Damia dudó durante un instante, mirando a Afra para solicitar su apoyo; pero éste se limitó a encogerse de hombros.

–Por el amor de Dios, Damia, éste no es el momento para sentir timidez –observó su hermano.

–Yo no siento ninguna timidez –respondió ella irritada–. Lo que ocurre simplemente es que... es que...

–¿Qué es lo que tratas de ocultarme? –le preguntó Larak excitado–. ¿Acaso te has enamorado de ese ser misterioso? ¿Cómo sabes si tiene algún parecido con los hombres?

–El es una mente auténtica, una brillante y poderosa mente –respondió su hermana defendiendo apasionadamente a aquel ser misterioso que había encontrado en el espacio.

–Todo eso sólo sirve para comentarlo junto al fuego, pero no para el matrimonio.

Damia enrojeció de furia y de indignación, reflejándose en su rostro el embarazo que le había producido el comentario de su hermano.

–Eres... insoportable –le respondió–. De no haber sido por mí, en este momento no estaríais enterados de la existencia de ese ser extraño. –¿Enterados? –dijo Afra extrañado. – Me refiero al encuentro que tuve con él y a las consecuencias que podrían derivarse del mismo –respondió Damia–. Por lo demás, Afra estuvo en contacto telepático con él, ¿no es así?

–Sí, tengo que admitir que es una mente muy brillante –asintió Afra moviendo la cabeza.

–Ah, ya veo que estás celoso; eso es todo –dijo Damia mirando a Afra a los ojos, fijamente, sin pestañear. –¡Cuidado, que se te está quemando mi comida! –exclamó su hermano Larak.

–Ah, y luego dicen los hombres que nosotras, las mujeres, somos unas charlatanas –dijo Damia mientras apartaba rápidamente la sartén del fuego–. Ha sido un milagro que no se haya quemado nada.

Todos se pusieron a comer en silencio mientras Larak y Afra se concentraban para mantener en contacto sus pensamientos. No tenían más remedio que hacerlo, ya que Damia se había refugiado completamente en los suyos ignorándolos.

–Es posible que este Sodan te haya asombrado mucho, pero ello no ha afectado en nada tu excelente forma de cocinar –dijo su hermano Larak con cierta ironía.

Damia era demasiado femenina para no sentirse complacida por las palabras de Larak.

–Supongo que ese extraño Sodan no será un espía que ha venido a informarse y preparar las cosas para una segunda invasión con gentes de su raza –le preguntó Larak a su hermana.

–No –respondió Damia–. A pesar del breve contacto telepático que he sostenido varias veces con él, he llegado a la conclusión de que lleva viajando por el espacio durante más de veinte años.

Larak dio un silbido, sorprendido por lo que Damia acababa de decir.

–¿Trataste de comprobar si había algún otro detalle que mi querida hermana omitiese? –preguntó dirigiéndose a Afra.

–No. No había ninguna imagen visual evidente, y yo me limité tan sólo al reconocimiento.

–Tiene ojos –intervino Damia exaltada–. Discutimos el concepto de la visión. Además hay que tener en cuenta que él era el que controlaba la nave espacial. Por otra parte, sus energías tenían que ser enormes para poder acercarse a mí y, al mismo tiempo, gobernar a la tripulación de la nave.

–Creo que necesitas un buen sueño, mi querida hermana, pues has llevado a cabo una labor muy importante –le respondió con ironía su hermano.

–Pues tú, en mi lugar, no habrías hecho ni la mitad de lo que yo he hecho.

–¡Vamos, amigos míos, dejad de discutir! –intervino Afra autoritariamente.

Damia y Larak se miraron el uno al otro y después se callaron, pues siempre habían obedecido las órdenes de Afra.

–Bueno, idos los dos a la cama –añadió Afra–. Discutiendo no ganamos nada. En cuanto a ti, Damia, veo que has cambiado mucho desde que volviste con Isthia cuando apenas tenías cuatro años de edad. Me preguntó cómo pudo tu padre tomar la decisión de darte un puesto importante en Auriga.

–Si hay algo que me moleste más que esa costumbre de Larak de tratarme como si fuera una niña, eres tú, Afra, cuando te comportas como los de la «otra» generación –dijo Damia sarcásticamente, aún furiosa.

Afra se encogió de hombros, satisfecho de que sus palabras hubiesen podido poner fin a aquella discusión entre Damia y su hermano Larak. Luego añadió:

–Al menos, el representante de esta generación tiene el suficiente sentido común para irse a la cama cuando se encuentra molesto y agotado.

Al día siguiente, a la hora del desayuno, nadie daba la impresión de haber dormido bien. En el rostro de Afra se reflejaba el esfuerzo que hacía para ocultar su tensión y ansiedad. Larak discutía con su hijo. En cuanto a Damia, había adoptado una postura defensiva. Por este motivo, cuando alcanzaron la torre los tres se hallaban silenciosos.

–Vamos, Larak, te llevaré conmigo –dijo Damia. –Estupendo. Ya veo que nuestro padre quiere que Afra regrese a Calixto esta misma noche.

–No, estás equivocado, Larak; Afra vendrá también para comprobar por segunda vez la situación.

Era una suerte que Afra no esperaba. Desde luego, él ya había pensado seguirlos sin que se dieran cuenta. A continuación accionó los mandos de los elevadores de tensión e indicó a Damia y a Larak que se introdujeran en sus cápsulas. Al mismo tiempo, se puso en

contacto con Jeff y Rowan para que estuvieran al tanto de toda la operación, y acto seguido se introdujo en su propia cabina.

–¿Existe alguna posibilidad de que nos hayamos equivocado con respecto a las intenciones de Sodan o al estado emocional de Damia? –le preguntó Rowan.

–En este momento no puedo asegurar nada –respondió Afra–, pero pronto lo sabremos. Como Larak puso en duda las afirmaciones de Damia sobre ese extraño Sodan, mientras discutían la otra noche, estoy convencido de que ella hará todo lo posible para demostrarle a su hermano que está equivocado.

Acto seguido, Afra se puso en contacto con Damia y Larak y los tres emprendieron el viaje por el espacio en dirección a la zona donde se hallaban Sodan y su nave.

–Ya veo que has dormido bien la pasada noche y que te encuentras despejada hoy –fue el frío comentario de Sodan a título de bienvenida.

Por un instante Damia temió que Sodan descubriese la presencia de sus acompañantes. Era muy posible que a Sodan no le agradara que esta vez hubiese acudido con refuerzos.

–Cada día estás más cerca de nosotros –empezó a decirle Damia.

Sodan la interrumpió preguntándole sorprendido: –¿Nosotros?

–Quiero decir mi planeta, mi gente... yo misma –respondió Damia tartamudeando. –Sólo me interesas tú.

–Pero mi pueblo también puede estar interesado en ti –repuso Damia.

–¿Hay mucha gente en vuestros planetas? –preguntó Sodan.

–Planeta –le corrigió ella.

Afra comprendió que Damia se estaba comportando con mucha diplomacia y discreción.

–¿Es que vuestro sol no posee varios planetas habitados?

–Precisamente por eso me gustaría saber un poco más sobre tus condiciones físicas –respondió Damia–. Después de todo, quizá mi mundo no tenga una atmósfera apropiada para tus condiciones físicas.

–Mis necesidades físicas se adaptan perfectamente a la atmósfera de cualquier mundo –respondió Sodan haciendo hincapié en las dos últimas palabras.

Fue Rowan quien se dio cuenta del fallo infinitesimal en el escudo protector de Sodan, y, simultáneamente, las cuatro mentes comenzaron a «golpearlo» para destruirlo. Sodan, sorprendido por este poderoso ataque, retrocedió en un movimiento de autodefensa, dirigiendo una feroz mirada hacia Damia por creer que era ella la que le atacaba.

–No, no, Sodan, no soy yo quien te ataca –gritó ella–. ¿Qué estás haciendo, Larak?

Afra hizo todo lo posible por convertirse en el foco de las otras mentes, pero sólo lo logró con la de Larak, Rowan y Jeff, ya que la de Damia sólo estaba en contacto estrecho con la de su hermano.

–Vamos, Damia, Sodan tiene que ser destruido antes de que él nos destruya a nosotros –dijo Larak decidido, aunque lamentaba aquella decisión, pues conocía los sentimientos que sentía su hermana por aquel extraño ser.

–¡No, no! –gritó Damia–. Le amo. Tiene una mente muy brillante.

Y al decir esto, puso toda su fuerza a favor de Sodan, dificultando con ello el ataque de Larak.

–¡Damia, es sólo una *mente!* –exclamó su hermano.

Por un instante, Damia quedó perpleja, ocasión que aprovechó Larak para seguir atacando a Sodan.

–¿Solamente una mente? –dijo ella mientras miraba en dirección a Sodan para que éste lo negara.

Larak se dirigió nuevamente a su hermana y le dijo:

–Naturalmente. Carece de visión y de voz. Es solamente un cerebro, incapaz de nada excepto de recordar emociones. Sodan sólo sirve para destruir. ¿Es que no te has fijado en todas las pesadas armas destructivas que lleva a bordo de su nave? ¿Acaso esto es corriente en una nave espacial dedicada exclusivamente a un pacífico viaje de exploración?

–Estás contra mí, estás contra mí –gritó Damia de repente sin darse cuenta de su ceguera–. Nadie quiere que yo sea feliz. El me quiere, y yo también le quiero.

–Si él no tiene nada que ocultar, dile que se deje ver –le dijo Larak cada vez más irritado.

–Déjame verte, Sodan –le gritó Damia desesperadamente.

Durante un minuto que pareció toda una eternidad, Sodan estuvo dudando sin saber qué hacer.

–Si pudiera hacerlo, lo haría –respondió finalmente en un tono suave y sincero.

Igual que una espada vengadora, la mente de Damia, que ahora comprendió la realidad de todo lo que pasaba, se unió a las de los demás en un intento de destruir al agresor. Damia acababa de darse cuenta del peligro que se ocultaba detrás de la impersonalidad de Sodan. La batalla se desarrolló en aquel inmenso espacio. Sodan, con la mente potenciada por el poder nuclear de su nave, era más fuerte que la de sus rivales. Consciente de su ventaja, su mente se «rió» de los inútiles esfuerzos que hacían sus oponentes por destruirlo.

Cuando Damia comprendió la terrible situación en que se encontraban ella y sus compañeros, hizo un esfuerzo supremo, se olvidó de sus románticas ilusiones y se alineó al lado de Larak para defender su sector. Sodan hizo también un esfuerzo para concentrar más poder en sí mismo. El ardiente fuego que alimentaba y catalizaba la mente de Damia, unido a la de los demás, frenó los átomos de la nave de Sodan dejándola en una posición de inestabilidad. Involuntariamente, y durante una milésima de segundo, Sodan vaciló sin saber qué hacer.

En cierta ocasión, hacía ya muchas generaciones, hallándose su mente dentro de un cuerpo, Sodan había respirado un aire extraño, había caminado por un camino desconocido, hasta que su cerebro fue escogido para llevar a cabo la increíble empresa de atravesar el abismo galáctico.

–A mi modo, te he querido –le gritó Sodan a Damia al darse cuenta que ésta se acercaba a la masa combustible.

La muerte de Damia, vulnerable en aquel instante a aquel ataque masivo, quedó abierta para él. Sodan aprovechó esta circunstancia para añadir:

–Pero nunca me quisiste. ¡Y él tampoco podrá nunca conquistarte!

Sintiendo que se le agotaban las fuerzas, Sodan, dominado por los celos, dirigió una fiera mirada en dirección a Damia. Acto seguido, su nave explotó.

Desesperadamente, sintiendo que sus energías disminuían, Damia se apartó para evitar los efectos de la explosión.

La muerte de Sodan, después de la explosión de su nave, produjo una onda mental de agonía que llegó hasta la estación de Auriga, donde el personal de la estación espacial, con sus cascos puestos, consiguió detectarla. Pero fue tan potente esta onda que llegó a alcanzar la Tierra, Calixto, Deneb e incluso Altair. Las tripulaciones de las naves, horrorizadas, encontraron a Jeffrey Raven y a Rowan inconscientes, tendidos en los asientos de la torre de control.

Jeran Raven, con un fuerte dolor de cabeza, se dirigió a los puestos de mando para ponerse en contacto con la cadena de FT & T y explicar a sus jefes que se había producido un caso de emergencia. Jeran pensó que era mejor esperar a que sus padres se hubiesen restablecido del todo antes de informar al Gobierno Federado del Mundo. Una vez logrado esto, sus jefes le ordenaron que se hiciera cargo de la flota defensiva y se dirigiera a Auriga.

Isthia se presentó urgentemente en el Cuartel General de la Tierra, y, con su ayuda, fue posible ponerse en contacto con la mente de Jeffrey y determinar la posición de las tres cápsulas.

A medida que se acercaron a la órbita, se pusieron a la escucha, pero no oyeron nada.

–Es muy posible –dijo Isthia– que los tres hayan chocado en la inmensidad del espacio. Y mucho me temo que a pesar de todo el poder de Damia...

–Damia no puede estar muerta –le dijo Jeran–. Por muy poderoso que fuese Sodan, Damia disponía de suficiente fuerza para destruirlo. Estoy convencido de que la encontraremos viva.

–¡Ah! –exclamó Isthia–. Ya los he detectado. Jeran se acercó a ella y le indicó la posición de la nave espacial principal T-3.

–Está viva –gritó gozoso–. Por un momento llegué a pensar que todos estaban muertos.

–Afra también está vivo, pero se encuentra muy débil. En cuanto a Larak... ¿cómo es posible que le haya afectado el foco?

Extrajeron a Afra de la cápsula, y Jeran, temeroso, aplicó sus manos a las sienes de su amigo. El cuerpo de Afra presentaba una posición fetal cuando fue extraído; parecía anquilosado.

–Se encuentra gravemente herido, Isthia. Dios quiera que se salve. Nosotros no podremos hacer nada si se queda paralizado psiónicamente para el resto de su vida.

Isthia se acercó a Afra y apartando las manos de Jeran de las sienes de su amigo, colocó suavemente las suyas.

–Lo único que puedo decirte es que tengo la impresión de que quiere morir. Su impulso vital es muy débil.

Acto seguido, Isthia comenzó a dar rápidas órdenes mentales a los médicos y, momentos después, éstos aplicaron inyecciones de emergencia para estimular la vida de Afra.

–Deja los sentimientos a un lado, Jeran, y ayúdame –dijo Isthia–. Se ve que quiere morir. Debemos ayudarle.

Jeran asintió con la cabeza y, aguantando la respiración, colocó sus manos en la cabeza de Afra, junto a las de Isthia.

Ambos trataron de reavivar la vida que se estaba apagando lentamente, mientras una angustia mental se apoderaba de ellos. Temían que las mentes de Afra y Larak no se hallaran ya en contacto, debido al tremendo ataque de que fueron víctimas por parte de

Sodan. Entonces, de repente, ambos se dieron cuenta que Afra deliraba, pronunciando palabras inconexas:

–Sodan la matará. Sodan matará a Damia. No, Damia, no lo intentes. He esperado durante mucho tiempo. No, Damia, por favor, no lo intentes, pues te matará.

–Damia está viva. Damia está con vida –le repitieron al unísono Jeran e Isthia–. Sí, Afra, Damia está viva.

Siguieron insistiendo, procurando despertar en Afra el deseo de vivir.

–Escúchanos, Afra, Damia está viva. Está descansando. Te está esperando –le susurró Isthia.

–Duerme, Afra, descansa –intervino Jeran–. Te aseguro que Damia vive.

–¿Damia está viva? ¿Damia me espera?

Haciendo un esfuerzo supremo, Afra consiguió que su cuerpo abandonara la posición fetal en que se hallaba. Luego se quedó inmóvil. Isthia se inclinó sobre él y comprobó que no le había ocurrido nada, sino que se había dormido profundamente.

–Se encuentra gravemente herido, Jeran –dijo Isthia mientras los médicos se llevaban el cuerpo de Afra a una cámara herméticamente cerrada.

Después, ambos abrieron la cápsula de Damia. Esta se encontraba tumbada de costado. Su aspecto era normal, pero se percibían las marcas que había dejado en ella aquel encuentro de mentes. Se había mordido los labios y un hilo de sangre se deslizaba por sus mejillas. Las uñas de sus manos las tenía clavadas en las palmas y su rostro se hallaba bañado por las lágrimas.

Con infinita compasión, Isthia apoyó a la pobre muchacha contra la pared de la cápsula, y a continuación aplicó sus manos a las sienes de Damia.

Isthia pudo detectar en la mente de Damia los siguientes pensamientos:

–No puedo alcanzarlos. No puedo llegar a tiempo hasta allí. Me duele mucho. Tengo que intentarlo de nuevo. Me duele mucho. ¡Oh!, ¿es que voy a perder a ambos?

Aquellas palabras calmaron a Isthia.

–¿Ha sufrido graves quemaduras? –preguntó inmediatamente Jeran, aguardando los resultados de la exploración llevada a cabo por Isthia.

–No, no han sido graves, pero sí ha sufrido grandes daños a diferentes niveles. Estoy segura de que nunca olvidará que no supo apreciar en su justo valor el potencial de Sodan, por haberse enamorado de él.

–No lo comprendo –dijo Jeran–. Si ella no se hubiese puesto en contacto con Sodan, todos habríamos estado amenazados desde el espacio sin tener idea de este peligro.

Isthia dio la impresión de no conceder mucha importancia a lo que Jeran acababa de decirle.

–Damia no pensó en nada de eso, Jeran. Lo que sí puedo asegurarte es que su falta de juicio al principio fue la causa de la muerte de Larak y de que Afra se encuentre en grave estado.

–Por el amor de Dios, Isthia, una vez que Sodan comenzó a atacar nada en el mundo habría salvado a Larak. La muerte es preferible mil veces a verse quemado vivo. A mi entender, no debemos censurar a Damia.

–No, no debemos censurarla –respondió tristemente Isthia–. Y espero que nunca le suceda que durante la crisis el instinto anule su raciocinio. Si quieres saber mi opinión, Damia hizo todo lo que pudo por salvar a Afra.

–¿A Afra? –dijo Jeran interrumpiéndola–. ¿Quieres hacerme creer que eso fue lo que pasó? De modo que ésta fue la razón por la que Sodan intentó matar. ¡Quería matar a Afra!

Isthia le indicó con un gesto que se apartara para que los médicos pudiesen atender a Damia con somníferos potentes y alimentos por vía endovenosa.

Muy a disgusto suyo, se volvieron hacia la cápsula de Larak. No tuvieron más remedio que abrirla. Dentro de la misma, yacía el cadáver del pobre Larak con una extraña sonrisa en sus labios.

Isthia volvió a otro lado su rostro cubierto de lágrimas, y Jeran, incapaz de expresar la pena que en aquel momento le dominaba, le pasó la mano por el hombro para apartarla de aquel cuadro tan triste y deprimente.

–Señor –dijo el capitán de la nave cuando entraron en la cámara de control–, hemos localizado los restos del otro artefacto espacial. ¿Nos da permiso para recogerlos?

–Permiso concedido, desde luego. Isthia y yo regresaremos a nuestras torres, mientras ustedes recogen... lo demás y lo meten dentro.

–Muy bien, señor –dijo el capitán, tratando de reprimir las lágrimas por la muerte de Larak. Luego se cuadró militarmente, expresando sin palabras su afecto, su orgullo y su pena por el camarada que ahora sólo era un cadáver.

Damia luchaba con todas sus fuerzas por mantenerse despierta, logrando permanecer en un estado de semiinconsciencia.

–No puedo con ella –se oyó una voz remota–. Se resiste a todos mis esfuerzos.

A pesar de lo distante que sonaba aquella voz, como un eco en una caverna subterránea, cada sílaba parecía golpear sus nervios como si fuera un martillo. Sollozando, Damia luchaba por mantenerse despierta, como si tratara de apartar una inminente agonía. No podía controlar aquellos reflejos que mitigarían el dolor que estaba sufriendo. Hizo un esfuerzo para llamar a Afra para que la ayudase en aquel estado de turbación en que se encontraba. Su mente era tan dura como el hierro, por lo que intentó concentrar todos sus pensamientos en él en un gigantesco esfuerzo para atraerle a su lado.

–Damia, no te agotes intentándolo. No utilices tu mente –oyó que decía una voz cerca de su oído.

El sonido de aquellas voces fue para ella como una bendición, y el sosiego que le proporcionó se vio incrementado al sentir el contacto de... las manos de Isthia sobre sus sienes.

Damia dirigió su mirada al rostro de aquella mujer y apretó las manos de Isthia contra sus sienes en un esfuerzo inconsciente para que ésta le aliviara el dolor que sentía.

–¿Qué ha sucedido? ¿Por qué no puedo controlar mi... cabeza? –gritó Damia mientras un torrente de lágrimas se deslizaba por su rostro.

–Fuiste más lejos de lo que tus fuerzas te permitían para destruir a Sodan –le explicó Isthia.

–No me acuerdo de nada –respondió Damia mientras apartaba con sus manos las lágrimas de sus ojos. –Pues según todos los cálculos de FT & T así ha sido.

–Oh, mi cabeza. Parece como si estuviese vacía. Y, sin embargo, sé que tengo que hacer una cosa y en este momento no me acuerdo qué es.

–Ya conseguirás recordarlo. Ya lo conseguirás. Pero en estos momentos te encuentras muy cansada, querida, y necesitas descansar –le dijo Isthia mientras le acariciaba la frente con sus frías manos. Cada caricia parecía que disminuía su dolor, su terrible dolor.

Damia sintió la frialdad de una inyección que en aquel instante le ponían en el brazo.

–Te estoy poniendo una inyección para, que te vuelvas a dormir, Damia. Estamos muy orgullosos de ti, pero debes dejar que tu mente descanse. Vamos, duérmete, querida.

–¡Qué grandes recursos tiene la naturaleza para... unir lo que ya está desunido! ¿Qué ha sucedido, Isthia? Todavía no lo sé –balbuceó Damia a medida que la droga comenzaba a surtirle efecto y empezaba a notar un sabor en la garganta.

Pero una vez más, después de un breve lapso de tiempo, Damia trató de impedir que aquel sopor se apoderara de ella. Daba la impresión de que tenía inexorablemente que permanecer despierta, como si algo le diera una fuerza sobrenatural para permanecer consciente.

–No puedo comprenderlo –dijo Isthia–. Le he inyectado suficiente droga como para dormir a todos los habitantes de una ciudad.

–Yo creo que Damia está preocupada por algo y no quiere dormirse hasta que lo haya resuelto. Me parece que lo mejor sería despertarla y acabar con esta situación tan dolorosa.

Damia forzó su mente a concentrarse para identificar los dos contactos mentales. Con una sonrisa de agradecimiento, pronunció los nombres de Isthia y de Jeff. Luego sintió cómo le golpeaban delicadamente el rostro, y, abriendo sus ojos, vio el rostro de Jeff inclinado sobre ella.

–Jeff –dijo Damia, pero no por haber sentido aquel golpe suave en su rostro, sino para que éste comprendiera.

–Hola, querida Damia –le respondió cariñosamente Jeff.

Su cuerpo quedó tenso después de aquel esfuerzo que hizo para ponerse en contacto mental con Jeff, pero al final logró confesar que había cometido un crimen.

–Jeff, yo quemé a Larak y a Afra. Los maté. Utilicé el foco mental de Larak y los maté a los dos para destruir a Sodan. Me salvé a mí misma y en cambio los maté a ellos.

Al terminar de decir estas palabras, oyó detrás de Jeff un grito de Rowan y una exclamación de Isthia.

–No, no, estás equivocada –le dijo cariñosamente Jeff, moviendo la cabeza mientras colocaba sus manos sobre la frente de Damia–. En primer lugar, no podías. No hiciste ningún daño a nadie. Sólo te limitaste a hacer una rápida maniobra para que las demás mentes trabajaran a un nivel más alto. Extrajiste potencia del foco de Larak para destruir a Sodan, lo admito, así es.

Pero el ataque mortal partió de ti, Damia, porque eras la única capaz de hacerlo. Y cualquier miembro de los Mundos Confederados te lo podrá garantizar. Tu poder telepático es verdaderamente asombroso, querida Damia, y, de no ser por ti, Sodan habría destruido todas las estaciones en FT & T.

Damia vio como Rowan aprobaba con un murmullo lo que Jeff acababa de decirle.

–¿Podré recuperar mi poder telepático? En este instante no siento nada –dijo Damia sonrojándose y sollozando.

–Desde luego que lo recuperarás, querida –dijo Rowan apartando a Jeff y arrodillándose junto a su hija mientras le acariciaba los cabellos–. Mientras tanto, lo mejor que puedes hacer es dedicarte a hacer punto.

–Esto se hace de la siguiente forma –le dijo Isthia, procurando introducir en la mente de Damia la técnica del punto.

Damia se dio cuenta de que intentaban cambiar de conversación.

–Todo lo que tú quieras, pero necesito saber qué es lo que ha sucedido –insistió Damia con tenacidad–. Ah, ahora recuerdo. Sodan llevó a cabo un último ataque. Larak está muerto, y Afra también.

–No, querida, Afra está vivo –intervino Rowan.

–Pero ¿y Larak? ¿Por qué ha muerto Larak? –preguntó desesperadamente Damia, temiendo que los demás le ocultaban algo que ella ignoraba.

–Larak era el foco –le respondió Rowan suavemente, a pesar de estar segura de que Damia nunca dejaría de considerarse culpable de la muerte de su hermano–. En principio, Afra debía ser el foco, ya que es la mente más experimentada, pero dada la potente conexión mental entre tú y Larak, lo escogimos a él, y en el último instante falló esta conexión. Tú trataste de defender a Larak, pero su mente no se hallaba en condiciones de captar tu ayuda. Jeff y yo nos dimos cuenta porque formábamos parte del foco y por ello tratamos de ayudarlo, pero sólo pudimos amortiguar el golpe que recibió Afra. No debes olvidar que la mente de Sodan era muy potente.

Damia dirigió la mirada a su padre y luego a su madre, comprendiendo en el acto que le estaban diciendo la verdad, pero todavía le quedó una sombra de duda. –Tenéis razón, pero tengo la impresión de que aún me ocultáis algo –insistió Damia–. ¿Dónde está Afra? –De acuerdo, desconfiada –asintió Jeff, cogiéndola entre sus brazos–, te demostraré que Afra aún está vivo, aunque me pregunto por qué no han conseguido tenerte dormida después de tantos somníferos como te han administrado. Vamos, te llevaré a verle.

Jeff condujo a Damia por un largo pasillo, deteniéndose ante una puerta que estaba abierta. Luego se apartó para que Damia pudiera ver en su interior. Tendido en una cama, iluminado por una lámpara que había en el techo, se hallaba Afra. En su rostro se podía apreciar el cansancio y el dolor. Dudando incluso de lo que veían sus ojos, Damia se acercó a Afra y le tocó para asegurarse de que aún vivía.

–Damia, no vuelvas a hacer eso –le ordenó Jeff, cogiéndola del brazo y sacándola de la habitación.

–Sé que no debía hacerlo, pero sentí un imperativo deseo que no pude reprimir –respondió Damia.

–Pues no volverás a ver a Afra hasta que te encuentres perfectamente. Y ahora regrese usted a su habitación, señorita.

Instantes después, Damia quedó sumida en un profundo sopor»

Un insistente silbido resonó en su mente y Damia se despertó. Por un momento la muchacha pensó que aquel dolor de cabeza volvería a atormentarla, pero cuál no fue su sorpresa al comprobar que éste había disminuido en gran manera. Deseosa de acabar con él de una vez por todas, tomó un sedante y entonces el dolor desapareció del todo. Satisfecha por el éxito obtenido, se sentó en la cama. Era de noche y se encontraba en la casa de sus padres. Se estiró y entonces sintió un calambre en un costado.

«Santo cielo, ¿es que nadie me ha cambiado de postura durante estos meses? –se dijo a sí misma, observando que su tono mental era firme–. Pobre «Damia –se rió de sí misma–, ¿es que desde aquel encuentro con Sodan he quedado reducida a un mero T-4, T-9 o un T-3?»

Sin hacer mucho esfuerzo, les tomó el pulso a los tres... bueno, a los cuatro durmientes. El pulso de Afra era el más débil de los cuatro. Pero, *estaba* allí, no había muerto, se dijo gozosa. Luego decidió enfrentarse con el segundo hecho.

Se levantó de la cama y se dirigió a la ventana. Su mente fue más allá de la verde campiña, del pequeño lago, y luego se detuvo. Su instinto le decía que Larak estaba enterrado allí, y este pensamiento hizo que sintiera una profunda tristeza. Estaba sola en el mundo. Se puso a llorar desesperadamente mientras chocaba sus nudillos y apretaba sus brazos contra su pecho como si intentara ahogar sus sollozos.

De nuevo, en el silencio de aquella noche, volvió a oír aquel extraño silbido. Se limpió las lágrimas de sus ojos y trató de localizar de dónde procedía. Pero éste se apagó antes de que Damia pudiera conseguirlo.

Resueltamente decidida, la pobre muchacha decidió olvidarse de todo y reflexionar sobre los hechos que habían sucedido últimamente. A pesar de lo que habían dicho Jeff y Rowan, ella se consideraba la responsable de la muerte de Larak y del grave estado en que se encontraba Afra. De haberse preocupado más por los hechos, de haberse concentrado más, no se habría sentido tan atraída por el encanto de Sodan, su Príncipe Encantador, su caballero de armadura cilíndrica.

Sí, por culpa suya había quedado reducida al estado de una chiquilla con el corazón destrozado, una niña exigiendo un nuevo juguete para borrar aquel sentimiento de aburrimiento, de desesperación. Sí, por culpa suya...

Un vez más, el extraño silbido interrumpió sus reflexiones, pero esta vez era más claro, más potente. Dando un grito de alegría, Damia salió corriendo de su habitación y se dirigió rápidamente a la sala de estar. Al llegar a la puerta de la estancia donde se encontraba Afra, se detuvo indecisa.

Abrió la puerta y vio a Afra sentado en la cama. Este la estaba contemplando con una extraña sonrisa en sus labios.

–¿Verdad que me has estado llamando? –murmuró Damia, medio preguntando, medio afirmando–. ¿Verdad que has utilizado tu poder telepático para ponerte en contacto conmigo?

–En cierto modo, sí –le respondió Afra–. Pero no creía que este poder paranormal mío pudiera llegar más lejos del borde de mi cama. Y lo he intentado, quiero intentarlo.

–No lo intentes, pues ello puede agravar más el estado en que te encuentras –le respondió Damia penetrando en la habitación y sentándose a los pies de la cama de Afra.

–Sí, ya comprendo que no debo hacerlo, pero he de realizar un esfuerzo para recuperar mi poder paranormal –le respondió Afra, mientras se frotaba la frente con la mano.

–¿Quieres que te ayude? –le preguntó tímidamente Damia.

Afra hizo un gesto de afirmación mientras cerraba sus ojos. Damia se sentó más cerca de él y tocó suavemente con las yemas de sus dedos las sienas de Afra: ella sabía mejor que nadie cómo despertar el poder paranormal de Afra. Por un instante. Afra sintió dolor, pero Damia, decidida a curarlo del todo, insistió hasta conseguir que desapareciera. Había aplicado un procedimiento que actuaba como una especie de anestesia mental en las zonas

doloridas. Pero, de repente, Damia, dominada por los celos se dio cuenta que otra mujer había aplicado aquel mismo tratamiento a Afra.

–Isthia... también... sabe aplicar delicadamente... este mismo tratamiento –le dijo suavemente Afra.

–Oh, Afra –gritó Damia, dominada por los celos al oír aquellas palabras–. No quedarás incapacitado para tu trabajo. Te aseguro que no quedarás paralizado. No te abandonaré. Juntos, volveremos a ser tan poderosos como antes.

Afra se inclinó hacia delante, acercó su rostro al de la muchacha mientras sus ojos amarillos brillaban ardientemente.

–¿Los dos juntos, Damia? –le susurró al oído cogiendo el rostro de la muchacha entre sus manos.

Damia se sonrojó, apretando nerviosamente con sus dedos la manta que cubría la cama de Afra e incapaz de apartar la mirada de la suya. Era evidente que Afra parecía otra persona. Damia trató de comprender aquel cambio tan repentino. Incapaz de ponerse en contacto mental con él, Damia vio por primera vez a Afra desde un ángulo estrictamente físico. Y de repente se había convertido en un hombre muy distinto. ¡Un hombre! Así era en efecto. Un hombre muy viril.

¿Cómo había estado perdiendo tanto tiempo buscando una mente que era superior a la suya, olvidando completamente el hecho tan elemental de que la función primaria de una mujer en la vida comienza con una sumisión física?

–Damia... ¿no puedes hablar? –le preguntó Afra en un tono suave y cariñoso.

La muchacha asintió con la cabeza mientras sentía que los ardientes dedos de Afra apretaban suavemente su temblorosa mano. De repente, sintió como un profundo sentimiento sensual se apoderaba de todo su ser.

–¿Cómo has esperado tanto tiempo sabiendo que te necesitaba? –le preguntó ansiosa.

Riendo triunfalmente, aunque en voz baja, Afra la estrechó entre sus brazos, apretando el cuerpo de Damia contra el suyo y apoyando la cabeza de la joven en su brazo.

–¿Es que ya has olvidado que el exceso de confianza siempre trae problemas? –le respondió Afra, repitiendo burlonamente aquella frase que ella siempre le había repetido.

–¿Y cómo pudistes tú... un T-3... arreglártelas para engañarme? –le respondió Damia indignada.

–Es que también el exceso de confianza nos sugiere ciertos trucos, cierta destreza.

–Pero tú siempre te has mostrado muy reservado y retraído. Y mi madre...

–Tu madre representaba para mí lo mismo que Sodan para ti –le dijo Afra interrumpiéndola, los ojos fijos en ella, mientras Damia lo contemplaba extrañada por el tono áspero de su voz.

Pero de nuevo su rostro cambió de expresión, la rodeó con sus brazos y la besó con vehemencia.

–Sodan pudo haberte amado a su manera, Damia –le dijo Afra al oído–, pero la mía te satisfará mucho más.

Estremecida y ansiosa, Damia abrió sin reserva su mente a Afra. Sus labios se volvieron a juntar, mientras Afra la abrazaba fuertemente, pero de un modo que muy pronto sería algo más que un mero encuentro de mentes.

BUFON

Edward Wellen

Este es uno de esos relatos que se hace difícil de olvidar por el insólito clima de extrañeza que consigue crear su autor, moviéndose por el fascinante mundo de los aztecas con la misma seguridad con que un inquietante bufón cósmico urde su colosal broma.

El sacerdote asintió brevemente con la cabeza, moviendo apenas sus largos cabellos endurecidos con sangre cuajada y barro. Se secó la palma de la mano en la negra túnica y empuñó el mango del cuchillo hecho de mosaico de jade y turquesas. Sus ayudantes acompañaron los movimientos al tambor de dos tonos y a los latidos inconscientemente sincronizados de la multitud vigilante al pie de la pirámide. Cuatro de ellos tomaron a la víctima por brazos y piernas y la depositaron sobre su espalda en la piedra ligeramente convexa, sosteniéndola firmemente; el quinto sujetó su cabeza con una vuelta de los largos cabellos a su muñeca. El sacerdote deslizó la hoja de obsidiana desde el esternón a la ingle, introdujo la mano en la herida y, con un tirón, arrancó el corazón, lo levantó hacia el sol y lo echó, todavía latente, en la copa en forma de águila.

Klon se volvió riendo a Zwordil, y advirtió que éste había visto también las posibilidades de la broma.

El Constructor los vio reír. Y habló:

–Bien, entonces prosigamos.

Les señaló el tercer planeta de una estrella de mediana magnitud que aparecía en la pantalla de uno de los sensores especiales. Les mostró que las tribus de aquel planeta, y sobre todo las pertenecientes a la raza que acababan de ver, mantenían unos ritos de encender-apagar-y-volver-a-encender el fuego, cuya duración era el equivalente al tiempo necesario para dar veinte veces La vuelta a la estrella. Les mostró que estos ritos tenían lugar en el momento en que una constelación pasaba a medianoche por el cenit. Los lenguajes de aquel mundo llamaban a la constelación Kimah, Mao, Parwin, Al Thuruyya, Groaperikie, Pizaana-Cache, Sette Palommiele, Sifunsterri, Crannarain, Makali'i, Nanook, Pléyades, Karakarook, Tianquizli, y otros muchos. Muchos nombres pero una sola tradición: el planeta había sufrido un gran desastre, una gran inundación, en las edades remotas, en el momento de la culminación de esa constelación a medianoche. Les mostró todo esto en un breve centelleo, para activar su memoria. Hubo una breve pausa.

Klon sintió cómo Zwordil y él mismo se ponían tensos. El Constructor dijo:

–Ahora la prueba final. Van a darme la respuesta apropiada. ¿Alguna pregunta?

Ninguno de los dos tenía ninguna; el que pidiera más información perdía un punto, mientras que el otro obtenía dicha información gratis.

–¿ Preparados ?

–Preparado –dijo Zwordil.

–Preparado –contestó Klon.

El Constructor los envolvió en una célula de aire para separarlos.

Klon sintió un zarpazo de miedo al pensar que Zwordil podía vencerle. A la señal de que podían empezar, emitió su respuesta hablando lo más de prisa posible. Esperó un largo momento. Ahora todo estaba consumado. Pronto sabría si había vencido o no. Durante toda la competición, Zwordil había sido su más calificado oponente. Ambos habían llegado a obtener el rango de Bufón. Los dos habían vivido mucho tiempo; dos rejuvenecimientos para Klon y probablemente los mismos para Zwordil. Ambos estaban casi completamente libres de las necesidades animales. Todo lo que les restaba para dar sentido a la existencia era jugar la broma final. La gran emoción; la emoción que realmente importaba sólo podía ser aquella en la que uno se jugaba la vida. No quería ni pensar en la posibilidad de perder.

Debería, entonces, continuar aburriéndose, esperar que el Constructor encontrara en alguna parte un modelo de broma final para poder organizar otra competición.

Las células de vacío se desvanecieron en el aire; y el Constructor les habló:

–Los dos habéis dado la respuesta correcta. La respuesta es: que la constelación en cuestión, desde el punto de vista del mundo de que se trata, es aquella cuya estrella más brillante es el propio sol. Pero ya que Zwordil se tomó tiempo para activar mi circuito de frustración, Klón ha ganado.

¡Había ganado! De repente sintió desconfianza. No había recordado el circuito de frustración que obligaba al Constructor a indicar si estaba usando las líneas del modelo para una broma propia. Demasiado tarde para preguntar ahora... Después se relajó. Zwordil, jugando sobre seguro, había dado la misma respuesta correcta que él; por lo tanto todo estaba bien. Había ganado y, por todo lo que Zwordil y el Constructor sabían, él había pasado deliberadamente la prueba sin recurrir a la seguridad del circuito de frustración, arriesgándolo todo para ganar. Sonrió amablemente a Zwordil, quien, a su vez, le sonrió torcidamente.

El Constructor habló:

–Klón, tu broma final tendrá lugar en la próxima ceremonia de culminación. De acuerdo con mi proyección de los acontecimientos, probablemente será la última.

Klón apenas advirtió la marcha de Zwordil. Este colocó sus manos en la espalda a guisa de saludo, y volvió a su casa para esperar otra competición. Klón se introdujo en la cámara del Constructor para los cambios de vestido y coloración de la piel, y también para adquirir los conocimientos que necesitaba, lo cual terminó cuando el Constructor le dijo:

–Pareces, hablas y piensas como un azteca. Ya no serás más Klón.

El joven dejó que una sonrisa enmascarara su hermoso y orgulloso rostro.

–Ya he pensado en ello. Me llamaré en adelante Yollotl.

Y ambos se echaron a reír con ganas.

Los sangrientos dedos del alba arrancaron el corazón del día y lo ofrecieron, todavía latiendo, a la obscuridad. El sol renovaba el mundo. Los pájaros, cuyas voces agitaban el aire, limpiaban sus plumas relucientes de rocío. Un saltamontes brincó para apartarse del camino de Yollotl.

Este acabó de subir la cuesta con cuidado, agachándose para evitar que su figura se recortara contra el cielo. Se detuvo, se echó de bruceos y miró a través de las hierbas. Ante él la tierra se abría lisa y llana, excepto por un bosquecillo de mesquites. El pueblo, que dominaba el camino, estaba detrás. Empezaron a llegar los sonidos del despertar del pueblo, y en el cielo se dibujaron las primeras columnas de humo rosa. Continuó echado, vigilando los mesquites, el tiempo necesario para que la sombra recorriera el espacio de un dedo, la cabeza inmóvil, sintiendo sobre su rostro las ondulantes hierbas. En todo este tiempo los mesquites parecían herméticamente cerrados dentro de la espesura. Entonces algo relució; quizá la luz del sol sobre la punta de un dardo o una flecha.

Sonrió. Retrocedió, bajando nuevamente la cuesta. Sacudiéndose el rocío de la túnica, volvió al camino principal. Saltó a una pequeña zanja y rodeó la colina hasta llegar a campo abierto. Cambió entonces de rumbo para poner los mesquites entre él y el pueblo.

Mientras vigilaba la vegetación le cayeron algunas hierbas en los hombros y se sobresaltó; si no lo hacía bien, la broma podía terminar allí mismo.

Se oyó un sonido y una flecha pasó rozándole la oreja. La flecha se clavó en el suelo frente a él. Yollotl se paró. Hizo que su pecho se agitara como si hubiera estado corriendo y tuviera miedo. La flecha era chimichec; alguien había unido las plumas en la base de la flecha para que pudiera acoplarse al lanzador azteca. Volvió lentamente la cabeza. Dos hombres habían surgido del bosquecillo. El más gordo echó un pie atrás, preparándose para montar el arco. El más delgado estaba introduciendo un dardo en el lanzador. Los ojos de ambos se apartaron de él –¡Yo lo llevaré al pueblo! –¡Los dos lo llevaremos al pueblo! – Fue mi dardo el que lo detuvo. –Fue mi flecha la que le ha impedido huir. El gordo era Chimalpopoca, el delgado Xihcozcatl, y el hombre que los dirigía Acamapichtli. Otros muchos habían permanecido escondidos, pero Acamapichtli era el que los dirigía, el tecuhnenque. Todos ellos habían dejado crecer sus cabellos hasta la cintura. Ninguno llevaba el atuendo de los guerreros. Todos llevaban trajes de mercaderes, pero las balas y cestos de mercancías que llenaban cada rincón del pueblo no procedían del comercio.

Yollotl permaneció silencioso, sin hacer preguntas, hasta que Acamapichtli sonrió y dijo:–¿De quién estás huyendo?

Yollotl levantó el mentón e hizo que su voz resonara orgullosamente.

–No huyo de nadie. Estaba corriendo hacia mi pueblo para advertirle que se acerca un ejército.

Acamapichtli se irguió, haciéndose el sordo a los súbitos murmullos que surgían a su alrededor.

–¿Vienes de Tenpchtitlan?

Yollotl escupió sobre el polvo.

–De tu ciudad, sí.

Acamapichtli contuvo de nuevo a los otros, levantando el brazo.

–¿A qué distancia está ese ejército ahora?

–A unos tres días de marcha.

–¿Has visto quién los dirige?

–Lo he visto.

–Entonces, habla.

–Un hombre de unos veinte años. Alto, enjuto, de largo rostro.

Los otros intercambiaron miradas y asintieron. Hablaron entre ellos:

–Uno de los más jóvenes hijos del rey. Moctezuma debe de tener unos veinte años ahora.

–¿Qué clase de hombre es?

–Si es él, he oído que debe tener humildad.

–Estará deseando obtener una gran victoria.

Rieron y se serenaron rápidamente. Miraron a Acamapichtli. Este habló:

–No podemos esperarle para que se dé cuenta de que no estamos precisamente sitiados. Debemos hacer nuestro equipaje y marcharnos.

–¿A casa?

–Naturalmente, a casa. ¿Cómo podremos demostrar mejor nuestra buena fe que devolviendo las mercancías para pagar los impuestos del rey?

Rieron, pero callaron en seguida al ver a Acamapichtli serio. Este continuó:

–Nuestro ardiente joven príncipe se preguntará si hemos roto el cerco justamente ahora, cuando él venía en nuestro socorro. Se dará cuenta de que hemos sabido de su llegada y comprenderá que intentamos demostrar nuestro derecho al botín. Esto no le molestará tanto como que le hayamos robado una batalla de gloria. –Sonrió–. Tendrá que poner buena cara, pero, si alguna vez llega al poder, nos lo hará pagar caro.

–¿No tienes miedo?

–Procuró mirar al futuro, pero vivo en el presente. Y el presente indica que nos vayamos. Cuanto antes partamos, más cerca de casa le encontraremos. Más fácil le será ponernos buena cara.

Los otros empezaron a hablar más animadamente sobre su regreso a casa. Unos pocos, Xiuhcozcatl entre ellos, miraban sus cestos de botín y parecieron de mal humor, como si les molestara no poder quedarse un poco más de tiempo para llevar más despojos a sus compatriotas.

Acamapichtli volvió la mirada a Yollotl. Sus ojos, duros como semillas de cacao, se fijaron en los anillos y tiras de mosaicos y de turquesas de las orejas del joven, y en el aro que pendía de su nariz en forma de luna creciente.

–¿Dónde está tu pueblo?

Yollotl se puso en cuclillas sin contestar. Notó que algo puntiagudo se clavaba en sus costillas. Acamapichtli hizo un gesto y la punta dejó de atormentarle. Acamapichtli sonrió amablemente a Yollotl.

–El se estaba dirigiendo hacia allá. Su pueblo no está en nuestro camino hacia casa. –Se alzó de la alfombra de cañas–. De cualquier manera, lo que tenemos que hacer ahora es prepararnos para marchar. –Palmeó a Yollotl en el hombro–: Tú has caído en buenas manos. –Yollotl le oyó dirigirse a uno de sus compañeros–. Fuertes espaldas.

Yollotl sonrió para sí. Acamapichtli tenía dos lenguas, como los tambores teponaztli. Acamapichtli se volvió hacia Xiuhcozcatl y Chimalpopoca.

–¿Quién es el dueño?

–¡Yo soy! –respondieron ambos a la vez.

Acamapichtli frunció los labios.

–Entonces debe decidirlo él.

Yollotl miró a Xiuhcozcatl y a Chimalpopoca. Ambos buscaron su mirada. Los ojos de Xiuhcozcatl eran imperiosos; los de Chimalpopoca suplicantes. Yollotl sostuvo la mirada de Xiuhcozcatl lo suficiente para que ambos supieran que había sido realmente la flecha de éste la que lo había capturado. Entonces señaló a Chimalpopoca. Sonrió para sus adentros, pensando cuan fácilmente acababa de ganar un gran amigo y un buen enemigo.

La lenta caravana dejó el pueblo como un hueso mondo. Quedaba un pueblo de mujeres, niños, unos pocos ancianos, y algunos silenciosos perros pelones que no habían engordado lo suficiente para merecer acompañarlos en la caravana como posible comida. Mirando a los niños de tres años, y más pequeños, era patente que los mercaderes habían plantado su semilla. Silencioso como los perros, el pueblo vio a la caravana tomar la ruta del noroeste, hacia el alto valle de México.

Caminaban los mercaderes con una larga vara de madera en la mano derecha y un abanico en la mano izquierda. Las armas preparadas. Los porteadores llevaban los sacos sobre la espalda, llenos de plumas de cacatúa y de quetzal, de cotinga azul o de conchas de

tortuga, pieles de jaguar y puma, ámbar, jade y esmeraldas, sostenidos por una ancha banda de paja que cruzaba sus frentes.

Chimalpopoca había escogido orgullosamente un pesado" bulto para Yollotl. De vez en cuando éste hacía ver que se enjugaba el sudor del rostro y cuello, aunque los injertos de tejido termostático le impedían sentir la necesidad de sudar. Después simuló comerse las semillas que le dieron para reponer fuerzas. Toda la energía que necesitaba la fotosintetizaba por la piel.

Acamparon. Los portadores se dedicaron a aliviar sus pies y espaldas. Los mercaderes afilaron las largas varas. Con espinas de maguey se sacaron sangre de la lengua y las orejas, salpicando con ella las varas. Quemaron incienso de copal, ofreciéndolo sobre las varas. Todo ello con gran ceremonia; parecía que estaban perdiendo el tiempo. Pero lo hacían por interés, ya que cada vara poseía la virtud mágica de Tacatecuhtli, dios de los mercaderes. Los portadores los observaban con sombrío terror. Todavía podían sentir el espectro de los mecapalli mordiendo las cejas con el terrible peso de los sacos y estaban entontecidos, como si la cinta se hubiera adentrado en los lóbulos del cerebro, aunque más profundamente estaba fijo el terror. Yollotl permaneció pacíficamente despierto toda la noche. Miró hacia las estrellas y encontró en seguida el brillo de Tianquiztli, en el este. Sonrió viendo a Xiuhcozcatl y a Chimalpopoca hacer turnos de guardia por separado. Una vez, alrededor de medianoche, se sintió repentinamente inquieto, pero se tranquilizó, atribuyéndolo a los gritos de los coyotes.

Se encontraron con Moctezuma antes del mediodía. Los oficiales, envueltos en los mantos de plumas, permanecían ante los soldados comunes, que vestían armaduras de algodón blanco Moctezuma, con el escudo de sus armas y las plumas de quetzal sujetas por la banda de cuero rojo alrededor de la cabeza, permanecía en pie ante sus oficiales. Estaba preparado para el encuentro. Sus espías y guías habían venido, desde delante y de los costados, alertándole a tiempo. Parecía haberse tomado bastante bien la noticia de que había emprendido una misión inútil.

Acampichtli había dado instrucciones de adoptar el aire de fatigados, pero no débiles, y los mercaderes aparentaban haber pasado una dura campaña. Permaneció en pie ante Moctezuma, sin levantar los ojos del suelo, pero con los estandartes de plumas preciosas, trofeos de la batalla, ondeando tras él. Saludó al príncipe y le agradeció haber venido en su socorro. Después, como para apagar la llama de furia que ardía en el corazón de Moctezuma, señaló a Yollotl:

—Como el príncipe puede ver, este cautivo es un jefe entre su pueblo. ¿Ha visto el príncipe alguna vez una figura de hombre más hermosa?

Xiuhcozcatl sonrió y Chimalpopoca permaneció abatido.

—Y en cuanto a su valor, Chimalpopoca os explicará cuan valientemente ha luchado este hombre.

Xiuhcozcatl puso hosco ceño, mientras Chimalpopoca mostraba un fiero orgullo.

Chimalpopoca comenzó a contar la valiente lucha de Yollotl para evitar que aquél, con alguna ayuda, pudiera capturarlo, pero Moctezuma le cortó:

—No necesito regalos de esclavos. Yo organizo mis propios sacrificios.

La mirada de Moctezuma se apartó de Yollothl y éste se maldijo interiormente. Se había equivocado; hubiera debido dejarse atrapar por Moctezuma, no por los mercaderes. Miró a Chimalpopoca. Este parecía no saber si sentirse cariacontecido o aliviado. Debería encontrar un medio para hacerse con Chimalpopoca. Acamapichtli les despidió.

Acamparon allí mismo. Nuevamente, al anochecer, los mercaderes salpicaron con sangre las varas y quemaron copal. Esa noche, realmente, tenían mucho en qué pensar.

Una muchacha se detuvo a contemplar a Yollothl durante unos momentos. A juzgar por la crema amarilla y el rojo de su rostro, se trataba de una habitual de los campamentos. Le miró con desdén, masticando goma y mostrando que había teñido sus dientes con cochinilla. Después se marchó. Era agradable mirar a Yollothl, pero era con los mercaderes con quienes tenía que hacer negocio.

Hubo mucho negocio aquella noche, al precio de ocho semillas de cacao; pero, al fin, el campamento quedó silencioso y todo el mundo pareció dormir.

La columna de socorro había rodeado el campamento, por lo que los mercaderes no habían apostado guardas. Yacatecutli montaba la guardia sobre sus mercancías. Yollothl permanecía echado, vigilando al centinela más cercano. El soldado había endurecido su armadura de algodón sumergiéndola en salmuera, para poder sostener sus flechas, y los cristales de sal refulgían a la luz de la luna. Su maquahuítl colgaba de su muñeca por medio de una correa de cuero, y al caminar brillaban los pedazos de obsidiana unidos por los bordes que formaban su armadura. Yollothl esperó hasta que el hombre se fue calmando y empezó a conversar con los otros centinelas. La hermana de uno de ellos había atado el cordón umbilical de su nuevo hijo alrededor de un escudo y unos dardos de juguete para que él los enterrara en un campo de batalla de forma que el muchacho creciera bravo como un león. El soldado se quejaba de que ahora tendría que llevar aquellas condenadas cosas de vuelta a su casa, si no tenía la suerte de acampar cerca de algún antiguo campo de batalla. Yollothl se deslizó a través de las varas.

Se escondió echado detrás de un montón de varas y retiró la que estaba encima de todas sin hacer ruido. Estaba pegajosa al tacto. Una sensación de engaño le invadió, mientras deslizaba la vara por sus manos para encontrar uno de los extremos. Sonrió. Tal como había pensado, estaba hueca en toda su longitud y algo llenaba este hueco. Tenía un tapón en cada extremo. Sacó uno de ellos. Piedras preciosas envueltas en algodón, y polvo de oro, dentro de las cañas de plumas se deslizaron hasta el suelo. Sonrió de nuevo. Colocó otra vez las joyas dentro de la vara. Tapó nuevamente el extremo y, en silencio, devolvió la vara a su lugar.

Reptó hasta su lecho. Se limpió los dedos con barro y se echó a reír en silencio. El esclavo de Chimalpopoca se había convertido en su amo.

Yollothl vio cómo enrojecía la faz de Chimalpopoca con la emoción y el esfuerzo cuando retiró los dos palos que había colocado como marcos sin puerta para salvaguarda de su hogar mientras estaba de viaje.

Matlalxochitl, su ama, ayudó a su marido sonriente y, en un aparte, ordenó a una esclava jorobada que salpicara agua y pulpa de raíz de amulli; ahora podría enjabonarse y lavarse la cabeza más de una vez cada ochenta días como debían hacer ella y sus hijos en ausencia de su marido. Era un encuentro entre extraños. Los niños que saludaban a su padre eran

cuatro años más viejos que la última vez. Matlalxochitl empujó a Tlacotl hacia delante, un gordo muchacho de trece años que debiera haber sido el primero en saludar a su padre. Pero el blando rostro de Chimalpopoca se endureció y miró fríamente al muchacho, al que no llamó hijo mío, como a los otros. Yollotl comprendió que había habido algún problema de tiempo acerca del nacimiento del muchacho.

Pero Chimalpopoca estaba demasiado lleno de alegría para dejarse amargar por un hueso vacío de médula hacía mucho tiempo. Apartó su mirada de Tlacotl y contó cómo Ahuitzotl, el rey, había dado la bienvenida a los mercaderes en el palacio con su mejor talante, y cómo después le había ofrecido las bandejas de trofeos dejándolas a los pies de Ahuitzotl, quien los había llamado sus tíos, y les había dado permiso para llevar el oro y las plumas durante las fiestas que iban a celebrarse, y cómo él, Chimalpopoca, había dirigido la mirada a Moctezuma y había tenido que hacer grandes esfuerzos para no echarse a reír.

Después, con intencionadas miradas a su mujer y susurros de «esta noche», ante los cuales Matlalxochitl se cubrió la boca, dejando ver sus rientes ojos, Chimalpopoca se dirigió al temazcalli para sudar y expulsar el polvo del camino. Matlalxochitl, dirigiendo una apreciativa mirada a Yollotl, indicó a un esclavo que le enseñara sus nuevos lugares, metió a los niños en la casa y partió a lavarse el cabello, con lo cual, en un momento, dejó el patio vacío de vida humana.

El siervo, que había recibido hacía poco de su hermano mayor la esclavitud, ya que había llegado a la edad de casarse, cometió un error. Y la ruda lengua de Matlalxochitl, las historias que contó más tarde el esclavo en los aposentos de los criados, así como los murmullos en alta voz, indicaron a Yollotl que los susurros de «esta noche» que había oído a Chimalpopoca, significaban simplemente que éste saldría aquella noche para negocios nocturnos.

El día siguiente significaba la llegada de los recaudadores de impuestos: balanceando la cabeza en sabia duda, y aspirando con las narices bajas los ramos de flores para contrarrestar el olor de la sospecha y los ojos de pesados párpados, tomando y señalando la parte del rey en el botín, acompañados de sus ayudantes, con las cuerdas de Cálculo y sus criados con abanicos. Por ello, la noche anterior, los mercaderes habían aligerado sus sacos de cuanto se habían atrevido y habían enviado estas mercancías sustraídas por los canales, desde sus almacenes, a escondites seguros. Chimalpopoca había vendado los ojos a su esclavo de forma que no pudiera ver el brillo de las aguas ni reflejarse las llamas de los altares, siempre ardiendo, de las pirámides.

Entonces, pensó Yollotl con deleite, los sacerdotes y el pueblo apagarían todos los fuegos y esperarían con temor para ver si de nuevo volvía la vida y el fuego a la tierra. Pronto llegaría la culminación a medianoche de la constelación Tianquiztli, y con ella la fiesta del ciclo de los años para señalar el fin de uno de los períodos de cincuenta y dos años, y festejar que no sería el fin de todos los tiempos, sino el principio de un nuevo período de cincuenta y dos años más. No habría que esperar mucho para obligar a tres años sucesivos a que lo despidieran. Sólo entonces, de acuerdo con la ley, podría alguna persona libre comprarlos para el sacrificio. Debería darse prisa.

Los otros siervos habían disfrutado contándole que aquél no era un hogar feliz. La encorvada esclava le había susurrado que el primer fuego que había encendido Matlalxochitl en su nueva casa había ardido mal, lo cual era un mal presagio para la recién

casada. Recordó los ojos apreciativos de Matlalxochitl. No podía permitir que le involucrara en asuntos del corazón. Si lo sorprendían en adulterio, no moriría bajo el cuchillo, sino lapidado. Ni el tiempo ni el modo de la muerte concordaban con el modelo de la broma final.

Empezó su primer día de trabajo en la mansión subiendo las tres piedras del amor. Matlalxochitl chilló. El dejó caer la brazada de leña que sostenía y permaneció de pie ante ella, mirándola con una vacía sonrisa de bufón. La había asustado y encolerizado. Ella ordenó que lo azotaran, aunque el hecho de haber mancillado las piedras de amor significaba que moriría pronto.

—¡Más fuerte! ¡Azotadle hasta tres latigazos antes de que muera!

Chimalpopoca pareció ansioso cuando oyó las nuevas. Estuvo pensando, y lo dijo en voz alta, que sería más inteligente vender a Yolloatl antes de que muriese a sus manos, sin provecho para nadie. Pero entonces vio una vez más el hermoso y fuerte cuerpo de Yolloatl, movió la cabeza, y dijo:

—No voy a creer en historias de viejas. Además... —pero se guardó el «además», y lo que pudiera significar, para sí mismo.

Pero Yolloatl pronto lo adivinó. Había podido observar a Chimalpopoca escondido en el armario de su esposa, mientras ella estaba fuera, de compras. Chimalpopoca, ignorante de que era observado, había examinado pieza tras pieza los vestidos de su esposa, esperando encontrar señales o zurcidos, y se quedó muy extrañado cuando no encontró ninguno.

A menudo Chimalpopoca dejaba a Yolloatl en casa, empujándole cuanto podía a estar en compañía de Matlalxochitl, y a su regreso aprovechaba la primera oportunidad para examinar el guardarropa de su mujer una vez más, pero había ocasiones en que Chimalpopoca necesitaba las fuertes espaldas de Yolloatl para llevar parte de su botín al mercado y volver con mercancías.

Una vez los mercaderes habían terminado la gran fiesta de celebración de su regreso al hogar, la fiesta de lavado de los pies, empezaron a planear la siguiente caravana. Deberían organizar una verdadera expedición, ya que los soldados no estaban dispuestos a partir tan pronto y abandonar lo que habían ganado en sus conquistas. Los mercaderes esperarían hasta que apareciera el signo de la suerte, de la serpiente única, antes de partir. Mientras tanto, Chimalpopoca obtenía grandes beneficios, y estaba rodeado de vestidos, telas bordadas, alfombras de piel de conejo, campanas, cuchillos de obsidiana, pendientes y arras de obsidiana y cobre, tinte de cochinilla, hierbas para curar y hierbas para ungüentos y perfumes.

Y en muchas ocasiones Yolloatl pudo ver cómo Chimalpopoca se encontraba, se llevaba a parte y hablaba en voz baja con una muchacha que Yolloatl recordaba como la habitual del campamento, que costaba ocho semillas de cacao. Su nombre era Nenetl.

Aprovechando la primera oportunidad, sonriendo ante la posibilidad de extender las historias de viejas, Yolloatl se introdujo en la habitación de sus amos y produjo pequeños agujeros en el mejor manto de Chimalpopoca.

Muy poco después, todos pudieron oír la lengua de Matlalxochitl fustigando a Chimalpopoca.

—¡Mordiscos de ratas! ¡No puedes sostener esa mentira! ¡Has cometido adulterio!

Chimalpopoca negó todas las acusaciones y manifestó su creencia en la locura de pensar que tales signos eran ciertos. Pero no pudo ocultar la expresión de miedo y de culpabilidad en su rostro.

Ordenó poner trampas para las ratas, aunque primero apartó y escondió el rodillo de amasar maíz, según él para que no pudiera asustar a las ratas.

Chimalpopoca miró a Yollotl:

–¿Venderte? ¿Por qué habría de venderte?

–Me he comportado mal. He rehusado trabajar. He robado.

Chimalpopoca sonrió comprensivamente.

–Cuando dos han luchado como locos, desesperadamente, salvajemente, quedan unidos por un lazo. Seré paciente contigo. No te tomes tu trabajo demasiado a pecho. Con el tiempo serás un esclavo magnífico.

–Véndeme.

–Yo soy el amo. Soy el que decido si te conservo o te vendo. Y no voy a venderte. ¿Por qué tendría que hacerlo?

–Deseo pasar cuanto antes a través de tres pares de manos para que pueda morir sobre la piedra.

–¿Morir? ¿Tienes ganas de morir? ¡Es una locura! Peor, ingratitud de corazón. ¿Te he negado cualquier cosa que pueda engordarte para tu sacrificio? ¿No eres un hombre? ¿Por qué quieres ser un pellejo vacío antes de tiempo? Dejemos esta conversación. No eres nadie para decirme lo que tengo que hacer con mi propiedad. ¡No te venderé!

–Véndeme. ¿Quieres que los recaudadores de impuestos sepan de las ricas varas rellenas que aún quedan en el templo de los mercaderes?

–¡Basta! ¡No permitiré que sigas arguyendo! ¡He decidido no venderte y nada de lo que puedas decir ablandará mi corazón!

Chimalpopoca amonestó oficialmente tres veces a Yollotl ante testigos por robar y rehusar el trabajo, pero Yollotl no se enmendó, y una mañana Chimalpopoca puso un pesado yugo de madera al cuello de Yollotl y lo envió al mercado de esclavos de Azcapotzalco, aunque la noche anterior había tomado entre sus baúles el brazo de una mona y le había ofrecido pimientos de chile para que al día siguiente pudiera obtener una buena venta. También había cedido ante Matlalxochitl y, aunque gruñendo, había permitido que Tlacotl le acompañara para que viera cómo se hacían las cosas en el mercado; como Matlalxochitl decía una y otra vez, un día Tlacotl sería un mercader como su padre (lo cual rebajaba a Chimalpopoca) aunque iba al calmecac con los hijos de los dignatarios, tomando lecciones de cosas tales como la forma de aspirar el aroma de las flores; el muchacho, realmente, aprendía en el calmecac.

Los ojos de Tlacotl imploraban a Chimalpopoca que le concediera su favor; su rostro y piernas mostraban las cicatrices de espinas de maguey, había adelgazado por el ayuno y se había endurecido bañándose en agua fría por la noche. Pero Chimalpopoca seguía repudiándole.

Yollotl observó con perezoso interés el regateo sobre un esclavo que había pasado por las manos de tres amos consecutivos. Los que pujaban hicieron una pausa mientras un grupo de nobles, envueltos en sus mantos emplumados, pasaban a través de la multitud. Después,

el regateo empezó de nuevo y Yolloatl vio con aprensión cómo se alegraban los ojos del presunto comprador.

El terror atenazó a Yolloatl. ¿Habían degenerado los aztecas? ¿Iba aquel estúpido a comprar al esclavo sólo para liberarle por compasión? Si era así, representaba un mal presagio para llevar a buen término su broma final. Pero cuando escuchó con más atención las conversaciones y susurros de la multitud, comprendió que el futuro comprador era el portavoz del gremio de trabajadores de plumas en el barrio de Amantlan, quienes se habían agrupado para comprar un esclavo sacrificial. No había ninguna duda de que el esclavo terminaría sobre la piedra. Entonces ¿a qué venían las lágrimas? Yolloatl recordó los mantos de plumas que acababan de pasar y sonrió al pensar que el portavoz debía de ser también trabajador de las plumas y que quizá era alérgico a las mismas. Con lágrimas en los ojos, el portavoz estaba demostrando ser un magnífico negociante. El amo del esclavo se levantó e hizo alzar a éste.

—El esclavo es alto, varón, joven. ¿Qué más puedes pedir?

—El esclavo es alto, sí; varón, aparentemente; joven, no.

—Vio la luz en el año del gran terremoto, o sea, hace veintiséis años.

Yolloatl había continuado sonriendo, pero ahora de nuevo el miedo le estrujó el corazón. Lo que acababa de oír fue como un latigazo para que recordara. Los terremotos habían tenido lugar diecinueve años después del último ciclo de los años. El Constructor le había hecho creer en este momento del modelo que habían pasado otros 33 años después de aquella fecha, lo cual casi completaba el ciclo de 52 años. Si era verdad que solamente habían pasado 26 años desde el terremoto, entonces se había equivocado en el tiempo.

Sin embargo *era* verdad. Comprendió ahora la razón para su inquietud la noche en el campamento cuando había mirado las estrellas; Tianquiztli no había subido bastante alto en el céntro para que llegara pronto a su culminación de medianoche. Comprendió también el significado de la retorcida sonrisa de Zwordil. El Constructor estaba usando el modelo para gastarle una broma a él mismo. Le había engañado haciéndole venir aquí no unos meses antes de la fiesta del ciclo de los años, sino siete largos años antes. Realmente era una buena broma.

Por lo menos el Constructor le había enviado al planeta correcto. Pero tenía que vivir en él siete años.

Los trabajadores de plumas habían comprado al fin su esclavo. Le tocaba el turno a él.

Debiera haber sido tan patente para Chimalpopocá como lo era para Yolloatl que Xiuhcozcatl, con su afilado rostro saliendo entre la masa igual que un hacha de cobre, estaba dispuesto a sobrepasar la puja de cualquiera. Pero Chimalpopocá se enzarzó en un largo discurso sobre los propios méritos de Yolloatl. Xiuhcozcatl con los ojos entornados como para ver mejor el posible blanco de un lanzador de dardos, pareció sonreír ante la mirada de Yolloatl. Cortó:

—¡Ocho semillas de cacao!

Hubo un coro de risas. Chimalpopoca bajó la cabeza de muy mal humor y se endurecieron los músculos de sus mandíbulas. Miró a Xiuhcozcatl y sonrió como si hubiera sido otro postor cualquiera. Xiuhcozcatl habló de nuevo, rápidamente:

—Te daré el precio en telas. Te daré...

Yollotl saltó para liberarse. La barra del yugo se escapó de las manos de Chimalpopocá. Yollotl saltó hacia atrás, se volvió y echó a correr a través de la gente. Estalló el grito:

—¡Se escapa un esclavo!

Mirando y escuchando, la gente se apartaba a su paso. Le dejaban el camino libre. Otros, viendo a un esclavo con el yugo al cuello correr a través del mercado, extendieron el grito de alarma..., pero nadie se movió para pararlo, porque nadie, excepto su amo o el hijo de su amo, podían perseguir a un esclavo, a menos que quisieran convertirse a su vez en esclavos. Apareció la policía del mercado. Chimalpopocá miró con frialdad el súbito cambio del corazón de Yollotl, y al propio Yollotl que desaparecía. Reaccionó y se volvió a Tlacotl. El muchacho estaba con la boca abierta. Tlacotl, a su vez, reaccionó ante la urgente y amable llamada de Chimalpopocá:

—¡Ve, hijo mío! ¡Síguele, hijo mío!

El yugo retardaba la marcha de Yollotl. Le forzó a correr entre las caballerizas de los establos. Fieros gritos, voces sonoras, exclamaciones; miró hacia atrás para ver derrumbarse una pirámide de calabazas derribadas por Chimalpopocá y Tlacotl, que corrían, desesperados, en un esfuerzo para atajarle.

Pero ahora tenía espacio libre ante sí, y podía correr más rápidamente. Ante él se veía un muro, en cuyo centro había un gran agujero.

—¡Por aquí! ¡Por aquí!

Al principio Yollotl creyó que era la cacatúa la que se dirigía a él; después bajó la mirada desde la jaula al suelo.

Era un enano llevando una especie de botas de goma, las mejores para saltar, el cual estaba brincando ahora y no para divertir al rey, sino para expresar su excitación.

—¡Por aquí! ¡Este es el jardín del rey, pero no serás libre hasta que llegues al palacio!

El enano empujó el tilmatl de Yollotl. Sopesando qué tipo de broma le quería gastar el enano. Yollotl pasó por el umbral. Fueron hasta el estanque de cisnes, patos y ánades. Entraron bajo techado. Antes de verlas, Yollotl pudo oler las enormes bestias. Se preparó para empujar al enano a alguna de las jaulas que, a lo mejor, el enano tenía proyectado abrir para él. Pumas y jaguares entornaron sus dorados ojos; bostezaban, oliendo la comida humana; deseando tomar parte en ella. Unos ojos violeta le miraron; albinos humanos en jaulas, para servir de víctimas durante los eclipses de sol. El enano le condujo a través de las jaulas de coyotes y zorros, de águilas y buitres; por un instante, la feroz mirada de un águila trastocó los ángulos de la jaula de fuera adentro, de forma tal que la jaula tenía en su interior el resto del universo. Después la llamarada se apagó y quedó sólo un viejo pájaro en una jaula. Pero aún quedaba otra jaula, ante la cual se detuvo el enano y la señaló a Yollotl. Este vio un pájaro de oro con ojos y plumas de piedras preciosas. Los ojos del enano tenían una mirada ausente.

—Es la única cosa que el rey no puede tener. Su patria está en el país de los murciélagos. No pueden vivir en una jaula porque mueren si no pueden estar en libertad.

—He oído hablar del quetzal. Muere en una jaula, pero no por añoranza o falta de libertad, sino porque necesita los insectos que arrastra el aire para alimentarse.

Pero el enano pareció no haber oído a Yollotl.

—Vamos. Yo soy Tepotzitzin.

—Yo soy Yollotl.

Dejaron el zoo, y cruzaron un gran trecho de campo abierto hasta un edificio con un gran portalón. Yolloatl se detuvo en el escalón inferior y miró a su alrededor. Vio a Tlacotl. El muchacho estaba en el puente más cercano oteando todos los canales, con rabia, para ver si lo encontraba. Al verle, levantó el puño hacia él, gritando y gesticulando. Yolloatl subió lentamente los escalones hacia los guardias de la puerta superior. Los centinelas rieron al ver a Tepotzitzin empujar ansiosamente a Yolloatl. El muchacho miró hacia atrás, se detuvo, y vio, desolado, cómo Yolloatl entraba en el palacio.

–Ahora eres libre.

–Ahora soy libre.

Tepotzitzin ayudó a Yolloatl a quitarse el yugo»

–Ahora no tienes patria; no tienes bienes, pero Yolloatl no es esclavo de nadie. Nadie es el amo de Yolloatl. Puedes moverte sin miedo. ¿Adónde irás? ¿A los chinanpas?

–Sí.

–Mis padres viven allí. Si encuentras a la madre y al padre de Tepotzitzin, díles que Tepotzitzin está bien y es feliz. Sin embargo todavía eres un esclavo de las necesidades de la carne. Come.

El viejo evitó la mirada de su esposa y asintió con coraje.

Aunque mucho más viejo que aquel hombre, Yolloatl nunca había sentido la edad. Sonrió al sentir la mano de aquel muchacho de 50 años en la espalda, invitándole a sentarse.

–Sólo tenemos los desperdicios de la piedra.

La voz de la mujer tenía el rudo sonido de un rasposo fémur humano rascando contra una concha. Eran tiempos de hambre, y la vieja ofrecía los desperdicios de la piedra con la mirada agonizante del que espera que el otro rehúse el cumplido. El viejo había recogido los desperdicios flotando sobre el lago y la vieja los había concentrado en forma de pasteles de queso. Yolloatl sonrió.

–Los desperdicios de las piedras son suficientes.

Se sirvió libremente con generosidad, con alegría, continuando con su broma de pretender estar muerto de hambre, aunque cuando nadie lo vigilaba tiró la comida a la obscuridad. El viejo vio la sonriente mirada de Yolloatl que se fijaba en la vieja mujer, y su rostro brilló con orgullo.

–Ella es una buena esposa y una buena madre. Fue ella la que transformó a Tepotzitzin en un enano jorobado, de forma que pudiera crecer y encontrar su sitio en el palacio.

Ella pasó los restos de comida a su marido.

–Toma, mi amo, y come.

El viejo miró a Yolloatl sobre su pastel.

–Yo vi la luz en el día de los cuatro perros. ¿Conoces el dicho? Los niños nacidos en la fiesta de los cuatro perros prosperan aunque nadie les dé ni un hueso.

Mostró sus encías riendo. Miró a la luz oscura que brillaba en las verdes aguas.

–Dios ha entrado. Te quedarás con nosotros esta noche y mañana empezaremos a hacer tu propio hogar, apilando barro del fondo del lago sobre una balsa de juncos, y entonces, sobre ella, construiremos la casa de paja, cáñamo y barro. Eres afortunado, porque hay un estupendo sitio cerca de las barcas de tierra de la noche. ¿Naciste tú también en la fiesta de los cuatro perros?

Las raíces de los sauces crecieron para enroscar el barro y anclar la balsa.

La noche era fría, pero Yolloatl no lo sentía, aunque agradecía el calor y la luz de los grandes trípodes en los que ardía la brea de pino, en los escalones del teocalli. Los escalones subían hacia el fuego, siempre encendido en el altar, bajo el templo; «siempre» significaba 52 años.

Yolloatl no veía el modo de acercarse al templo que estaba situado en la cumbre sin provocar la alarma. Los sacerdotes se levantaban continuamente durante la noche para ofrecer incienso de copal y su propia sangre al sol.

Permaneció mirando a las sombras mientras las llamas y los tambores rompían el oscuro silencio. Siempre tenía que pensar en alguna broma para ayudar a llenar su tiempo vacío. Se había fijado en el joven cautivo prisionero de guerra, muchacho sin tacha, que durante un año sería el dios de Tezcatlopoca; cuando el muchacho se paseaba, brillando con oro y turquesas, tocando la flauta, fumando un cigarro u oliendo flores, las gentes se tiraban al suelo ante él, comiendo el polvo. Había observado al capitán asegurarse de que los ocho guardias que siempre rodeaban al dios estuvieran alerta. Si el dios escapaba sería el capitán quien ocuparía su lugar en el último día. Había visto ya muchos sacrificios y se había fijado en que el sacerdote tomaba un polvo de un saquito amarillo que llevaba colgando de la espalda y lo tiraba a la cara de la víctima; o bien, en otras ocasiones, dejaba caer una pastilla en el recipiente del incienso. En cualquier caso la víctima llegaba a la piedra del sacrificio y al cuchillo sin ningún temblor ni miedo. Estas cosas podrían formar los módulos para una broma. Pero no encontraba el modo de llegar a la cumbre de la pirámide para llevarla a cabo.

Una mano se cerró sobre su muñeca. Se envaró, pero inmediatamente, se relajó, incluso antes de oír la risa apenas audible. Era una mano pequeña y suave, la de una muchacha.

—¿Creías que era una de las Ciuateteo? —Le sacó de las sombras tirando de él—. Mira, verás que no soy el monstruo de la noche.

La conocía; era Nenetl, la habitual del campamento, amiga de Chimalpopoca. Ella también le conocía. Sus labios se curvaron.

—Me debes una vida. ¿Sabes que Chimalpopoca murió? Le falló el corazón mientras te perseguía.

El sonrió.

—Lo sé. ¿Estás amargada por ello?

Sus ojos se abrieron.

—¿Que si estoy amargada? El estaba harto de su mujer y había roto con ella. Se hubiera casado conmigo; eso es lo que decía. —Sacó de su bolsillo un pequeño montoncito de semillas de cacao—. Esto es lo que me amarga..

El tomó una semilla. Su peso era correcto, pero vio que alguien había abierto un orificio en la semilla para extraerle la médula y la había rellenado con droga. Sonrió y se la devolvió.

—¿Volverás a ir con un hombre?

Se estremeció, apartó las semillas y repuso:

—Un hombre es un hombre. Y yo hago pagar a todos los hombres. —Sus ojos y su voz se enternecieron—.

Me gustas. ¿Te gusto yo a ti?

Sería estupendo seguir un poco más la broma antes de apartarla de su lado.

–Cuando te vi por primera vez en el campamento, ¿recuerdas?, pensé inmediatamente en el dicho: «¿Cuál es el espejo que reside en una casa de hojas de pino?»

–El ojo detrás de las pestañas –repuso–. Sí, tengo unos ojos muy bonitos. –Un viento frío azotaba el agua de los canales. Ella se estremeció otra vez–. ¿Por qué nos quedamos aquí? –Se arremolinó contra él–. ¿No quieres que nadie caliente tu lecho?

El se movió apartándose de ella con una sonrisa. Su mirada se fijó en el templo. Había visto hombres llevando madera y agua al templo. No eran esclavos o recolectores de cosechas, sino hombres libres. Cuando un hombre libre se casaba, el Estado le daba tierras y le inscribía en los papiros. El palacio y los templos le podían llamar en cualquier momento para traer agua o madera, o limpiar, o construir los puentes y caminos. Un hombre trabajando en tales obras podía tener una oportunidad para introducirse en el templo de la cumbre de la pirámide. Tomó el brazo de Nenetl.

–La noche es fría.

–Perdona a un viejo su torcida lengua. Pero te he visto con la mujer llamada Nenetl. No te tires sobre las mujeres igual que hace un perro sobre su comida.

–Nenetl y yo vamos a ser marido y mujer.

–¡Ah! He hablado demasiado.

Yollotl dejó de barrer y se apoyó en el mango de la escoba. Aquél era el corazón de la ciudad. Allí era donde los errantes hombres de la tribu habían visto el águila posada sobre el cacto, sosteniendo una serpiente en sus garras, el signo de que allí estaba la tierra prometida. Permanecía en la plataforma, en la cumbre de la pirámide, frente al santuario. Desde aquella altura podía ver hacia el sudeste los dos grandes volcanes y sus oscuras cumbres nevadas. Vio los tres grandes caminos que llevaban a México –el más meridional con un ramal en Coyoacan y el otro en Iztapalapan–, otro hacia el oeste recto desde Tlacopan, y el del norte que llegaba desde Tepeyacac. Podía ver el acueducto que se arqueaba desde Chapultepec, con agua dulce para la ciudad. Podía ver los canales, los caminos y los puentes que se cruzaban unos con otros como el entramado de paja de una cesta. Los botes, siguiendo la ruta de los canales y atravesando el lago. Los altos templos, brillando, y las casas con terrazas, y las torres vigilantes de cualquier ataque del sur. Después, sus ojos se fijaron en el gran mercado. Los murmullos y los gritos que llegaban de allí traían eco de más de una lengua. Oyó pasos tras él. Continuó barriendo.

Un hombre había salido del santuario. Sus ojos se abrían lentamente a la luz del sol. Era el príncipe Moctezuma, envuelto en la capa de un simple sacerdote. Moctezuma se estremeció ligeramente al verlo, como si, por un momento, lo asociara con algo incómodo; después olvidó a Yollotl, relajó su rostro, se volvió, ausente su mirada, como si recordara que su padre, el rey, acababa de morir. Pero bajo esta aparente calma había algo más, como si él mismo fuese un sacerdote de Xipe Topee que llevara, por una causa ajena a sí mismo, la piel caduca de un hombre que acababa de volar.

Moctezuma miró hacia abajo, al inmenso cuadro de tierra libre, donde se alzaban los tzompantli, las barcas del tormento, que contaban sus víctimas por miles. Yollotl apartaba el polvo silenciosamente. Moctezuma se envaró y Yollotl miró lo que hacía ponerse en guardia al joven príncipe. Una procesión estaba rodeando los tzompantli, dirigiéndose

hacia el templo. Moctezuma saltó como si hubiera sido atacado por una corriente eléctrica. Arrancó la escoba de entre las manos de Yolloatl y empezó a barrer el polvo.

—¡Los mensajeros vienen! ¡Ellos han nombrado a Moctezuma para que sea nuestro rey!

El santuario se vació. Yolloatl se fue moviendo subrepticamente hacia atrás. Moctezuma parecía no darse cuenta de los mensajeros que subían hacia él, ni de los gritos que lo rodeaban, fijos los ojos en los escalones que estaba limpiando. Y los mensajeros, con Nezahualpilli, rey de Tezyco al frente de ellos, lo encontraron de esta guisa.

Nezahualpilli miró a Moctezuma como si lo comparase con el muchacho que había sido su hijo, al cual había dejado morir por escribir versos a su concubina. Movi6 la cabeza como aprobando el haber escogido a aquel príncipe de humilde apariencia mejor que a sus hermanos mayores; Yolloatl no esper6 más tiempo; estaba ahora tras el último recodo y se desliz6 dentro del santuario. El aire era espeso allí; las paredes negras de humo y sangre. Estaba solo. Escuch6. Nezahualpilli estaba instando a Moctezuma para jurar que continuaría haciendo brillar el sol, dar lluvia a las nubes, continuar fluyendo los arroyos, y que la tierra continuara dando frutos en abundancia. Yolloatl encontr6 el camino que conducía al almacén. Lo sigui6.

Era un recinto lleno de ánforas y cestos. Rebuscó entre ellos. Plumas rojas para asperjar la sangre. Montones de espinas de maguey para hacer brotar la sangre. Nudos y cuerdas para pasarlas por las heridas y hacerlas continuar sangrando; cenizas negras, cuchillos, jofainas, chicharras; entonces sonrió: allí estaban las pastillas del tamaño de pequeñas copas, allí estaba el yaqualli. Tomó dos polvaradas de yaqualli y las escondió bajo su manto. Tomó asimismo un cuchillo y lo guardó bajo la bolsa de lino de su vestido.

Volvió a la luz del sol y hacia la muchedumbre. Nezahualpilli estaba deseando un largo y glorioso reinado a Moctezuma, y sus palabras vibrantes le habían hecho estallar en sollozos.

Aunque Yolloatl permanecía muy cerca del ardiente trípode, no sentía el calor. Esper6 la ocasión y ech6 un mont6n de pastillas en las llamas. La brisa llev6 el humo hacia los guardias. La noche se trag6 el humo.

Lentamente, con una sonrisa, el centinela se apoy6 contra la pared y se desliz6 hasta el suelo; su mano todavía asía el asta de su lanza y continu6 sentado, sonriendo. Yolloatl se movió rápidamente. Solt6 el astil de la lanza de la mano aflojada del centinela y la deposit6 en el suelo. Escuch6.

Las voces en el puesto de guardia no habían cambiado. Sonrió; el dios parecía haber olvidado el pulido lenguaje y las finas maneras que le habían enseñado los sacerdotes. Una de las muchachas estaban hablando dulcemente, mientras otra lloraba.

Yolloatl acerc6 el trípode hacia la gran puerta. Ech6 otro puñado de pastillas y esper6 que el humo entrara en la habitación. Algo de humo se revolvi6 contra su propio rostro, pero no le hizo caer en trance. Esper6. Alarg6 la mano para echar otro puñado de pastillas, pero se detuvo, al darse cuenta de que las voces se iban debilitando. Después, solamente se sentía el ruido del fuego y del viento. Entr6 en la habitación.

Su mirada pas6 del cuerpo del dios a los de las cuatro muchachas que lo acompañaban durante un mes, y de allí a los siete centinelas restantes. Después estuvo observando atentamente el rostro de los hombres, aunque sabía perfectamente qui6n era el dios y qui6n el capitán; pero como habían cortado el cabello del dios al estilo del capitán, Yolloatl no

quería cometer ningún error. Saltó sobre el cuerpo de una de las muchachas y se acercó al dios. El yaqualli le había sorprendido con la boca llena, en pleno banquete, y sus ojos abiertos y vacíos le miraban sin verle.

Yolloatl levantó al dios sobre sus pies. Le arrancó los emblemas y las joyas, tirándolas a un cesto vacío, detrás del capitán. Ató un manto negro alrededor del dios y se lo llevó, adentrándose en la noche, deteniéndose sólo un momento para ennegrecer su rostro y el del dios con la materia negra del trípode, recogiendo asimismo un poco de ceniza, tierra, nidos de escorpión, tarántulas, áspides, ciempiés, serpientes de cascabel, tabaco y peyote, que les harían parecer como monjes jóvenes que se aventuraban en la solitaria floresta para ofrecer madera de pino y copal a los dioses de las montañas.

El paseo nocturno despertó al dios. Yolloatl aplastó y desmenuzó una pastilla entre sus dedos, y dejó caer el polvo sobre el rostro del dios. Un gesto de paz apareció inmediatamente en su expresión. El dios no sintió ya el golpear de las ramas sobre sus espaldas mientras Yolloatl lo adentraba en el bosque. Detrás comenzaron a oírse gritos, pero para entonces los dos monjes estaban ya muy adentrados en el bosque.

Esperaban el amanecer donde el bosque tocaba la orilla. Miraron a través de las hojas y ramas de pino, sobre el espejo del lago, al templo de Tezcatlipoca. El dios se volvió a Yolloatl.

–¿Eres verdaderamente un mensajero de Tezcatlipoca?

–Silencio. Mira.

El dios no se atrevió a volver a preguntar. Observaron en silencio. Entonces pudieron ver la procesión.

Apareció en el punto más lejano de la costa que rodeaba el lago, e hizo un alto. Todos, excepto el capitán y sus ocho centinelas. El capitán, rodeado de los guardias, continuó a través de la pirámide. Allí se detuvieron todos. Los guardias llenaron los brazos del capitán con nautas de arcilla, que durante el año habían absorbido el aliento glorioso del dios. El capitán miró hacia la cumbre, donde seis sacerdotes, el altar de piedra y el cuchillo de obsidiana estaban esperándole. Empezó a subir hacia ellos, solo, deteniéndose en cada escalón para romper una de las flautas.

Cuando el capitán yacía tendido sobre la piedra y el cuchillo saltaba en el aire, Yolloatl habló:

–Huele las flores. Escucha los pájaros. Mira los cielos. ¿No es dulce la vida?

El dios, abandonando su pose divina, asintió impaciente, sin respirar. El capitán volvería a la vida como un pequeño colibrí, agitando entre las flores para siempre. El dios observaba todo con ojos llenos de sentimiento, entre el miedo y la envidia, la alegría y el pesar. Y en el mismo momento en que el cuchillo del sacerdote se abatía como un rayo, Yolloatl hundió su propio cuchillo en el corazón del dios.

Aquella había sido una broma verdaderamente buena. Y asimismo, fue una broma estupenda cuando Nenetl murió de parto, y, por tanto, se convirtió en monstruo de la noche. «¿Creías que era una de las de Cuateteo?» También había dicho ella: «Me debes una vida». Y la vida que le había dado a ella –un extraño niño muerto, que la nodriza se apresuró a enterrar– la había matado. Una broma magnífica.

También había encontrado cierta alegría en otra broma. Nezahualpilli, rey de Tezcucó, se había casado con Chalchiuhnenetzin, una hermana de Moctezuma. Nezahualpilli la había sorprendido coqueteando con los jóvenes de la corte y la había matado. Moctezuma, tomándose como un insulto, había dejado que Tlacauépan, su hermano más joven, la más querida de todas las personas próximas a él por la sangre, fuera hacia su muerte a la cabeza de sus tropas para que Nezahualpilli no pudiera adivinar que Moctezuma deseaba la batalla para ir contra ellos y para que el enemigo de Tlaxcalan rompiera con los aliados de Texcucan. Pero si además hubo otras bromas del mismo tipo, Yollotl no había tenido mucho éxito con ellas. Y por tanto y como total, habían sido siete años bastante vacíos.

Tenía que vivir –o al menos hacer algo parecido– y llenar la vacuidad de su corazón durante ese tiempo. Incluso los más miserables de entre aquellas gentes podían encontrar un escape. Veía a los más viejos comer los delgados y delicados extremos y filamentos de las setas que ellos llamaban teonanacatl; de este modo escapaban de este mundo al de las visiones. Le miraban como si estuvieran soñando.

–Toma, come esto y olvida tus penas. No necesitas ser un esclavo del mundo de los sentidos.

Pero era incapaz, era imposible para él seguirles a aquel otro mundo. Podía comer aquel manjar de los dioses, pero solamente veía una obscuridad sin fin. Endureció su cuerpo; pero después se echó a reír recordando su broma final, y cómo se preparaba para ella. Vio como los días reemplazaban a los días. Y por fin llegó el momento.

Xiuhcozcatl miró a Yollotl.

–¿Comprarte? En una ocasión huiste lleno de miedo cuando yo quería convertirme en tu amo.

–Sí. Huí.

–¿Y ahora deseas venderme tu mano, tu pie?

–Sí.

–¿Y a mí?

–Sí.

–Nadie toma esa decisión sin motivo. ¿No tienes hogar?

–He dejado mi vara clavada en el suelo.

–Puede ser que eche raíces.

–Puede ser.

Xiuhcozcatl sonrió comprensivamente.

–¡Ah! Es duro ser su propio amo. Y tú deseas que te libere de esa libertad. Muy bien.

Acudieron muchos, además de los cuatro viejos testigos, para presenciar la ceremonia y ver como Yollotl recibía un peso de quachtli, el precio de su libertad, y veinte largos de tejido.

Para sorpresa de aquellos que creían conocerle bien, gastó el tejido en la bebida. En sus borracheras, se comportaba como un bufón, de forma que todo el mundo reía con él, y no veían de qué mejor forma podía haberse gastado la tela. Una vez chocó contra una mujer que salía de casa con un bote de orina para el tinte. Se cayó en el charco de orina, y después rompió cuanto pudo a su alrededor. Atontado, sufrió el castigo de que le afeitaran la cabeza; parecía solamente ansioso de precipitar su final. Xiuhcozcatl mandó a un

hombre a que le siguiera para evitar que se hiciera daño, pero de cualquier modo en un mes Yolloctl gastó lo que le podía haber durado más de un año.

Al final estaba reducido a beber uitzoctli, el jugo recién fermentado de agave, que pinchaba como las mismas espinas de la planta. Después se acabó el vestido, se acabó la tela, y no tuvo más remedio que presentarse ante Xiuhcozcatl.

La fina sonrisa de Xiuhcozcatl se desvaneció muy pronto. Yolloctl había supuesto certeramente que Chimalpopoca no advertiría a sus compañeros mercaderes, hasta que hubiera recibido el precio de Yolloctl, de que el secreto de las varas huecas estaba en peligro. Xiuhcozcatl le escuchó y lo vendió en seguida a Tlacotl.

Tlacotl había engordado, su voz había enronquecido y estaba atado porque el oficinante había anudado su manto con el de la hija de un mercader. La nariz de Matlalxochitl se había afilado aún más. Todos escucharon, y en seguida lo vendieron a otro.

De esta manera Yolloctl pasó por la establecida posesión del mando de tres amos. El cuarto amo fue Acamapichtli, quien escuchó, sus ojos todavía duros como semillas de cacao, y lo vendió para ser víctima sacrificial en la fiesta del ciclo de los años.

Los árboles con su corteza marrón y parda parecían hombres vestidos con extrañas ropas. Los sacerdotes, cubiertos con los ricos trajes de Quetzalcoatl Tlaloc, Huitzilopochtli y otros grandes dioses, pasaban entre los árboles. La procesión continuó su camino hasta alcanzar la colina de la estrella, justo antes de medianoche. Huixachtecatl era un cráter volcánico, pero estaba extinguido.

Todos los fuegos estaban muertos. A través del país habían apagado todos los fuegos, en las casas, en los hogares y en los templos. Y cuando apagaron el último fuego, todo el mundo, todos los corazones, quedaron ansiosos. ¿Volvería a haber fuego alguna vez? A lo largo y ancho del país vigilaban desde las terrazas. Habían enmascarado a los niños y los mantenían despiertos pinchándolos con agujas, para que no se durmieran y se convirtieran en ratas. Habían amordazado a las mujeres y a los niños en los graneros de maíz, y habían cubierto los rostros de las mujeres con máscaras de hojas de maguey para que no se convirtieran en animales salvajes. ¿Habían hecho bastante?

Los tiempos eran ominosos. De la costa habían llegado los últimos días extrañas palabras acerca de hombres blancos, que llevaban el trueno y el rayo, y se movían sobre las aguas en extrañas casas. Los tiempos futuros eran oscuros y todo el fuego de la tierra había muerto. Solamente quedaban las estrellas. Si también éstas fallaban, el mundo terminaría y los monstruos temerosos de la luz se desparramarían por la tierra. La procesión llegó a la cumbre de la colina. El sacerdote miró a lo alto. La constelación Tianquiztli llegaba al cénit. ¿Continuaría su camino?

Uno de los quacuilli echó polvo de yaqualli en el rostro de Yolloctl, y éste sonrió. Se suponía que no debía temblar, y no tembló. El sacerdote hizo un gesto. Los quacuilli tomaron a Yolloctl por brazos y piernas. Vio cómo volteaba la tierra. Cómo el cielo y los bosques parecían juntarse. Yacía tendido sobre la piedra. Lo sostuvieron fuertemente. A la débil luz de las estrellas todo era claro como el día ante sus ojos. Sonrió al ver que el sacerdote había puesto filtros de carbón en sus fosas nasales. No deseaba que el polvo de yaqualli, flotando en el aire, embotara sus sentidos, deseaba sentir toda la emoción del cuchillo cortando la carne, y de su mano arrancando el corazón.

El sacerdote deslizó la hoja de obsidiana desde el esternón a la ingle. Metió la mano... y encontró el vacío. Un hombre que venía de Heart no tenía nada dentro –al menos nada que una persona no familiarizada con" la miniaturización protésica pudiera encontrar–. Yolloatl se echó a reír. La broma final se había cumplido.

Sintió admiración por el sacerdote. Este sacó su puño, lo levantó a la obscuridad, hacia las estrellas, y echó la nada en la vasija en forma de águila. El sacerdote secó sus manos en la túnica y tomó los palos del fuego. Colocó el borde plano, de suave madera, sobre el pecho de Yolloatl y echó él tlequauitl.

Se hizo un gran silencio. La llama chisporroteó. Se oyó un profundo rumor. Tianquiztli seguía su camino. Las estrellas no habían fallado, el nuevo fuego había prendido.

Uno de los quacuilli tomó la llama y con ella encendió la pira cercana. Cogieron a Yolloatl y lo echaron a la pira. Las llamas crecieron a su alrededor y se elevaron. Con una sonrisa rebuscó dentro de su pecho, rompió una conexión y dejó de existir.

Los hombres encendieron antorchas en la pira y corrieron en la noche para extender el nuevo fuego a través del país. Mañana, el sol volvería a brillar.

El sol, en sus amaneceres y ocasos, apareciéndose y ocultándose, era como un corazón, latiendo, latiendo. Era la vida. De esa vida, el hombre tomaba su propia vida. El hombre tenía que devolver la vida, alimentar las llamas de la vida. Había habido un tiempo en que el corazón se había parado, todas las cosas habían muerto. ¿Volvería a pararse de nuevo? ¿Qué podría reanimar al universo, cuando las estrellas fueran cenizas, cuando la constelación de Mamalhuaztli, o los Palos de Fuego mismos se apagarán? Paz. Era suficiente por ahora que los hombres pudieran correr a través de la noche con antorchas ardientes en la mano y que pudiera haber un nuevo fuego en cada casa y en cada templo.

Libros Tauro

<http://www.LibrosTauro.com.ar>